

MUNDIAL



Felix Jobbe duval .14.

ALFRED & ARMAND GUIDO - PARIS

Dinamo "STEREOS"

Sociedad Anónima
con un Capital de 1.000.000 frcs.

Depósito de Exposición
104-Avenue des Champs-Elysées
PARIS.
Talleres en Suresnes.

**LAS CUALIDADES
que he observado en la
Dinamo "STEREOS" son las siguientes:**

!SENCILLEZI! IGUALDADI! ROBUSTEZI!
ausencia absoluta de todas las combinaciones
de regulamiento eléctrico o mecánico
es!!! **UNA!!!** y por sus
propios medios.

Se vigila y se rige a sí misma y por sus
de regulamiento eléctrico o mecánico
Es esta dinamo es!!!

Ehrmann



POEMAS
DE ARTE

Boeklin

Por RUBEN DARIO
Ilustraciones de BASTÉ

I

La Isla de la Muerte

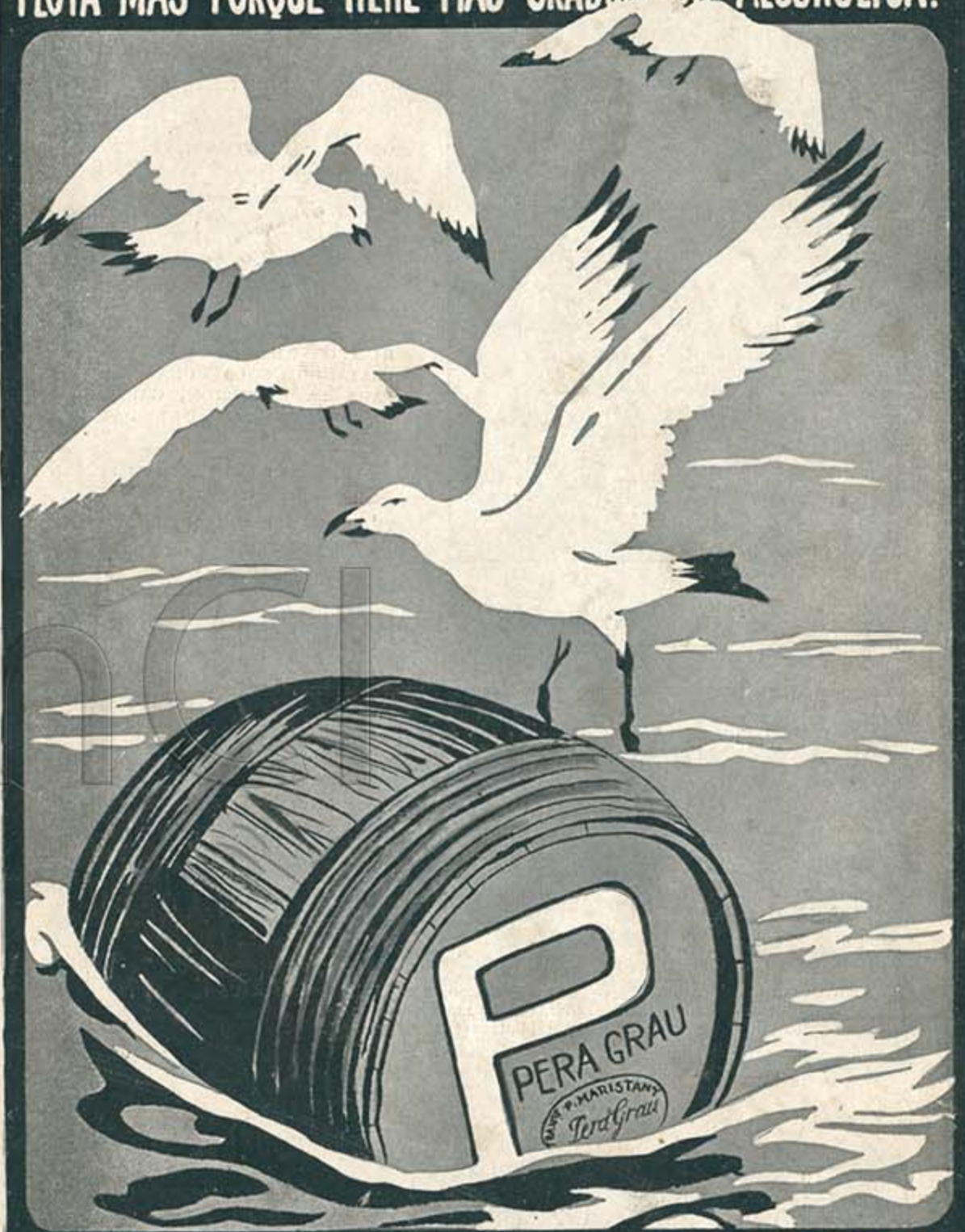
¿ En qué país de ensueño, en qué fúnebre país de ensueño está la isla sombría? Es en un lejano lugar en donde reina el silencio. El agua no tiene una sola voz en su cristal, ni el viento en sus leves soplos, ni los negros árboles mortuorios en sus hojas: los negros cipreses mortuorios que semejan, agrupados y silenciosos, monjes-fantasmas.

Cavadas en las volcánicas rocas mordidas y rajadas por el tiempo se ven, á modo de nichos oscuros, las bocas de las criptas, en donde, bajo el misterioso, taciturno cielo,

duermen los muertos. La lámina especular de abajo refleja los muros de ese solitario palacio de lo Desconocido. Se acerca en su barca de duelo un mundo enterrador, como en el poema de Tennyson. ¿ Qué pálida princesa difunta es conducida á la isla de la Muerte?... ¿ Qué Elena, qué adorable Yolanda? ¡ Canto suave, en tono menor, canto de vaga melodía y de desolación profunda! Acaso el silencio fuese interrumpido por un errante sollozo, por un suspiro; acaso una visión envuelta en un velo como de nieve...

Allí es donde comienza la posesión de Psiquis; en esa negrura es donde verás quizás brotar, pobre soñador, de la oscura larva, las alas prestigiosas de Hipsipila. A tu isla solemne ¡ oh, Boeklin! va la reina Betsabé, pálida. Va también, con un manto de duelo, la esposa de Mauseolo, que pone cenizas en el vino. Va Hécuba, y ¡ horrible

FLOTA MÁS PORQUE TIENE MÁS GRADUACIÓN ALCOHOLICA.



Vino Priorato, Seco y Garnacha "PERA GRAU"
DE VENTA EN TODAS PARTES
LA PRIMERA MARCA DEL MUNDO



**SOCIEDAD FRANCESA
:: DE ESCULTURA ::
DE ARTE EN MARMOL**

Preferido por la mejor de la Colonia Sud-Americana

GRUPOS, ESTATUAS, BUSTOS PARA
DECORACIONES DE SALAS Y SALONES

Fuera de Concurso 1910

FIGURAS, VASOS, FUENTES
DE GRANDES DIMENSIONES
PARA VESTIBULOS Y JARDINES

BUSTOS-RETRATOS, EN MARMOL,
BASTANDO SOLO UNA FOTOGRAFIA
PARA LA EJECUCION, GARANTIZANDO
LA EXACTITUD DEL PARECIDO.

Catálogo ilustrado á las personas que lo solicitan.

TRABAJOS DE MARMOLERIA, PRECIOS
Y PROYECTOS SEGUN PLANOS

Galerie Félix Cavaroc & C^{ie}, 10, Rue de la Paix, Paris

GRAN MISERIA



— La instrucción, la educación moral, le hubiera evitado á Ud. este gesto vil.



— Y sin embargo, crea Ud., señor, que he manejado algunas bibliotecas en mi vida



— Vaya, vaya...



— ...un cesante; curioso caso psicológico.

(Le Rire.)



— Vamos... francamente; á qué se dedicaba Ud.?... ¿ Médico? ¿ Abogado?



— No, señor, nada de eso: ¡ era mozo de cuerda!



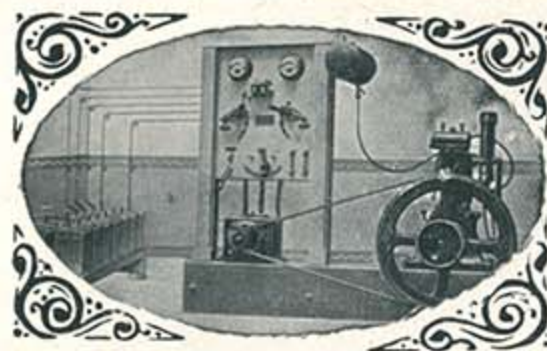
Despacho Luis XV.

MERCIER FRÈRES

TAPICEROS DECORADORES

100, Faubourg Saint-Antoine - PARIS

MUEBLES ▯ TAPICES ▯ CORTINAJES ▯ PINTURAS ▯ ANTIGÜEDADES



EL
**ALUMBRADO
ELECTRICO**

ECONOMICO y PRACTICO
en la campaña

GRUPOS ELECTROGENOS

POR LOS

GRUPOS ELECTROGENOS

60 á 70 0/0 de Economía
sobre los otros sistemas

Establecimientos L. HAMM

23, Rue de Ponthieu, Paris.

L. D. FORGUES, 666, Cangallo, Buenos Aires

Representante para las Repúblicas : ARGENTINA, URUGUAY y PARAGUAY.

DISTRIBUCION AUTOMATICA DEL AGUA BAJO PRESION

POR LA POLEA BOMBA

(Sist. DISPOT.)

SUPRESION DE DEPOSITOS
EN ELEVACION

TRASVASAMIENTOS Y RIEGOS

Pedir el catálogo especial
Nº 19.



Un Seguro contra las Arrugas

**UN MEDIO DE QUE VUESTRO ROSTRO
CONSERVE SU JUVENTUD, Y DE EVI-
TAR LA APARICION DE LAS ARRUGAS**

La bella SERRANA, de Em-
bajadores, Paris, cuya fotografía
reproducimos, ha declarado :

« Dícen que tengo un cutis muy bo-
nito; si esto es cierto, lo es gracias á
la CREMA TOKALON. »

La CREMA TOKALON, la maravillosa crema fran-
cesa de tocador, que no es grasienta y que es ab-
sorbente, es el mejor Seguro que se puede contraer
contra las Arrugas y contra los Ultrajes de los años.

Contiene crema fresca y aceite de olivas puro, predigerido. Estos elementos reconstituyentes de los tejidos, estando como están predigeridos, pueden penetrar inmediatamente en los tejidos por absorción. Su objeto es fortificar la dermis, bajo la piel, y nivelar la epidermis prestándole una uniformidad completa, y evitando toda huella de pliegues ó de arrugas. Las damas que, antes de acostarse, emplean la CREMA TOKALON, se sorprenden ante el resultado que muy pronto obtienen, y que desde luego comprueban, al levantarse, en el día siguiente.

Esta Crema es ideal para la aplicación y la conservación de los polvos, y, usándola, se obtiene que el cutis no se enrojeczca ni adquiera brillo, ya que este específico está preparado para absorber la transpiración. Amasando un poco de CREMA TOKALON entre los dedos, se da una cuenta de su contextura especial, y se aspira su aroma delicado y grato.

La CREMA TOKALON se vende en tarros provistos de tapa sanitaria, con lo cual queda al abrigo del polvo, de la humedad y de los microbios. Está perfectamente embalada, y se recomienda para los viajes.



**PUEDA HACERSE UN ENSAYO
DE LA CREMA TOKALON, SIN
GASTO DE NINGUNA CLASE,
en el caso en que no os agrade.**

Para ello, id de seguida á una farmacia, á una perfumería, ó á un almacén, y comprad un tarro de CREMA TOKALON. Empleadla luego, conformándoos á las instrucciones, y si no os convencéis de que la CREMA TOKALON os da excelentes resultados, y de que es superior á todos los demás productos similares que hayáis ensayado, dirigid una reclamación á la Casa TOKALON, que os devolverá inmediatamente el importe de vuestra compra.

TOKALON, 7, rue Auber, PARIS

**Este es el mejor Seguro, y el menos costoso, para conservar siempre
VUESTRO ROSTRO LIBRE DE ARRUGAS**

Depósitos { en Buenos Aires : BARBAGELATA, DRAGO y Cia, Bartolomé Mitre, 1499.
en Montevideo : Francisco L. CABRERA, Suc., Sarandi, 685-7.

En boga en París - los deliciosos perfumes de
MONNA VANNA

Monna Vanna!
*J'ai deviné
ses parfums
grasants!*

A. Ehrmann.

AMBREDOR
BOUQUET CAVALIERI
LA VIOLETTE CARUSO
LA ROSE MONNA VANNA
LE BAISER SUPRÊME
MADAME etc. etc.

PARFUMERIE MONNA-VANNA
PARIS - NEUILLY, 122. Rue Borghèse.

LA ROSE CARUSO
BRISA ECUATORIAL
MADEMOISELLE
MAGNATIC

BOUQUET MONNA VANNA
LALA
LILAS D'OR
ROSE ROUGE

EL MÉDICO EN CASA

MAS DE DOS MILLONES DE SUSCRIPTORES

Obra de gran vulgarización de Medicina é Higiene, al alcance
de todas las inteligencias y de todas las fortunas

Uno de los mayores éxitos de librería es, sin duda
alguna, la admirable publicación popular

Nuevo Sistema de Curación Natural

del Profesor F. E. BILZ

DOS TOMOS VOLUMINOSOS

LUJOSAMENTE ENCUADERNADOS
1.600 páginas de texto, 60 grabados,
18 láminas en colores

7 MODELOS del cuerpo humano que se
DESARMAN totalmente.

(VERDADERO MUSEO DE ANATOMIA)

Cuanto los hombres piensan y se compadecen sin-
caramente de la suerte de los que les rodean, sien-
ten verdadero desaliento al observar la miseria sin
nombre que por doquiera se va extendiendo.

« No hay modo de remediarlo; necesidad, enfer-
medad y miseria son cosas inevitables! »: tal es
la frase que a cada paso solemos oír en boca de la
multitud, acostumbrada como lo está a presenciar
las consecuencias de tal sofisma.

Hay un hecho cierto, y es que, en cuanto se trata
de preservarse de las enfermedades ó de curarlas,
la humanidad actual parece presa de total ceguera.

El menor resfriado es motivo de apelar á médicos
y drogas, olvidándonos de que

la naturaleza nos brinda mejores remedios!

No ha de confundirse la nueva medicina natural
con la acentuación exclusiva de un extremo, ó con
la esperanza de curación por un principio único.

Nuestro método no es de espíritu tan limitado,
y cuanto los hayan tenido en sus manos la sensacional
obra **Nueva curación Natural**, publicada
en más de

DOS MILLONES

de ejemplares, saben que en ella no domina punto
de vista exclusivo, sino que, muy al contrario, ella
representa el único principio razonable, es decir,
« tomar el bien allí donde se encuentre ».

Para cada caso particular, hallaremos en ella un
procedimiento individual.

Con verdadero ingenio, el autor ha sabido reunir todo cuanto le pareció bueno, para exponerlo bajo una forma completamente nueva.

El masaje, la gimnástica medical, las plantas medicinales, la electricidad, las aplicaciones del agua en sus formas más diversas,
el aire fresco y una dieta apropiada á cada caso, tales son los principios esenciales del nuevo método para curar las enfermedades.

**A cada obra va anexo un verdadero MUSEO de ANATOMIA, formado por 7 modelos de colores,
desarmándose totalmente.**

Dichos modelos representan el cuerpo de la mujer, desarmándose todos sus órganos hasta en los detalles más ínfimos: los
pulmones, el corazón, la laringe, la cabeza, la nariz, los ojos, los órganos genitales, etc., permiten á cualquiera persona el
estudiar con toda precisión el cuerpo humano, y darse cuenta, como en un mismo sujeto anatómico, del sitio de tal ó cual
órgano. Estos modelos son, pues, la reproducción fidedigna del interior del cuerpo humano.

Esta obra es el manual perfecto de la salud, y se publica en español, francés, alemán, inglés, italiano, ruso, portugués, etc.

La « CURACION NATURAL » no es la recomendación de un producto farmacéutico; muy al contrario, es una verdadera
enciclopedia de salud, en la que cada cual puede encontrar consejos para su propio bienestar y el de su familia.

La obra se remite á quien la pida por correo, franco de porte.

Algunas opiniones y testimonios.

La obra está en posesión de S. M. el Rey de España.

Entre las numerosas cartas de felicitaciones que hemos recibido,
citaremos las opiniones siguientes:

He leído con verdadero interés su obra...

Conde de MEJIBADA.—Madrid.

Autorizo á V. para que agregue mi nombre á
la lista de suscriptores tan honorables...

Doctor F. LAJOUX

de Miremont.—Francia.

Está en mi poder el envío de V., y me apre-
suro á informarle de que juego su obra como de verdadero interés
y de utilidad incontestable. Los modelos del cuerpo humano, con
su admirable disposición para el desarme y las láminas en colores
han causado mi admiración, y me encanta el haber adquirido tal libro.

Presbítero PROUVENCE

de St-Cannal, Bouches-du-Rhône.—Francia.

Prospectos gratis á quien los pida.



Nuestra de la encuadernación.
Peso de cada volumen, 2 Kilos aproximadamente.

BOLETIN DE SUSCRIPCION

Sírvase Vd. mandarme un ejemplar de la obra

“NUEVO SISTEMA DE CURACION NATURAL”

que consta de dos tomos encuadernados, 1600 páginas de texto, numerosos
grabados y láminas y 7 modelos que se desarmen, en colores del precio de
35 francos. Pagaré el importe por dos entregas de á 17 fr. 50: la primera
acompañando al boletín de compra; y la segunda tres meses más tarde.

Nombre y apellido _____

Profesión _____ Dirección _____

Dirección del empleo _____ FIRMA _____

Ciudad _____ Provincia _____

Se suplica cortar este boletín y enviarlo bajo sobre franqueado á

Librería QUILLET, 278, Boul. St-Germain, Paris



HASE-PAPPEL

TAILOR

PROVEEDOR PATENTADO DE S. M. EL REY DE ESPAÑA, DE S. M. EL REY DE PORTUGAL,
DE S. A. S. EL PRINCIPE DE MONACO Y DE S. A. R. EL DUQUE DE ORLÉANS

GRAN PREMIO y MEDALLAS de ORO en VARIAS EXPOSICIONES UNIVERSALES

2, Chaussée d'Antin. PARIS

FIEBRO-FOBIA



— ¿ Quiénes son los grandes fisiólogos?
— Los que nos inoculan la fiebre tifoidea.

(Le Sourire).

— FAROS — DUCELLIER

— PARA —
AUTOMOVILES
— DE —
GRAN LUJO
Y CARRUAJES



LOS FAROS DUCELLIER
TIENEN EL BRILLO DEL SOL



Los nuevos
modelos de
Faros BESNARD

*Sin ángulos
se armonizan
maravillosamente
con las carrocerias
actuales.*

*la mejor fabricación
francesa.*

*Proyección larga
y ancha*

*3
modelos:*

4200
4900 y
3000
bujias



60. Boul. Beaumarchais
-PARIS-

J. COQUILLOT
BOTTIER
Travivogue de M. le Roi d'Espagne
75, Avenue des Champs-Élysées
Succursale à Saumur — PARIS
TÉLÉPHONE 667 06

RMSP THE ROYAL MAIL
STEAM PACKET CO.

VAPORES de LUJO

Salen de

SOUTHAMPTON
y CHERBOURG

Cada Viernes para
BRASIL ARGENTINA

y URUGUAY

Touchando en
ESPAÑA PORTUGAL
y MADERA

Agentes en Paris
Geo. DUNLOP & Co. 4 Rue Halévy



LOS SAQUITOS
PARA
EL TOCADOR
DEL
Doctor DYS

Dan a la piel un frescor delicioso. Protegen la piel del aire vivo de los primeros dias de primavera, y conservan la belleza y la dulzura de la juventud. Envio franco del librito explicativo, dando toda clase de detalles sobre los productos del Doctor Dys. Se suplica mencionar el nombre de "Mundial".

V. DARCY

54, Faubourg Saint-Honoré
PARIS

NEW YORK, 14, West 47 th Street.
S. PESSL. — VIENNE, 28, Kärntnerstrasse.
BUDAPEST, 19, Váci utca.
G. LOHSE. — BERLIN W., Jägerstrasse.

Evitar las imitaciones.

Manufactura de Lámparas para Gas y Electricidad

CHARLES BLANC

PARIS - 42, Boulevard Richard-Lenoir - PARIS



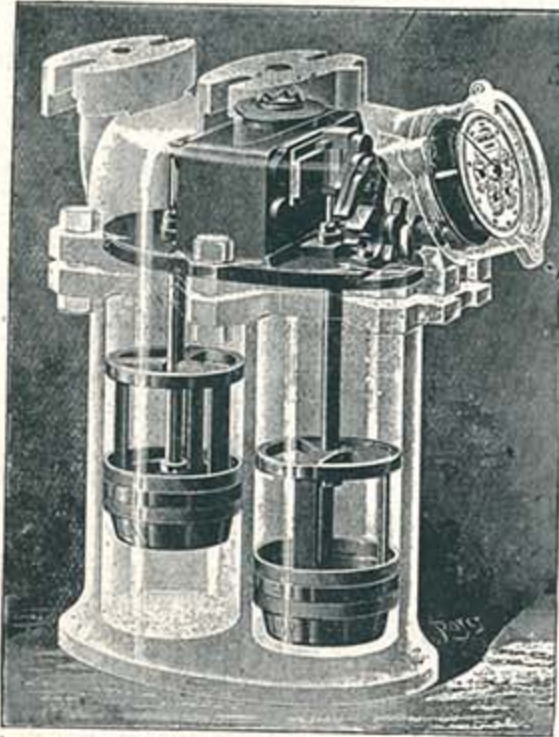
Los Almacenes de
lámparas más im-
portantes de Paris.

Grandes premios
en las Exposiciones
de Bruselas, Turin
:: y Roubaix ::

UNO DE LOS SALONES DE EXPOSICION

Envío franco de los Catálogos $\text{Gas N}^{\circ} 74$ $\text{Electricidad N}^{\circ} 75$

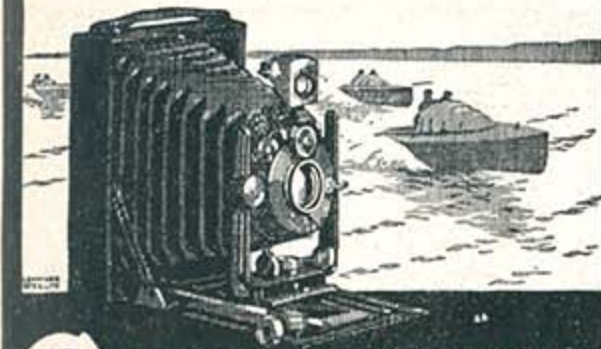
ANTIGUA CASA MICHEL & C^o
Compañía para la Fabricación de Contadores
 Y MATERIAL PARA TALLERES MOVIDOS A GAS
 Sociedad anónima : Capital 9 000 000 de francos.
 16 y 18, Boulevard de Vaugirard, Paris.
 Dirección telegráfica : Compto-Paris.



Contador para Agua, Sistema Frager (Modelo 1883 015).

EL PROFESOR
Maximoff
 PRESENTA SUS
 PRODUCTOS
 DENTIFRICOS
 AL PUBLICO

Da Venta en las Farmacias y grandes Almacenes
 LABORATORIO: 11 rue Yhry, NEUILLY (Seine)



Goerz TENAX

Cámaras manuales de gran precisión para todos usos fotográficos

Ultimo modelo:

Taro-Tenax Goerz 9x12 cm
 con tenastigmático Goerz

De venta en todos los comercios del ramo

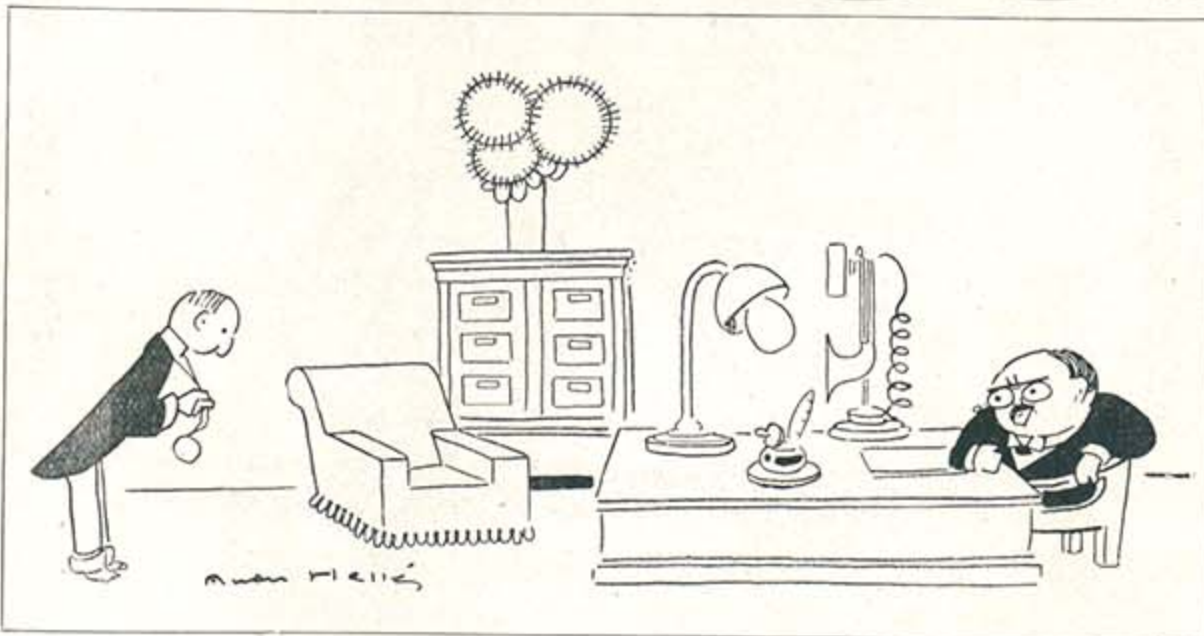
Notas de precios gratis

Optische Anstalt **C. P. GOERZ** Aktiengesellschaft
 Berlin-Friedenau

VIENNA PARIS LONDRES NUEVA YORK

Le Parfum a la Mode
 Elegancia
Caron
 parfumer
 10 rue de la PAIX PARIS

EL NUEVO REDACTOR



Más tarde le confiaré á Vd. la crítica teatral, pero para empezar, voy á darle los perros atropellados.

(Le Sourire.)

"SWAN SAFETY"



PORTA-PLUMA RESERVOIR CON PLUMA DE ORO Y PUNTA DE IRIDIO

MODELO REGULAR PARA HOMBRES
 MODELO DE SEGURIDAD PARA SEÑORAS

MABIE TODD & C^o, 79-80, High Holborn, LONDON :: A. K. WATTS, 106, rue de Richelieu, PARIS



Hunyadi János

El tipo más perfecto y más acreditado de las Aguas purgantes naturales contra: El estreñimiento habitual, las congestiones, la obesidad, las obstrucciones del bajo vientre, la dispepsia, etc.

Indispensable en los países tropicales

Se vende en las farmacias y droguerías.

!!! EL MEJOR BAÑO !!!

MUSGO-ESPONJA PERFUMADO

HIGIENICO-FORTIFICANTE-CALMANTE-ANTISEPTICO

El Musgo-Esponja es una verdadera necesidad de la vida moderna. Reemplaza a la esponja y al jabón. — **PROBARLO ES ADOPTARLO**

PREPARADO POR

RENAUD GERMAIN *Perfumistas proveedores de la Real Casa de España.*

Calle de Cortes, 574, BARCELONA (España)

PIDASE EN LAS PERFUMERIAS, DROGUERIAS Y ESTABLECIMIENTOS DE BAÑOS

HIGIENE # SALUD

CONTRA LOS MOSQUITOS

EL OZOSENTEUR POR EL EMPLEO DEL OZOPINTIME

Aparato regenerador del aire viciado. Desodorador, desinfectante automático.

Desinfectante desodorador sobreoxigenado.

El OZOPINTIME, por sus virtudes balsámicas y antisépticas, es indispensable en los dormitorios y donde hay enfermos. Adoptado por los sanatorios, los asilos y las grandes administraciones bien entretenidas.

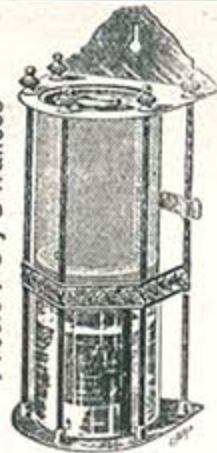
El bidón de 1 litro, 8 frs. — Medio litro, 4 frs.

SAL OZOHONE desinfectante cristalizado contra los insectos. El kilo, 1 fr. 80; los 500 gramos, 1 fr.

Teléfono: 203-18 **18, rue Duphot, Paris-1^{er}** Cerca de la Magdalena

AL POR MENOR # AL DETALLE # EXPORTACION

Precio: 5 y 8 francos



PARQUETS DE GRAN LUJO
Y ORDINARIOS
DAMMAN Y WASHER
BRUSELAS
PARIS

PEDIR LOS ALBUMS ILUSTRADOS
10 Rue Euryale Debaynin
PARIS

Estudio Fotográfico de F. BIXIO y C^{ia}



Medallas de oro
Londres 1910. — Paris 1911.

BUENOS AIRES
B. de Irigoyen, 185.
Unión telef. 1372-Libertad.

TRABAJOS ESMERADOS
Y MODERNOS

ARTE EN LOS
RETRATOS DE NOVIOS
Y NIÑOS

PERFUMERIA

EXTRA-FINA

T. JONES

23, Boulevard
des Capucines
PARIS



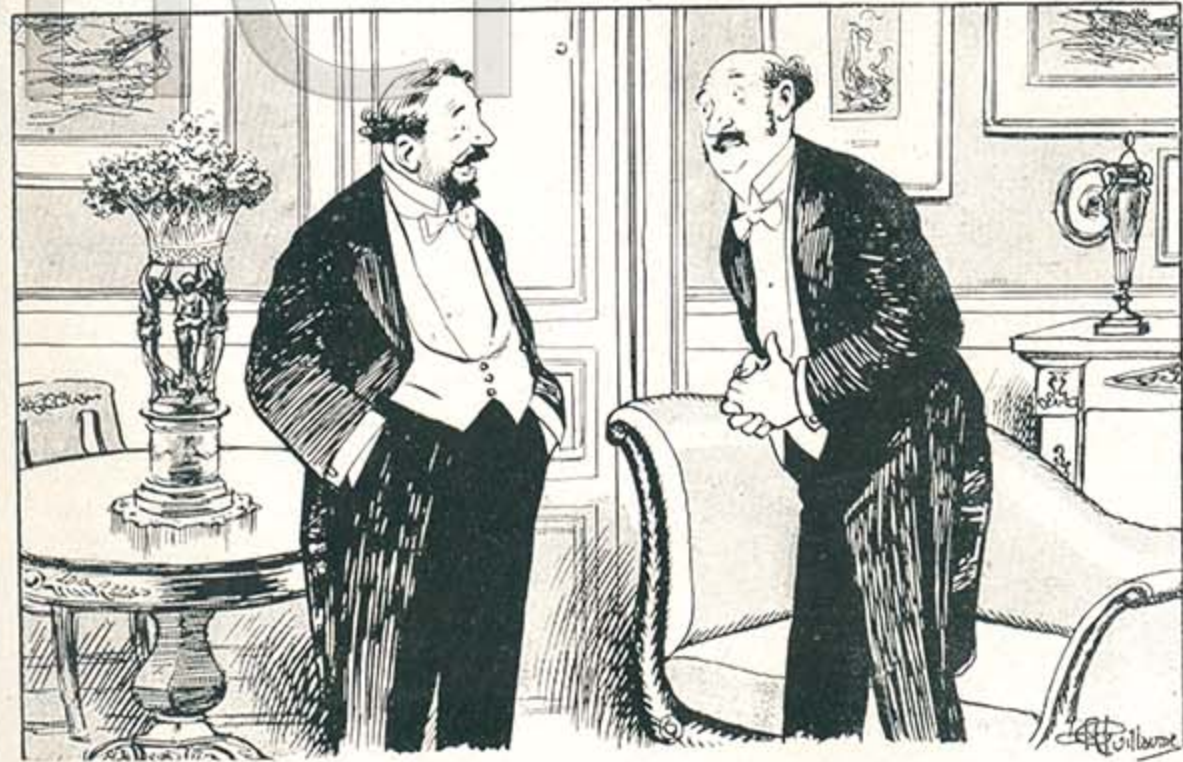
Veni-Vici

&

Gai-Paris

PERFUMES INCOMPARABLES

TUDO SE EXPLICA.



— Sí, pero no me negará Vd. que rehusó batirse con él.
— Sí, señor; es cierto. Pero también recordará Vd. que, en aquellos días, no se mataban tocinos.
(Le Rire.)

THE London and River Plate Bank Ltd

Fundado en 1862 PRINCES STREET, LONDON, E. C. Fundado en 1862

Capital suscrito...£ 3.000.000 | Capital realizado.£ 1.800.000 | Fondo de reserva.£ 2.000.000

CONSEJO DE ADMINISTRACION

Presidente : M. E. Ross Duffield — Administrador-delegado : M. R. A. Thurburn

JOHN G. GRIFFITHS :: :: DAVID SIMSON :: :: KENNETH MATHIESON :: ::
HON HUGO BARING :: :: HERMAN B. SIM :: :: WILLIAM THOMAS BRAND.

SUCURSALES

| | | | | |
|--------------------|----------------------|----------------|-----------|------------|
| París | Calle Santa Fé | Córdoba | Pará | Santos |
| Anvers | Calle B. de Irigoyen | Tucumán | Curityba | Victoria |
| Buenos-Aires | Mendoza | Paraná | Sao Paulo | Bahía |
| Barracas al Norte | Rosario | Montevideo | Bahía | Valparaíso |
| Boca del Riachuelo | Bahía Blanca | Río-de-Janeiro | | |
| Once de Setiembre | Concordia | Pernambuco | | |

AGENCIAS : Paysandú, Salto (Uruguay), New-York, Manaus (Brasil).

Emisión de cartas de crédito, letras, transferencias telegráficas, adelantos, cobranzas y compra de letras de cambio. Cobro de valores y cupones de la República Argentina, Brasil, Uruguay, Chile, etc. — Depósitos a plazo fijo.

SUCURSAL DE PARIS : 16, RUE HALÉVY

Dirección telegráfica : PAMPAS, PARIS

BANCO ITALIANO del URUGUAY

MONTEVIDEO (Uruguay) 207, Calle Cerrito, 207

SUCURSALES EN PAYSANDU Y MERCEDES

DIRECTORIO

Presidente : J. A. CRISPO BRANDIS — Vice-Presidente : DON BUENAVENTURA CAVIGLIA — Secretario : LUIS GAMINARA
Director-Gerente : DON ALEJANDRO TALICE — Vocales : DON CARLOS ANSELMI, HECTOR TRABUCATI, DON VICENTE COSTA

| | |
|--|-----------------|
| Capital autorizado | \$ 5.000.000 00 |
| Capital suscrito y realizado.. | \$ 3.000.000 00 |
| Fondo de reserva. | \$ 872.500 00 |
| Fondo de previsión | \$ 150.000 00 |

Corresponsal especial de la Banca d'Italia y Banco di Napoli.

Para remesas y Giros Postales sobre todas las ciudades y pueblos de Italia.

El Banco emite : Cartas de Crédito, transferencias telegráficas, letras de cambio, a la vista y a plazo sobre los principales Bancos y banqueros de Italia, Inglaterra, Francia, Alemania, Austria, Bélgica, España, Portugal, Estados Unidos de América, República Argentina y Brasil, etc., y da giros postales sobre todos los pueblos de Italia, España, Francia y sus respectivas colonias.

Se ocupa en general de todas las demás operaciones del Banco.

Para comodidad de los trabajadores, el Banco está abierto todos los domingos de 10 a 11 a. m., para el servicio de Caja de Ahorros y giros sobre Italia y exterior.

TASA DE INTERESES

Hasta nuevo aviso :

| | | |
|---|-------|----------|
| Paga. — Por depósitos en cuenta corriente a la vista | 1 | % al año |
| A retirar 30 días de aviso..... | 1 1/2 | " " " |
| A plazo fijo de 3 meses..... | 3 | " " " |
| Id id de 6 meses..... | 4 | " " " |

CAJA DE AHORROS

Recibe cualquier cantidad y paga los intereses siguientes:
Sobre depósitos a la vista, después de 30 días cumplidos 1 % al año
Sobre depósitos a 3 meses..... 3 " " "
Id id de 6 meses..... 4 " " "
Cobro. — Anticipos en cuenta corriente.... Convencional

ADMINISTRACION DE PROPIEDADES

El Banco, desde hace tiempo, se ocupa de la Administración de Propiedades, mediante una módica comisión, teniendo instalada una oficina especial, la que se encarga, además, del cobro de alquileres y remesa de fondos a cualquier punto de la República y el Extranjero, a indicación de los interesados.

DEUDA ITALIANA

El Banco compra y vende por cuenta de terceros dichos títulos, y hace el servicio de intereses en el Río de la Plata, de acuerdo con la Banca d'Italia del Reino Italiano.

CAJA DE SEGURIDAD

El Banco alquila al público, a precios módicos, cajas de seguridad de varios tamaños, instaladas en el subsuelo de su propio local, de absoluta seguridad contra incendio, robo, etc.

B.R.C

LUZ PARA
AUTOMOVILES
FAROS
GENERADOR ALPHA
DYNAMO

DEPOSITOS Y CONCESIONARIOS

ARGENTINA { BANQUE AUTOMOBILE 731 Maipú BUENOS AYRES
A & G. CAHEN 1135, Carlos Pellegrini ..
LABORDE & C^o 368, San Martín ..
RECHT & LEHMANN 815, Canello ..

ESPAÑA { BLANC FRÈRES, 57, Calle de Alcalá MADRID
PORTUGAL

MEJICO DE LOS RIOS, 153, Av. Hombres Ilustres, MEJICO

B.R.C

RODRIGUES, GAUTHIER & C^o
67, Boul^d de Charonne, PARIS.

PNEU SKEW

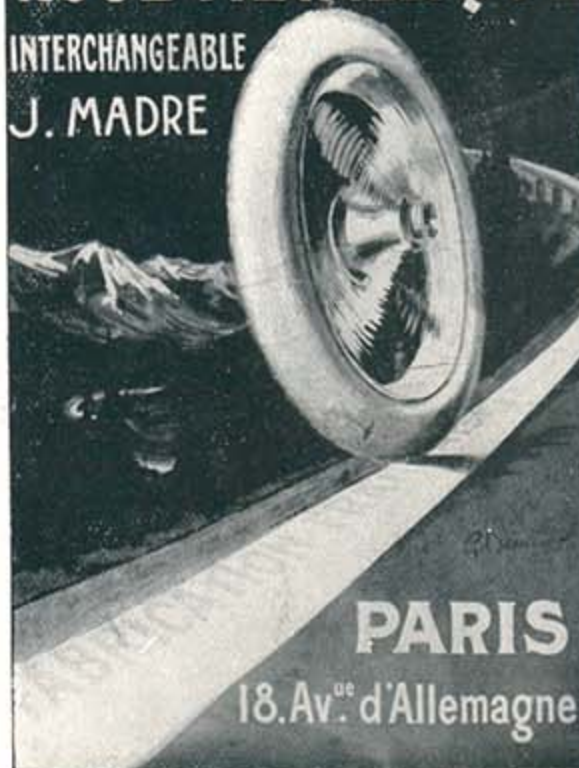
107, Rue de Courcelles TELEPHONE: 507-29
PARIS



JE SUIS UN PNEU LÀ !!!

ROUE MÉTALLIQUE

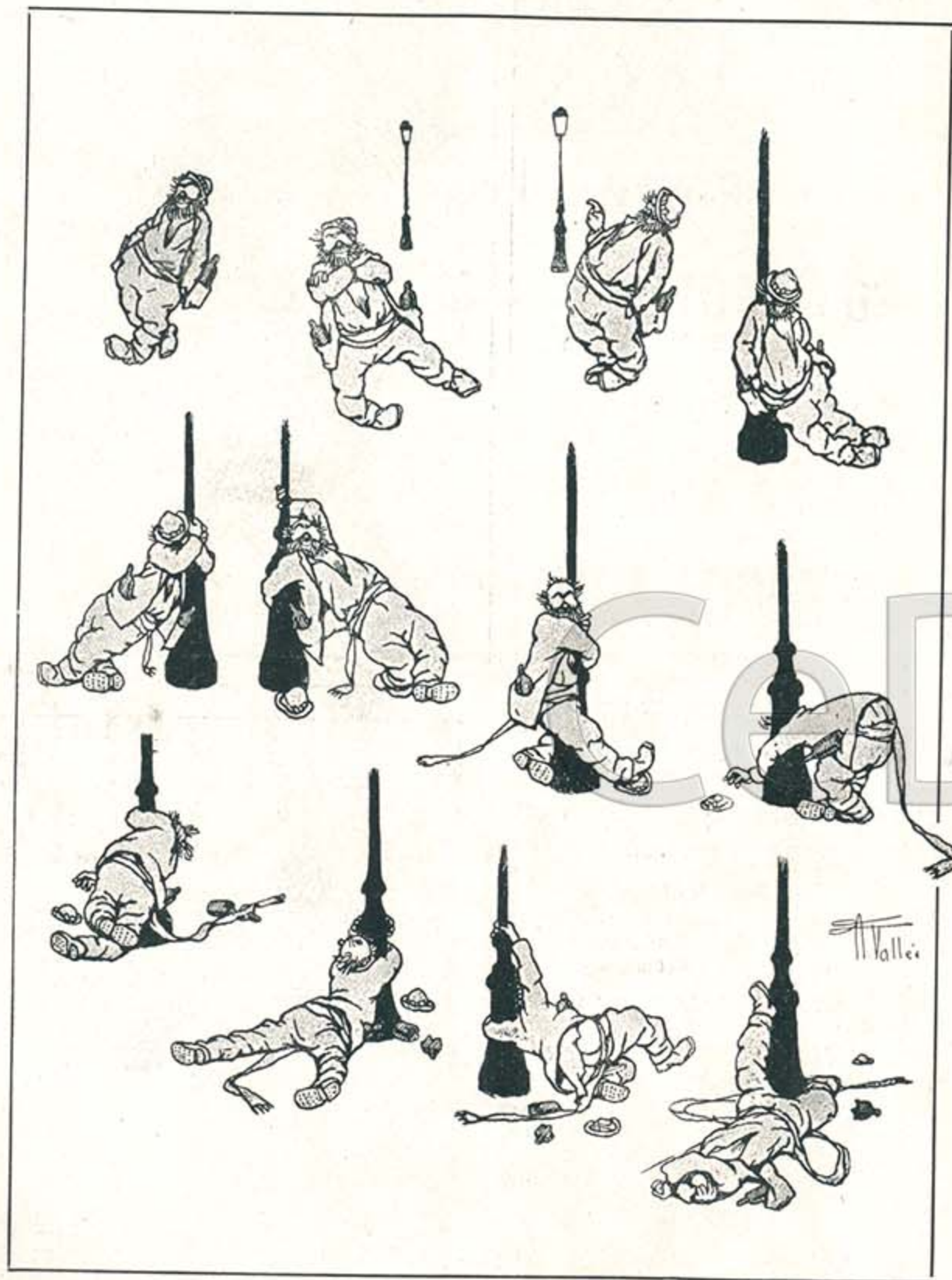
INTERCHANGEABLE
J. MADRE



PARIS

18, Av. d'Allemagne.

LO MAS MODERNO



Diversas fases de una borrachera á la Pégoud.

(Le Rire)

DANCING PALACE

DE

LUNA PARK

bajo la dirección artística del
PROFESOR BRASILEÑO L. DUQUE

Esta lujosa sala de baile está situada cerca del Arco de Triunfo, á la entrada del Bosque de Bolonia, y en el barrio más aristocrático de París. Estará abierta todos los días: de 2 á 4 de la tarde (lecciones particulares y curso de baile); de 4 á 7 (tés bailables); y de 9 á 12 de la noche (veladas mundanas).

*Todos los Viernes, Grandes Galas.
 Orquestas Hawaién y Brasileña.
 Reunión del Todo París elegante.*

Gastón AKOUN, Director.



PRUNIER

Restaurant de
 Primer Orden

No salga de
 PARIS
 sin visitarlo.

Si tiene Ud. Dolor de Estómago,
si sus digestiones son difíciles,

se curará Ud. tomando algunas gotas de

ALCOHOL de MENTA de

RICQLÈS

en un terrón de azúcar ó en una
infusión azucarada muy caliente.

EXIGIR EL NOMBRE de RICQLÈS

FUERA de CONCURSO Expos. París 1900, Bruselas 1910.
MEDALLA de ORO Expos. Barcelona 1888.

75 AÑOS DE EXITO!



PUREZA DEL CUTIS

devuelta y conservada por

la Leche antefélica ó Leche Candès.

Este producto debe sus propiedades cosméticas á la feliz combinación de elementos tomados de la materia medicinal, y cuya acción se limita á las capas superficiales de la piel.

Se emplea en dosis benigna y en dosis estimulante.

1° Dosis benigna. | 2° Dosis estimulante.

La Leche antefélica ó Leche Candès, mezclada con mayor

ó menor cantidad de agua, detiene ó evita la formación de las arrugas, borra el

curtido de la tez, calma las esfélides ó pecas, el lentigo, rojez, suprime los granos, y previene la formación de pecas, borrando las que existan si se eleva á dosis estimulante.



De este modo, ó sea pura ó mezclada con cierta cantidad de agua (véase el modo de empleo) la Leche antefélica ó Leche Candès destruye

las esfélides ó pecas, el lentigo, y el cloasma, llamado vulgarmente máscara de embarazo,



Foto Fallot.

ZAPATERIA DE LUJO

.. 277, Rue Saint-Honore, Paris ..

COSTA

Publicaciones ALFRED & ARMAND GUIDO, 6, Cité Paradis, PARIS

MUNDIAL

MAGAZINE

Dirección telegráfica:
SANTAGUIDO-PARIS

Director literario:
RUBEN DARIO

TELEFONOS
Dirección y Administración:
Louvre 0-36
Redacción y Publicidad:
Bergère 43-34

SUSCRIPCIONES

FRANCIA

6 Meses.. .. 6 fr. 50 | Un Año.. .. 12 fr.

EXTRANJERO

6 Meses.. .. 9 fr. 50 | Un Año.. .. 18 fr.

NUMERO SUELTO

Francia.. .. 1 fr. | Extranjero.. 1 fr. 50

Los suscriptores recibirán sin aumento de precio todos los números extraordinarios que se publiquen.

Venta exclusiva y expediciones á todos los países:
SOCIEDAD DE EDICIONES LOUIS MICHAUD
168, Boulevard Saint-Germain, Paris.

AGENTES DE PUBLICIDAD PARA

ARGENTINA: Compañía Argentina de Publicidad, Esmeralda, 186- Buenos Aires.

ALEMANIA: Haasenstein & Vogler. -- Leipzigerstrasse, 31 & 32 - Berlin.

CHILE: Ernesto Darnay & Cia, San Antonio 447. -- Santiago.

ESPAÑA: Empresa de Anuncios, Rialp. -- Rambla de Cataluña, 14 - Barcelona.

FRANCIA: Hoteles y estaciones balnearias: "Société Européenne de Publicité", 11, Rue Drouot, Paris.

INGLATERRA: South American Press Agency Ltd, 1, Arundel Street. - Londres W. C.

ITALIA: Giancarlo Madon, Casella Postale. 239, Milano.

SUIZA: Robert Hug, Hauptpostbox 6206. -- Zurich.

En PARIS, se encuentra de venta en todos los kioscos del Bulevar y en los Grandes Hoteles, así como en las principales librerías, igualmente que en nuestras oficinas, 6, Cité Paradis.

ARGENTINA
•
BOLIVIA
•
BRASIL
•
CHILE
•
COLOMBIA
•
COSTA RICA
•
CUBA
•
REPUBLICA DOMINICANA
•
ECUADOR
•
ESPAÑA
•
FILIPINAS
•
GUATEMALA

HAITI
•
HONDURAS
•
MEJICO
•
NICARAGUA
•
PANAMA
•
PARAGUAY
•
PERU
•
PUERTO RICO
•
PORTUGAL
•
REPUBLICA DEL SALVADOR
•
URUGUAY
•
VENEZUELA

SUMARIO

| | |
|---|-----|
| CUBIERTA. — Composición inédita de JOBBÉ DUVAL. | |
| POEMAS DE ARTE. — BOEKLIN, por RUBÉN DARIO, ilustrado en color por BASTÉ. | 403 |
| LA CIUDAD MUERTA, por ANTONIO G. DE LINARES, ilustrada en color por RIBAS. | 407 |
| BERCEUSE BLANCA, poesía por JULIO HERRERA Y REISSIG, ilustrada en colores. | 410 |
| LA OLA DE FRIO, por BLAY, con ilustraciones fotográficas. | 419 |
| LA INTERINA, principio de la novela original de CRISTOBAL DE CASTRO, escrita expresamente para <i>Mundial</i> , ilustrada por BASTÉ. | 428 |
| LA CIENCIA AL ALCANCE DE TODOS, por H. VIGNERON, con documentos fotográficos. | 437 |
| UNA INTERVIEW CON UN ALBUM, por SEGARRA Y JULIA, con interesantes autógrafos. | 445 |
| PAGINAS FILOSOFICAS. — ENVIDIA Y EMULACION, por JOSÉ INGENIEROS, con ilustraciones de MOYA DEL PINO. | 458 |
| PRIMAVERA, cuento de ALFONSO HERNANDEZ CATÁ, ilustrado por MONTIS. | 460 |
| GALERIA GRAFICA DE MUNDIAL, interesante serie de fotografías. | 465 |
| ISMAEL, cuento de V. LILLO, con ilustraciones de LECOULTRE. | 473 |
| PAGINAS HUMORISTICAS. — POR LOS BULEVARES PARISINOS, por A. R. BONNAT, con dibujos de RIBAS. | 477 |
| EL TEATRO EN PARIS Y EN MADRID, por E. GOMEZ-CARRILLO Y RICARDO J. CATARINEU. | 482 |
| EL ALMA DEL ARTE, poesía de ANDRÉS BOLARIN, ilustrada por LARRAYA. (Mención especial de nuestro Concurso de poesías). | 492 |
| POR TIERRA AMERICANA. — LAS CANTERAS DE MARMOL EN LOS ANDES, por JULIO LOBO TOLEDO, ilustrado con fotografías. | 496 |
| ELEGANCIAS MASCULINAS, por KRIEGCK. | 504 |

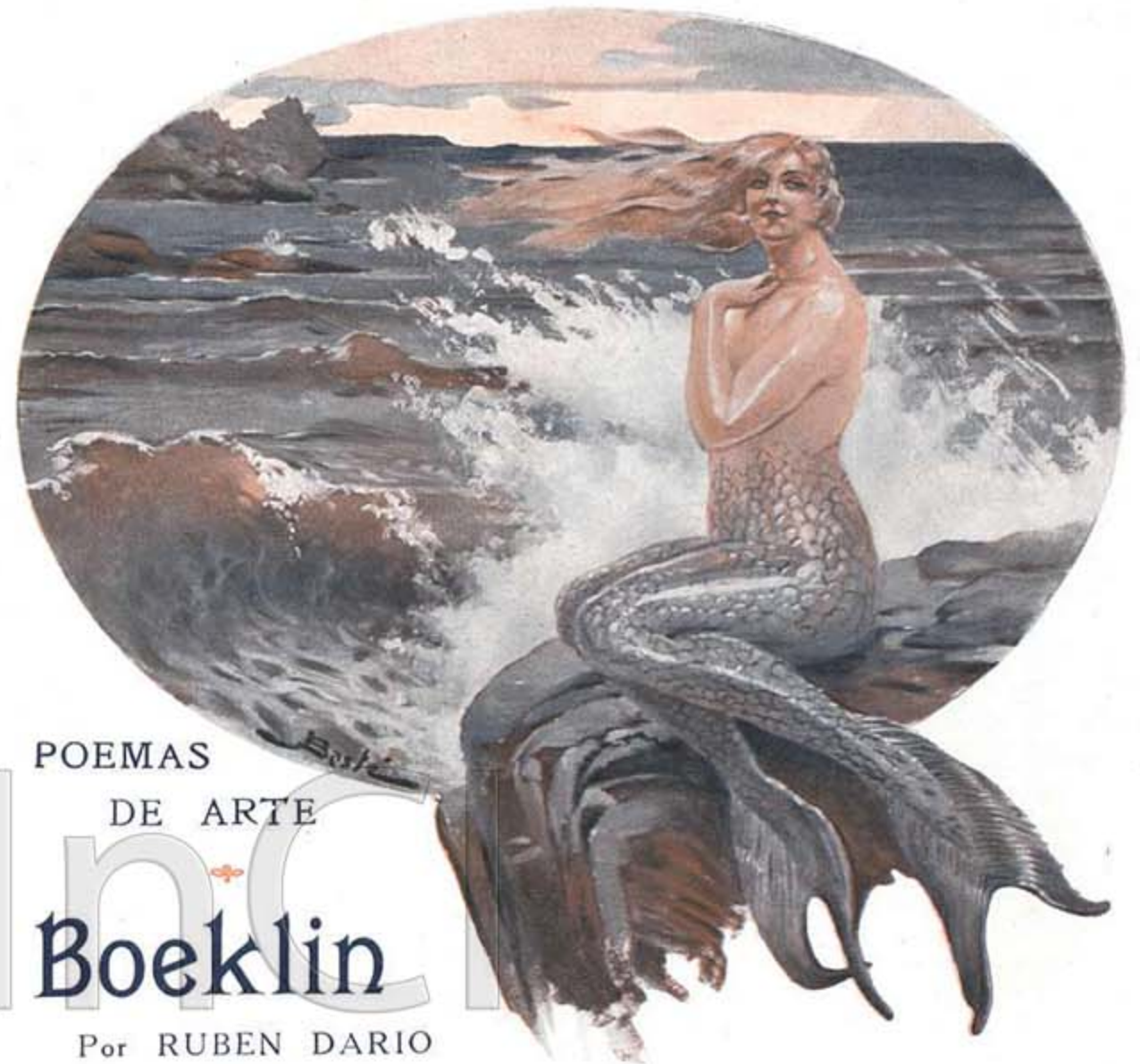
(No se devuelven los originales.)

EN EL PROXIMO NUMERO

Impresiones de viaje, por RUBEN DARIO. — Un interesante artículo sobre la estabilidad de los aeroplanos. — *Sevilla,* artículo de información. — Otras varias producciones firmadas por JOSÉ INGENIEROS, GOMEZ-CARRILLO, RICARDO J. CATARINEU, ANTONIO G. DE LINARES, CRISTOBAL DE CASTRO, GOY DE SILVA, BONNAT, GARCIA VELA, y otras. Ilustraciones en colores de los mejores artistas. Linda cubierta debida á la hábil mano del conocido pintor FABIANO.

PROXIMAMENTE

Publicaremos una comedia en tres actos de FRANCISCO VILLAESPESA, titulada *Doña María de Padilla*, estrenada recientemente en Madrid.



POEMAS DE ARTE

Boeklin

Por RUBEN DARIO

Ilustraciones de BASTÉ

I

La Isla de la Muerte

¿ En qué país de ensueño, en qué fúnebre país de ensueño está la isla sombría? Es en un lejano lugar en donde reina el silencio. El agua no tiene una sola voz en su cristal, ni el viento en sus leves soplos, ni los negros árboles mortuorios en sus hojas: los negros cipreses mortuorios que semejan, agrupados y silenciosos, monjes-fantasmas.

Cavadas en las volcánicas rocas mordidas y rajadas por el tiempo se ven, á modo de nichos oscuros, las bocas de las criptas, en donde, bajo el misterioso, taciturno cielo,

duermen los muertos. La lámina especular de abajo refleja los muros de ese solitario palacio de lo Desconocido. Se acerca en su barca de duelo un mundo enterrador, como en el poema de Tennyson. ¿ Qué pálida princesa difunta es conducida á la isla de la Muerte?... ¿ Qué Elena, qué adorable Yolanda? ¡ Canto suave, en tono menor, canto de vaga melodía y de desolación profunda! Acaso el silencio fuese interrumpido por un errante sollozo, por un suspiro; acaso una visión envuelta en un velo como de nieve...

Allí es donde comienza la posesión de Psiquis; en esa negrura es donde verás quizás brotar, pobre soñador, de la obscura larva, las alas prestigiosas de Hipsipila. A tu isla solemne ¡ oh, Boeklin! va la reina Betsabé, pálida. Va también, con un manto de duelo, la esposa de Mauseolo, que pone cenizas en el vino. Va Hécuba, y ¡ horrible

trance! va silenciosa, mordiéndose su aullido, clavando sus dedos en los dolorosos, maternales pechos. Va Venus, sobre su concha tirada por las blancas palomas, por ver si vaga gimiendo la sombra de Adonis. Va la tropa imperial de las soberbias posírogénitas, que amaron el Amor al mismo tiempo que la Muerte. Va en un esquife divino, con un arcángel por timonel, la virgen María, herido el pecho por los siete puñales.



aletas en los talones. Más allá, otra erige sus pechos su cabeza coronada de algas. Con asombro jocoso, y viene un Sancho centauro acuático braceando; la grupa está sobre la ola, y la espuma le forma un cerco hirviente y blanco por la redondez de la barriga, en la cual muestra su honda mancha, como la señal de un golpe de espátula, el ombligo.

En primer término, en la transparencia del agua, una sirena extiende

II

Idilio marino

Más allá de las solitarias islas en donde descansan los pájaros viajeros, en el reino en que Leviatán domina, sobre una roca, está entronizada la Vencedora, en la irresistible omnipotencia de su desnudez.

Ensublanca piel está la sal, el perfume marino

de Anadiómena, y la serpiente de las olas hace ver una vez más, amorosa y humillada, el soberano triunfo del encanto femenino: Europa sobre el lomo del toro, la Bella y la Fiera, la Mundana del pintor moderno que, desnuda, corta las uñas al león.

Un tritón vejudo y escamoso hace cantar su ronco caracol, en tanto que el monstruo recibe una caricia de la tentadora, de la Mujer, que bajo el inmenso cielo ofrece su fatal hermosura en el abandono de su supremo impudor.

III

Sirenas y Tritones

Con más sonoridad que el ruido del caracol, suena la risa del tritón, que muestra su cabeza de sileno oceánico, ceñida con hojas de las desconocidas viñas que crecen en los campos submarinos, y rosas de una flora extraña é ignorada, cortadas entre líquenes y flotantes medusas. Tras él se infla una faz batraciana, boca redonda y carnuda, ojos saltones. Se ven danzar las ondas. En el seno de una se hunde, con un salto natatorio, una ninfa de opulentos muslos, que tiene

su bifurcada y curva cola de pescado, negro y plata; á flor de espuma, tiembla la doble rotundidad en que termina el talle.

La faz medrosa mira hacia un punto en que algo se divisa, y casi no atiende la hembra al tritón fáunico, que la atrae, invitándola á una cita sexual, tal como en la tierra, al amor del gran bosque, lo haría Pan con Siringa.



IV

Día de Primavera

Cerca del blanco tronco de la haya estaríais vos, señorita, con vuestro sombrero blanco, vuestro vestido blanco, y vuestra alma blanca. Yo tendría mi negro dolor.

Procuraría daceros soñar yulces sueños, h el laúd no tendría para vos sino los más acariciadores sonidos. — Sí, dice ella, mas esa villa italiana... ¿no será la morada de la más infeliz de las mujeres? Los árboles sombríos forman un misterioso recinto de duelo. El agua de los arroyos parece monologar extrañas historias de amores difuntos. El crepúsculo inunda, con su tenue tinta de melancolía, todo el paisaje. El anciano que contempla meditando las ninfas, parece la encarnación de un triste pasado. Los niños que juegan cerca de la « villa », no alcanzan á hacer que mi alma encuentre una sola nota de alegría.

Nuestra alma, á veces, contagia con sus males el alma de las cosas.

V

Los Pescadores de Sirenas

Péscame una ¡oh, egipán pescador! que tenga en sus escamas radiantes la irisada riqueza metálica que decora los admirables arenques. Péscame una, cuya cola bifurcada



pueda hacer soñar en el pavo real marino, y cuyos costados finos y relucientes tengan aletas semejantes á orientales abanicos de pedrería; péscame una que tenga verdes los cabellos, como debe tenerlos Lorelay, y cuyos ojos tengan fosforescencias raras y mágicas chispas, cuya boca salada bese y muerda, cuando no cante las canciones que pudieran triunfar de la astucia de Ulises, cuyos senos marmóreos culminen florecidos de rosa y cuyos brazos, como dos albos y divinos pithones, me aten para llevarme á un abismo de ardientes placeres, en el país recóndito en donde los palacios son hechos de perlas, de coral y de concha de nácar. Mas esos dos sátiros que se divierten en la costa de alguna ignorada Lesbos, Tempe ó Amatunte, son ciertamente malos pescadores. El uno, viejo y fornido, se apoya en un grueso palo nudoso, y mira con cómica extrañeza la sirena asustada y poco apetecible que su compañero ha pescado. Este saca la red, y no parece satisfecho de su pesca. De los cabellos de la sirena chorre el agua, formando en el mar círculos concéntricos. Sobre las testas bicornes y peludas se extiende, al beso del día, un fresco follaje, mientras reina en su fiesta de oro, sobre nubes, tierra y olas, la antorcha del Sol.

Rubén Darío



La Ciudad muerta

Por Antonio G. de LINARES

Ilustraciones de MIRKO

Enci...
Es, en los cielos, una maravilla de luz; es una orgía de colores sobre la tierra... Cabo de Gata — de Agatas antaño — deslíe su áspera silueta en la brumosa lontananza del Oriente, y el relieve sombrío del antiguo Promontorio Charidemo ciñe la ensenada del golfo, azul vanguardia del Mediterráneo, que tiende, allende los horizontes del Sur, la ensoñada placidez de sus calmas...

Engastada en la tersura luminosa del mar, la esmeralda de la vega mece al viento sobre las espigas de sus maizales; aquí y allá refulge la mancha blanca de un cortijo, y una palmera se alza solitaria, nostálgica de oasis saharinos ó de berberiscas huertas... Luego, brillando al sol con deslumbrante albor de cal viva, con el albor de sus terrados blancos, de sus patios blancos y de sus blancas fachadas, Almería reclina su lenta y perezosa gracia de sultana bajo los riscos bermejos que sustentan el Alcázar, y el Alcázar se yergue sobre la indolente belleza de su favorita, con celoso gesto de amator bravío.

..

De las nieblas del pasado se alzan visiones áureas de una cabalgata de siglos, y vuelan

sobre el presente hacia ignotos futuros. Cruzan sombras borrosas y con frecuencia trágicas de altivos reyes belicosos y andariegos... La raza era otra, y otros eran los hombres y los tiempos.

Haizan-El-Alameri... Abul-Man... Zohair... los paladines de la conquista... Luego, en una aureola de gloriosa paz, Mohamed-Al-Motacin, el gran rey que supo hacer de su pequeño pueblo tesoro de riquezas y corte de ingenios...

Y el moro Râsis confiesa ser Almería llave de la ganancia, y pudo haber dicho llaves, porque las tuvo, en aquellos tiempos, de mar y tierra, debaxo de las cuales estaban cuatro puertas amplísimas, por donde le entraban estos tesoros.

Llegan los Almoravides, que truecan el puerto comercial en guarida de irreductibles corsarios, y contra ellos da principio el esfuerzo de la cristiandad.

Luchan bajo los muros de la plaza don Alfonso el Séptimo de Castilla; los condes de Barcelona, Provenza y Urgel; los reyes de Navarra, León, Galicia y Asturias; las escuadras de Génova, Pisa y Venecia... Es tan estrecho el cerco de la fortaleza, que sólo las águilas pueden entrar en ella. Al frente de los castellanos, sube al asalto don Gutierre



Es en los cielos una maravilla de luz; es una orgía de colores sobre la tierra...

Fernández de Castro; don García de Navarra y Armengol de Urgel acaudillan sus huestes; manda á los gallegos don Fernando, señor de Limia; don Ramiro Flórez de Guzmán alza el estandarte de León; capitanea á los asturianos don Pedro Alfonso; á los

extremeños, el conde don Ponce; á los toledanos, don Alvaro Rodríguez... Y es tal la masa de hombres de unos y otros pueblos en las legiones asaltantes, que el ejército cubre montes y llanos, y las fuentes y ríos no dan bastante agua, ni las verbas y plantas bas-



Son los que abandonan para siempre su bella patria...

lante mantenimiento para tanta gente... Pierden los árabes la plaza; mas vuelven á recobrarla.

Tornan á la contienda secular los ejércitos católicos... Es ahora don Jaime el Segundo de Aragón, capitaneando á los suyos, á los valencianos y á los catalanes. Don Jaime, vencido, abandona el campo, y sólo merced á las sutilezas y habilidades de don Fernando el Católico, Almería se rinde sin lucha; y con ello, y con la expulsión de los moros de Guadix, acaba la era de esplendor y de gloria, y comienza en tristeza, en suciedad y en abandono, la cristiana muerte de Andalucía.

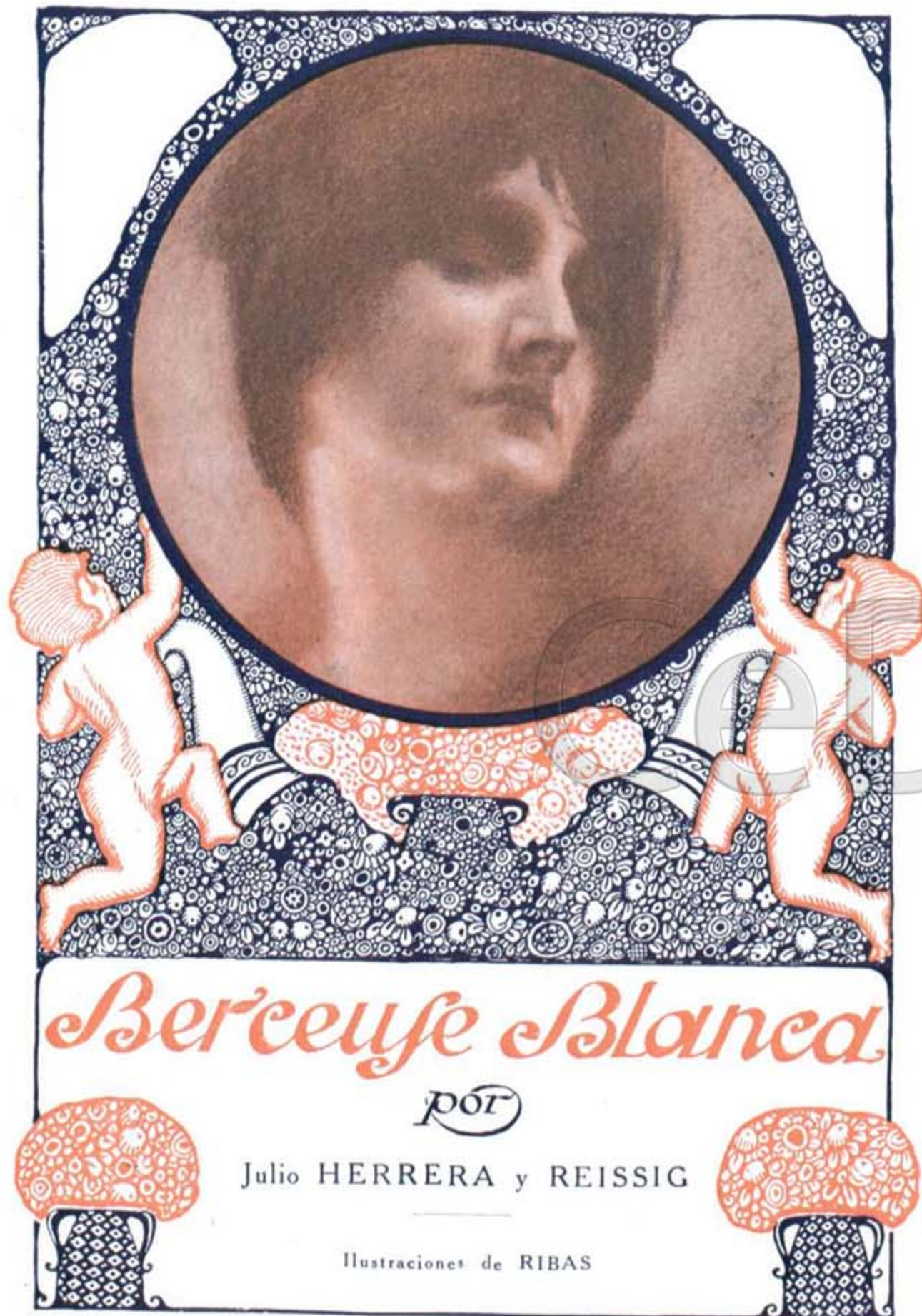


Calles pintorescas de Mira-el-Sol, de Santa María, de Almanzor ¿ qué falta en vuestras viviendas y á vuestros moradores, para semejar en todo á las callejuelas de Tánger ó Tetuán... Sólo él habla, y algo de la vestimenta... Los tipos, los gestos, los caracteres son heraldos de vuestra casta mora, que en vano se esfuerza en borrar la dominación latina... Moros son los rapaces desnudos, de color de arcilla... Moras, las viejas que en el umbral de sus chozas se espulgan al sol... Moras, las doncellas de

pelo endrino y ojos azulados, de puro negros...

Es el crepúsculo, y el sol, oculto ya tras de las cumbres de Occidente, torna en oro fundido los cielos, en bruñida plata los mares, y en sangrienta púrpura las tierras. Bajo la tenue claridad del día que muere, duras, ásperas, siniestras, las torres de la Alcazaba semejan impávidos combatientes muertos en pie, adosados á los peñascos, y sustentados por la herrumbre de sus armaduras. Hay un sollozo en esta agonía de la luz y de la tarde; y en la penumbra que comienza á velarse de misterios, sobre el mar que antaño fué testigo de glorias y de amores espejo, deslizanse, abandonando el puerto y en demanda de lejanas tierras de esclavitud y de muerte, los grandes trasatlánticos abarrotados de emigrantes, que son hombres sin esperanza, mujeres sin belleza, niños sin salud... Son los que abandonan para siempre su bella patria, blanca sultana dormida con sueño de sepulcro á los pies del viejo Alcázar en ruinas, del viejo Alcázar que, erguido sobre su muerte favorita, clama ante los horizontes lejanos un inmenso desconsuelo.

Antonio G. de Linares



A toi, Juliette, à toi...

I

Adorad á la Virgen en su amable santuario,
junto al lecho en que velan devociones azules :
Una forma imprecisa bate el sordo incensario
y es el humo de encajes, la cortina y los tules.

¡ Cómo va y viene el rítmico plenamar de su seno !
Es la luna que ondea en un lago que expira.
Loreley tañe el alma y la Muerte conspira
en el círculo de ópalo de ese abismo sereno.

II

¡ Silencio, oh Luz, silencio ! ¡ Pliega tu faz, mi Lirio !
No has menester de Venus filtros para vencerme.
Mi pensamiento vela como un dragón asirio.
¡ Duerme, no temas nada ! ¡ Duerme, mi vida, duerme !...

¡ Duerme que cuando duermas sin fin, bajo la fosa,
mi alma irá en los beatos crepúsculos á verte
y con sus dedos frágiles de marfil y de rosa
desflorará tus ojos sonámbulos de muerte !

III

Su mano blasonada de esmalte y de jacinto,
su ilusa mano de agua sedante que apacigua
como un Leteo, mano muerta que sueña un plinto,
mano de santa y mano de una deidad ambigua...

Sus manos en un gesto gótico de cansancio,
duermen no sé qué sueño de candores ilesos,
y como en las suntuosas vitrinas de Bizancio,
desgranán distraídas un rosario de besos.

IV

¡Silencio, oh Luz, Silencio! ¡Duerme, mi vida, duerme!
 No has menester que Venus sus legiones embosque.
 Duerme, no temas nada. ¡Heme á tus pies, inerme,
 pálido como un pobre niño á mitad de un bosque!

V

Alguien riza las alas. Alguien vuelca los ojos,
 Su mirada es de luna y de sol es su veste.
 Miradla : es la divina Poesía celeste,
 con los brazos en cruz y plegada de hinojos.

Duerme, que mientras duermes, mi alma en incandescente
 escala de Jacob hacia los astros sube,
 y que tu rizo negro sea la sola nube
 que turbe el ilusorio menguante de tu frente.

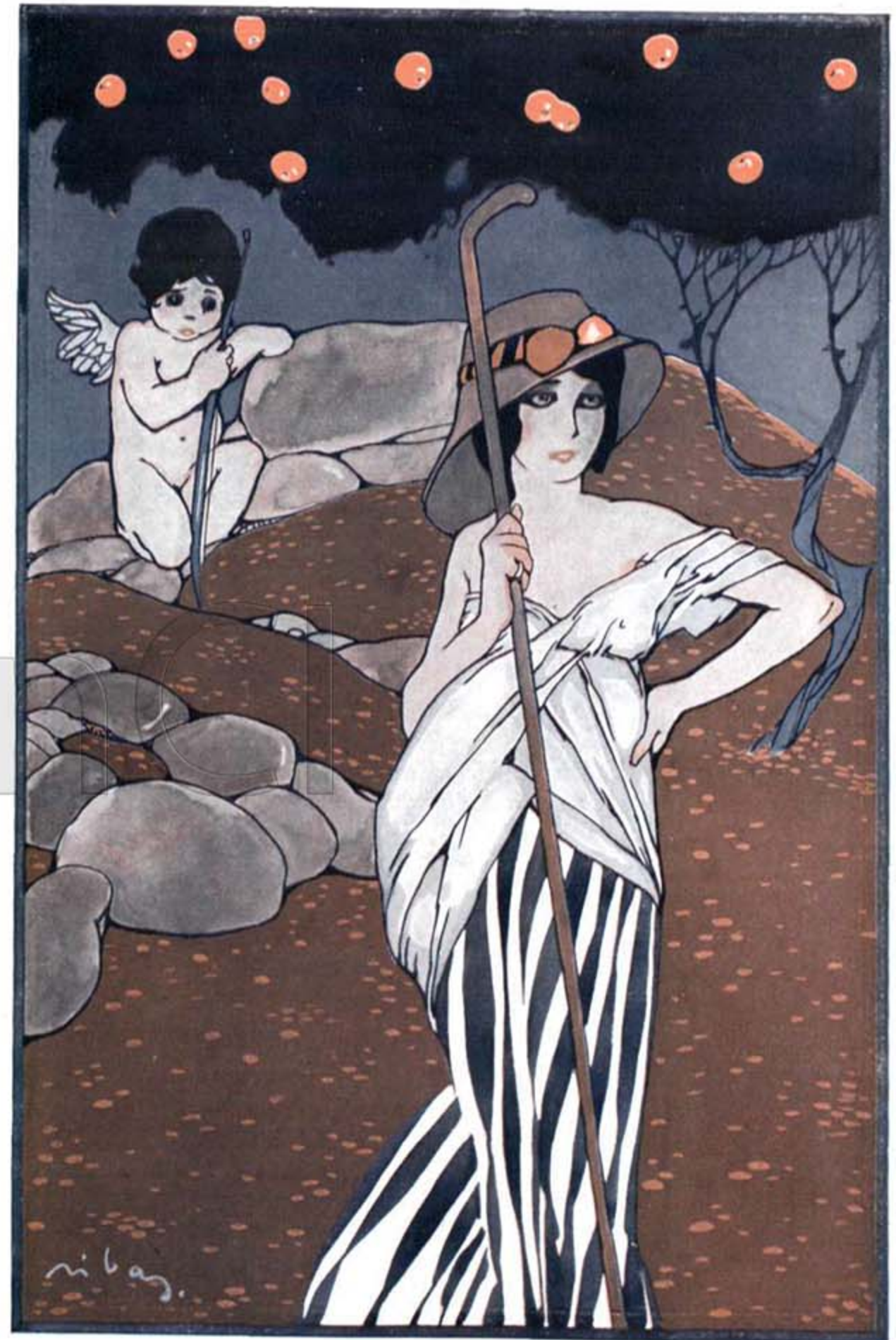
VI

Entre irreales tules, gaseosamente anida
 el lecho un espejismo de Primavera inerte,
 y es como una magnolia narcótica de vida,
 que se abre bajo un blanco crepúsculo de muerte.

En el tapiz de Oriente — á la sombra de un dátíl —
 una pastora sueña con el alma inclinada,
 sin mirar que, á su vera, desde amable emboscada,
 le insinúa una flecha el Arquero versátil.

*Y suspira su canto : ¡Ven y rige la sonda
 en el mar de mis penas; pon tu beso en mi herida,
 hándeme tus desdenes y mi muerte tan honda
 te dirá, sin decírtelo, hasta donde eres vida!*

¡Reposa, oh Luz, reposa! ¡Pliega tu faz, mi Lirio!
 No has menester de Venus filtros para vencerme.
 Mi amor vela á tu lado, como un dragón asirio.
 ¡Duerme, no temas nada! ¡Duerme, mi vida, duerme!...



VII

¡Cómo sueña la Virgen! ¡Soñará en cosas vanas,
en su hermana la rosa desmayada en un vaso,
en el Mago Aladino ó en las otras hermanas
que hartarán de bombones su zapato de raso!

En su seno hay rielares de luz blanca y de seda
y palpita dormido sobre olímpica cuna,
en un ritmo celeste, como el huevo de Leda
fecundado por una apoteosis de luna.

¡La expresión distraída de su claro aderezo
y su risa entreabierta, son tan ebrias de encanto,
que esa noche — sin duda — se olvidó de algún rezo
ó pensando en su amante, se durmió con un canto!

¡Oh, brevedad de líneas! ¡Oh, esbeltez de contorno!...
Algo ruega, algo late en la obscura armonía...
¡Es tan bella, que el ángel azul que vela en torno
Se interroga temblando, si es su amante ó su guía!

¡Duerme, que cuando duermas sin fin, bajo la fosa,
mi alma irá en los beatos crepúsculos á verte
y con sus dedos frágiles de marfil y de rosa
desflorará tus ojos sonámbulos de muerte!...

VIII

Su tenue mano de agua sedante que amortigua,
— Opalo del Olvido para morir soñando —
su mano cincopétala de una fragancia antigua,
duerme sobre su pecho, como en un plinto blando.

¡Oh, mi exangüe Nirvana! ¡Oh, mi etérea Latzuna!
En sus sienas añilan transparencias de copo
y arden en su halo espectral de heliotropo
sus clementes ojeras otoñales de luna.

¡Cómo su cabellera de azul negro trasciende
sobre el busto que es todo joven luz y armonía!

Es tan vivo el contraste de ilusión que sorprende
como si anoheciera en la mitad del día.

Sus joyas — un zodiaco de luz cristalizada —
titilan en su gala de ingenuo paraíso :
como á los astros para rielar les es preciso
que el día de sus ojos se duerma en la almohada

Quién al verla en su hipnosis, bajo el ciego misterio,
recelara el prodigio de su rayo iracundo :
¡Oh, Judith de la gracia, en su mano de imperio
sustentara inaudita la cabeza del mundo!

Alguien riza las alas. Alguien postra los ojos.
Abre el velo de Maya y unge el beso de Alceste.
Recogida en su cuello y plegada de hinojos,
se parece á la ingenua Poesía celeste.

¡Silencio, oh Luz, Silencio! ¡Duerme, mi vida, duerme!
No has menester que Venus sus legiones embosque.
Duerme, no temas nada. Heme á tus pies, inerme,
temblando como un pobre niño á mitad de un bosque!

IX

*(Afuera es un motivo de Bramhs sobre un exótico
panteísmo, que enuncia descriptivos efectos ;
en todo un ritornelo de columpio narcótico
para oboes de ranas y marimbas de insectos...)*

En el tapiz de Oriente — á la sombra de un dátíl —
una pastora sueña con el alma inclinada,
sin mirar, que á su vera, el Arquero versátil
le insinúa una flecha, desde amable emboscada.

¡Qué vaguedad de euritmia! ¡Qué esbeltez de contorno!
Auscultad el silencio de la abstrusa armonía.
Es tan bella que el Angel azul que vela en torno
se arrodilla temblando y su amante y su guía.

¡ Ave que en el harmonium de su carne salmodia,
 hostia de gracia inmune! ¡ Todo se exhala en Ella,
 desde sus eucarísticos éxtasis de Custodia,
 hasta sus inefables desnudeces de Estrella!

Erra en su labio, al ritmo de una celeste brisa,
 la violeta cautiva, péndulo perfumado.
 ¡ Cuántas veces mi alma pendió, muda á su lado,
 de la dilatación perla de una sonrisa!

¡ Aspirad su incorpórea brevedad de Olaluma!
 En sus sienes rutilan transparencias de copo
 y vuelan sus ojeras otoñales de bruma,
 como vagas libélulas de una tarde heliotropo.

¡ Qué «nonchalance» de Reina! ¡ Qué ebriedad de eufonia!
 En su gracia inclinada convalece una estrella.
 En sus líneas herméticas canta la Geometría.
 ¡ Y en su actitud beata reza un Enigma en ella!

¡ Ramos de Serafines etéreos de alabastros,
 deshojan primaveras líricas en su pecho,
 las noches inauditas se abren sobre su lecho,
 y tras de la cortina velan todos los astros!

¡ Pliega tu faz, mi Lirio! ¡ Duerme, mi vida, duerme!
 No has menester que Venus sus legiones embosque.
 Duerme, no temas nada. ¡ Heme á tus pies, inerme,
 temblando como un pobre niño á mitad de un bosque!

X

¡ Qué effluvio de Epopeyas! ¡ Qué anunciación de rosas!
 ¡ Qué frémito de mundos! ¡ Qué beatitud de ritos!
 ¡ Qué alumbramiento en éxtasis de azules infinitos!
 ¡ Qué aleluya inspirada, late en todas las cosas!

¡ Sauce abstraído, y arpa muda, vaso de Ciencia!
 ¡ Mística sensitiva que sus gracias restringe!



¡ Noche estrellada y urna blanca de quintaesencia!
 ¡ Eres toda la Lira, y eres toda la Esfinge!

¡ Oh, Plegaria del Verbo! ¡ Iris de dulcedumbre!
 Interjección, de un sabio vértigo sibilino.
 Cáliz evaporado en fragancia y en lumbre.
 Eres todo el pentágono. ¡ Y eres todo el Destino!

La pompa de tu frente reclama una diadema,
 — por santa y por augusta — de Emperatriz de Hungría,
 y tu escote — Laponia de blancura suprema —
 el collar de una Aurora boreal de pedrería.

Síntesis de Gliceras, Diotimas y Atalantas,
 eres toda la Esfinge y eres la Lira toda:
 ¡ Por ti se alzan las treinta cúpulas de mi Oda
 y todos mis imperios se duermen á tus plantas!

¡ Oh, Cristalización de luna! ¡ Oh, fausta gema!
 ¡ De todas las Estéticas filosofía y norma!
 Anfora pitagórica de idealidad suprema:
 ¡ Carne inspirada en éxtasis y Extasis de la forma!

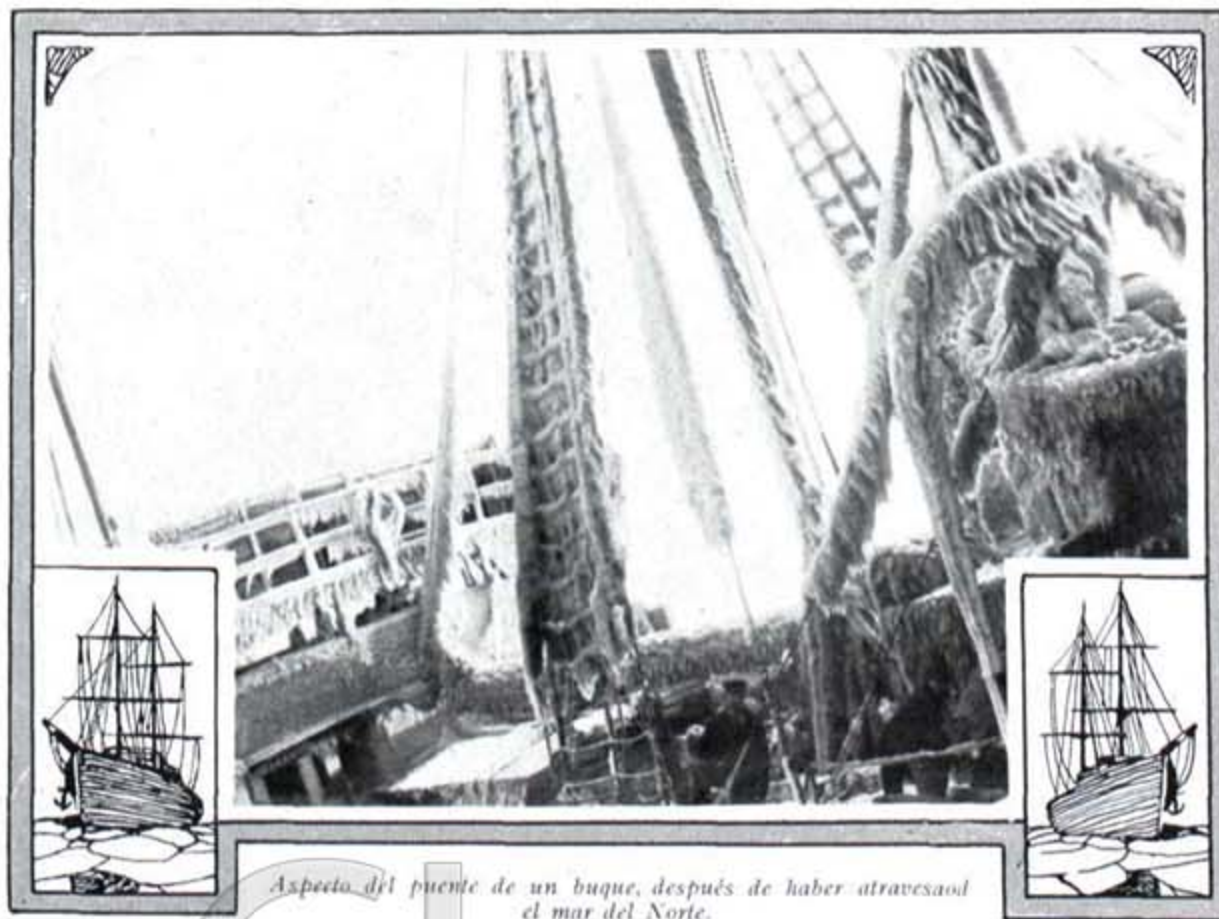
¡ Oh, Ifigenia, que en sueños crece hacia lo Invisible!
 ¡ Diana de luminoso mármol que nada turba!
 ¡ Astra de Cien Poemas, ebrios de Incognoscible,
 Catedral de la Vida y Osquestrión de la Curva!...

¡ Silencio, Oh Luz, silencio! ¡ Pliega tu faz, mi Lirio!
 No has menester de Venus filtros para vencerme.
 Mi amor vela á tu lado, como un dragón asirio.
 Duerme, no temas nada. ¡ Duerme, mi vida, duerme!

¡ Duerme, que cuando duérmamos, la eterna y la macabra,
 la insensible y la única embriaguez que no alegra,
 y sea tu himeneo la Esfinge sin palabra,
 y el ataúd el tálamo de nuestra boda negra!

¡ Con llantos y suspiros mi alma entre la fosa,
 dará calor y vida para tu carne yerta,
 y con sus dedos frágiles de marfil y de rosa
 desflorará tus ojos sonámbulos de muerte!...

JULIO HERRERA Y REISSIG.



Aspecto del puente de un buque, después de haber atravesado el mar del Norte.

La ola de frío

Por BLAY



HACIA tiempo, mucho tiempo, que el invierno parecía haber muerto. Pasábamos de una estación á otra sin grandes diferencias sensibles: un poco más de lluvia y de viento en Enero, un poco más de sol y de tibieza allá por Agosto, y esto era todo.

— El invierno desaparece — murmurábamos cada vez que nuestra vida cruzaba por una Noche-Buena, ó por una noche de San Silvestre, sin que en la calle, bajo nuestros pies, crujiera la nieve.

Y ved como en este compás de 1913 á 1914, el invierno, viejo amigo de algunos y antiguo enemigo de los más, nos sorprende con una resurrección tan inesperada como efectiva.

Ante ella, las gentes se asombran. Las cifras de 20 grados bajo cero se citan con estu-

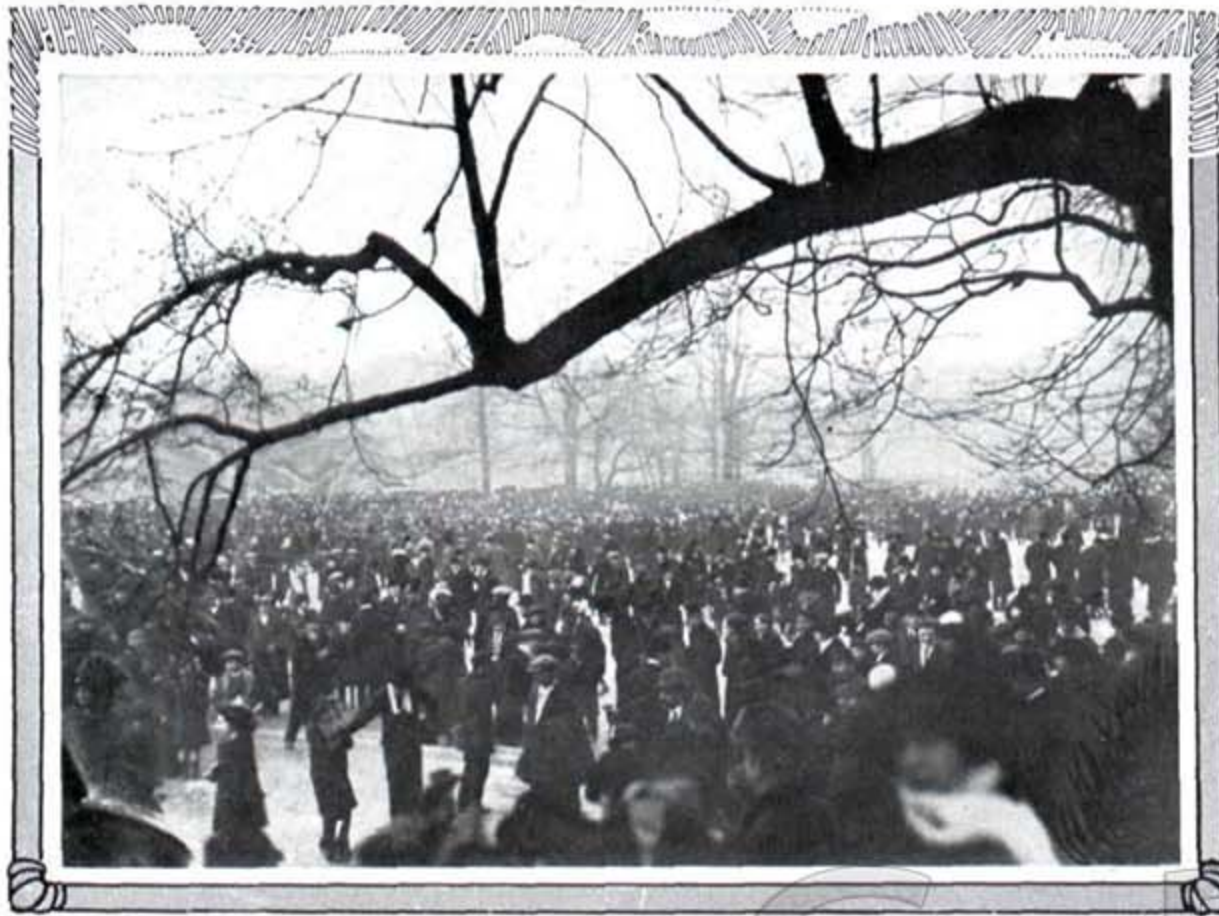
por, y con aún mayor sorpresa se habla de los 50 y de los 60 grados bajo cero sufridos en Suecia.

Y sin embargo, no son muy lejanos en el tiempo, los días en que la temperatura invernal del Este de Francia llegaba con frecuencia á los 31 grados bajo cero, y la de Siberia á los 72.

Pero habíamos perdido la costumbre del frío, y el frío nos aparece como una excepción de la Naturaleza, como un error del tiempo.

¿ Qué diríamos de las temperaturas de Marte, que según aseguran los astrónomos son de 40 grados inferiores á las de la Tierra?

¿ Qué diríamos de la temperatura de Saturno, que es 180 grados más baja que la nuestra, y de la temperatura de Neptuno, que alcanza los 220 por debajo de las que habitualmente registramos en nuestro planeta?



El lago del Bosque de Bolonia, en pleno estado de patinaje.

Si algún mago transportase á tales astros nuestra envoltura terrestre, no sería solamente el agua la que se congelaría, sino también el aire, y si pudiéramos verlo, veríamos ríos de oxígeno y de ázoe precipitados por entre peñascos de ácido carbónico solidificado.

En sus años de juventud, nuestro mundo no gozaba de climas tan benignos como son los que disfrutamos ahora. La geología nos prueba que hubo un tiempo, en el cual Francia entera estaba cubierta por un inmenso glaciar, análogo al que cubre la moderna Groenlandia.

Para explicar esta época de extremado frío, se han hecho hipótesis sin cuento, y en lo que hace á dichas suposiciones científicas, ni podemos concederles gran importancia ni prestarles gran fé.

Lo más grave es que los geólogos nos anuncian, muy seriamente, que entramos en un nuevo período glacial. Por fortuna, la predicción ha de tardar algún tiempo en cumplirse, ya que los períodos geológicos se cuentan por decenas de millares de años. Nos queda, pues, sobrado tiempo para adoptar las precauciones que estimemos oportunas,

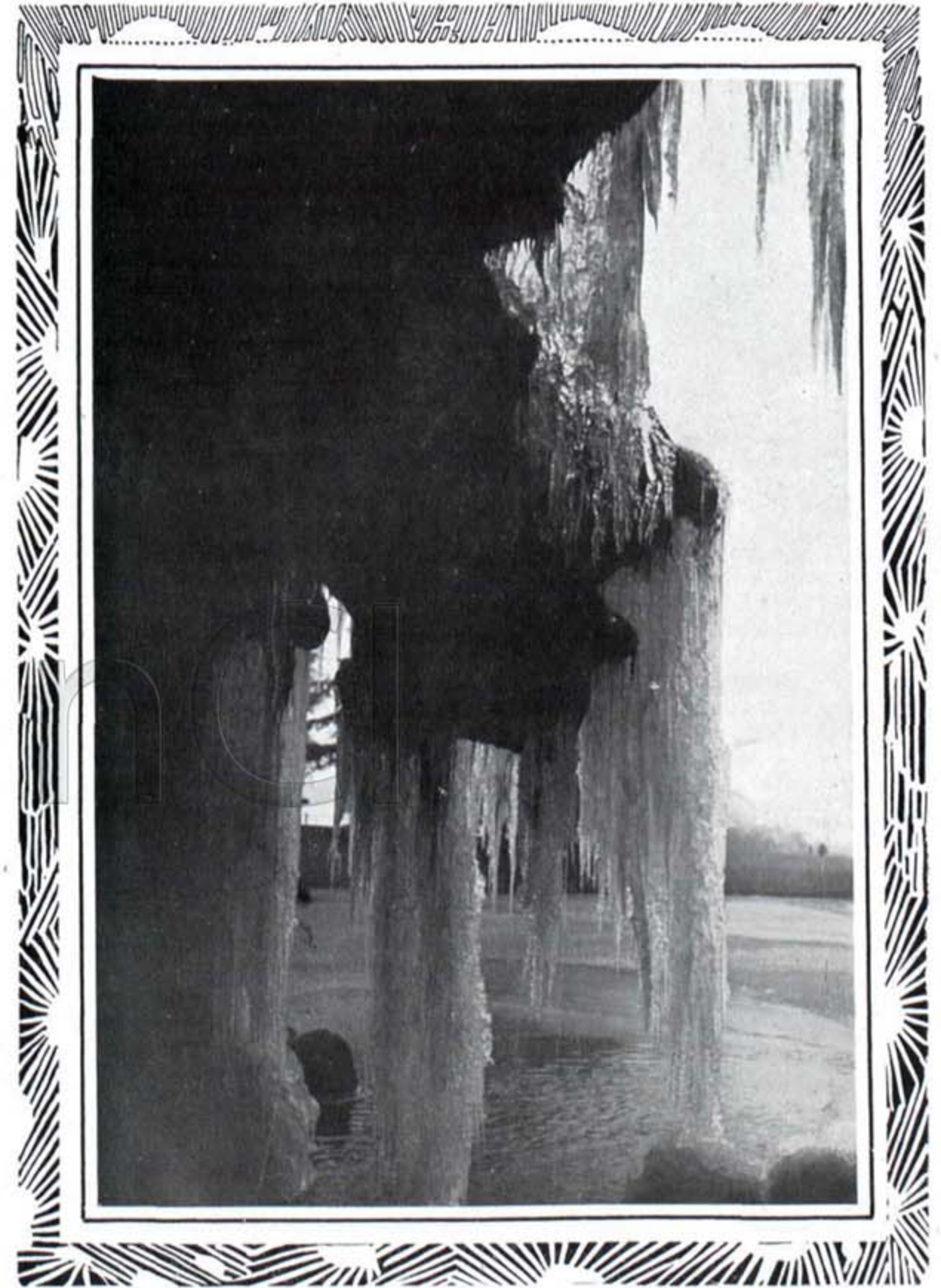
y prevenirnos contra los temibles inviernos futuros.

La temperatura media de la Tierra se modifica muy lentamente, y apenas si ha variado en un solo grado desde hace dos mil años hasta el presente.

De tal modo, en nuestros días, en Atenas, las palmeras producen dátiles que no llegan nunca á madurar. Esto mismo ocurría en los tiempos de Aristóteles, y con un solo grado que la temperatura hubiera aumentado, los dátiles madurarían; y con un solo grado que dicha temperatura hubiera descendido, las palmeras no llegarían á fructificar.

Por tanto, si es cierto que el clima de la Tierra varía, no lo es menos que esta variación es lentísima, y los pequeños cambios que se observan de un año para otro han existido siempre en los tiempos históricos, y se funden y contrarrestan al entrar á formar parte de la gran masa de la temperatura media.

¿ Es bueno el frío, ó es malo? Cuando acumula las nieves, cuando interrumpe los caminos, cuando corta las líneas férreas, suspende la circulación, aísla los pueblos,



La gran cascada del Bosque de Bolonia, durante la baja temperatura.



Diferentes lagos de París, helados por el frío, se convirtieron en verdaderas escuelas de patinaje.

prepara las futuras inundaciones del deshielo, y comete otros desmanes por el estilo, el frío produce una racha negra de ruinas y de catástrofes, que nos afligen y nos obligan a maldecir de él.

Si se piensa, también, en que durante el invierno son muchos los miles y los millones de desgraciados que carecen de abrigo y de hogar, se condena irremisiblemente el frío, y se desea que en cada año sea lo más breve y lo más leve posible.

Pero para los individuos normales, cuando el sol brilla, cuando el cielo está azul y el aire seco, por mucho que descienda el termómetro, este tiempo es del todo favorable y nada tiene de peligroso.

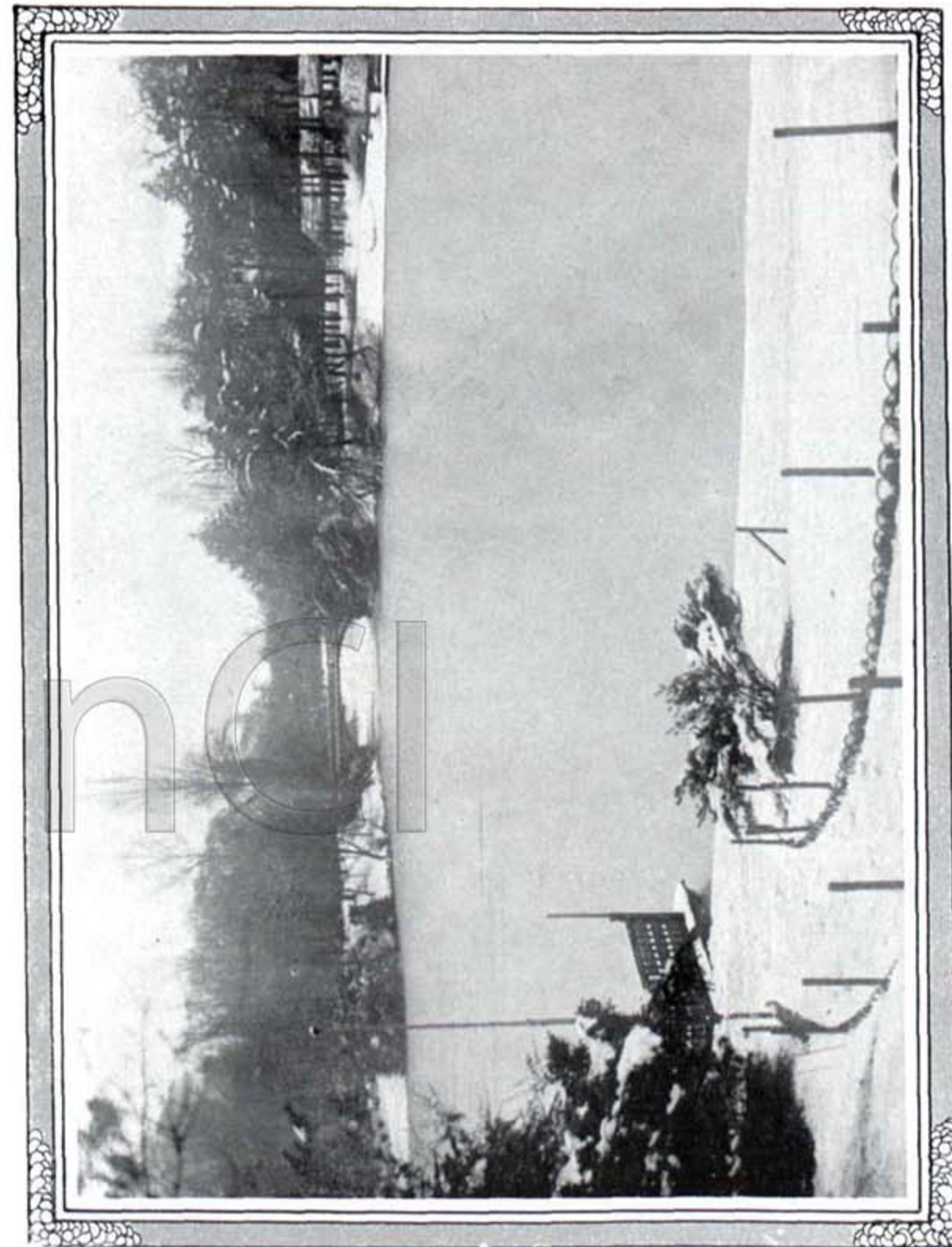
Para la salud, no son los días de frío los que son temibles, sino los primeros días templados que suceden á esos días de helada. Con los deshielos comienza la hume-

dad fría, el barro, y aparecen las bronquitis, las pulmonías, las pleuresías y otras enfermedades análogas, que son el cortejo de los meses de Febrero y de Marzo.

El origen de la mayoría de las enfermedades que se atribuyen al frío, no es el frío mismo, sino el contraste entre este frío y la temperatura lograda en el interior de las habitaciones, con la calefacción artificial.

Por el momento, la defensa ideal contra el frío es la vida activa al aire libre. Los modelos humanos de resistencia son los discípulos del teniente Hebert y de otros profesores de cultura física, discípulos que pueden patinar desnudos sobre el hielo, sin que el frío les haga mella, y sin temor á las pulmonías ni á los catarros.

En el mismo caso están los aldeanos nipones, que trabajan con el busto completamente desnudo, en pleno campo, durante los



La nieve, antes; el hielo, después: he aquí dos fases del frío, que embellecen la naturaleza.

rudos inviernos del Japón septentrional.

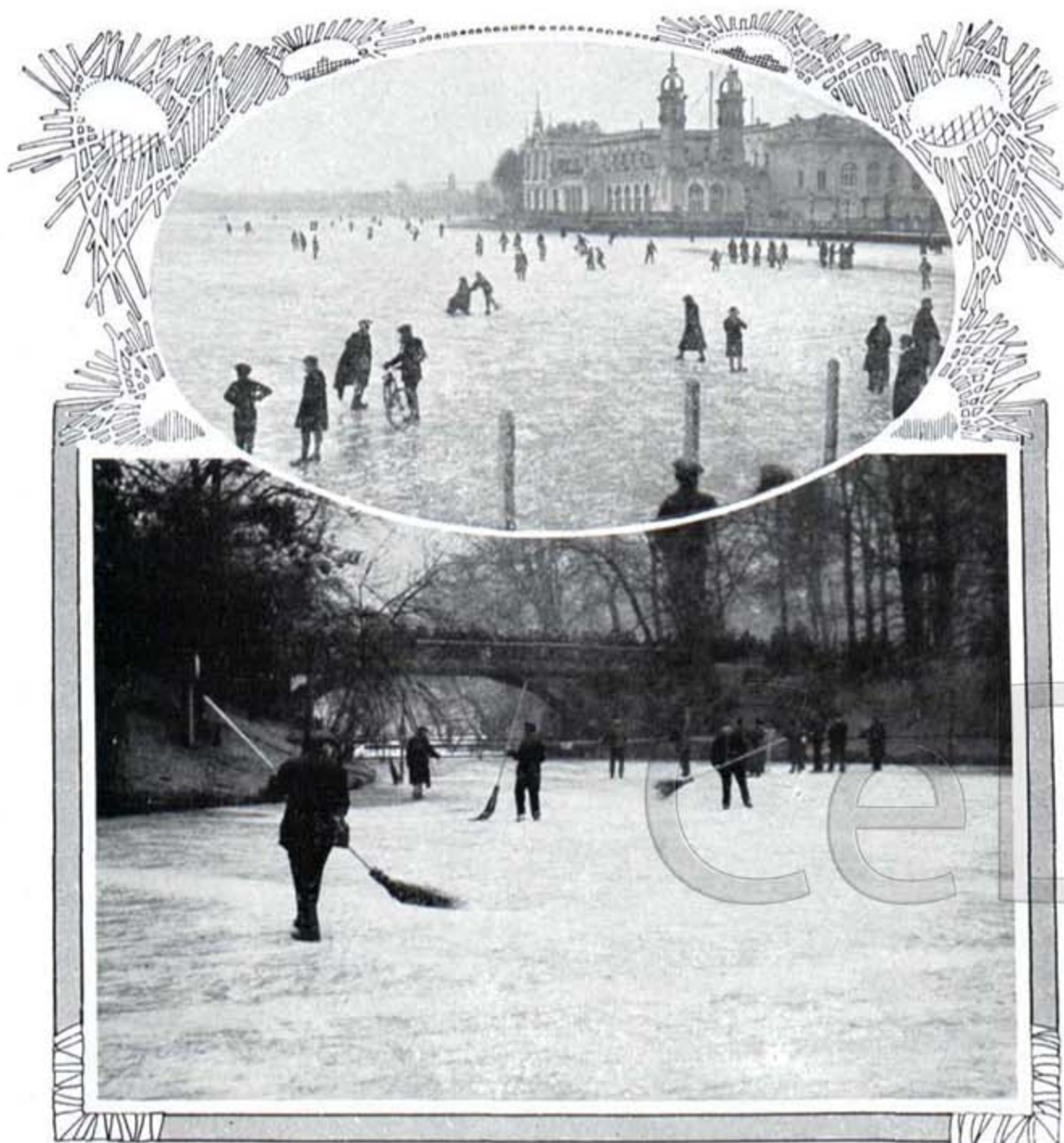
Todo el mundo trata de calentarse cuando hace frío. Pero nosotros, hombres de las ciudades, dispensados de ciertos esfuerzos saludables, nos refugiamos junto al hogar, y tratamos de calentarnos por fuera.

En cambio, el aldeano japonés, el leñador

europeo, el obrero que trabaja al aire libre y el hombre de « sport », se calientan interiormente. Todo el problema estriba en esta diferencia.

Calentarse interiormente es el precepto fundamental de la higiene de invierno.

Esta calefacción interior se consigue con



El lago sulfuroso de Enghien, á merced del deporte.

Barrenderos limpiando el lago, después de una sesión de patinaje.

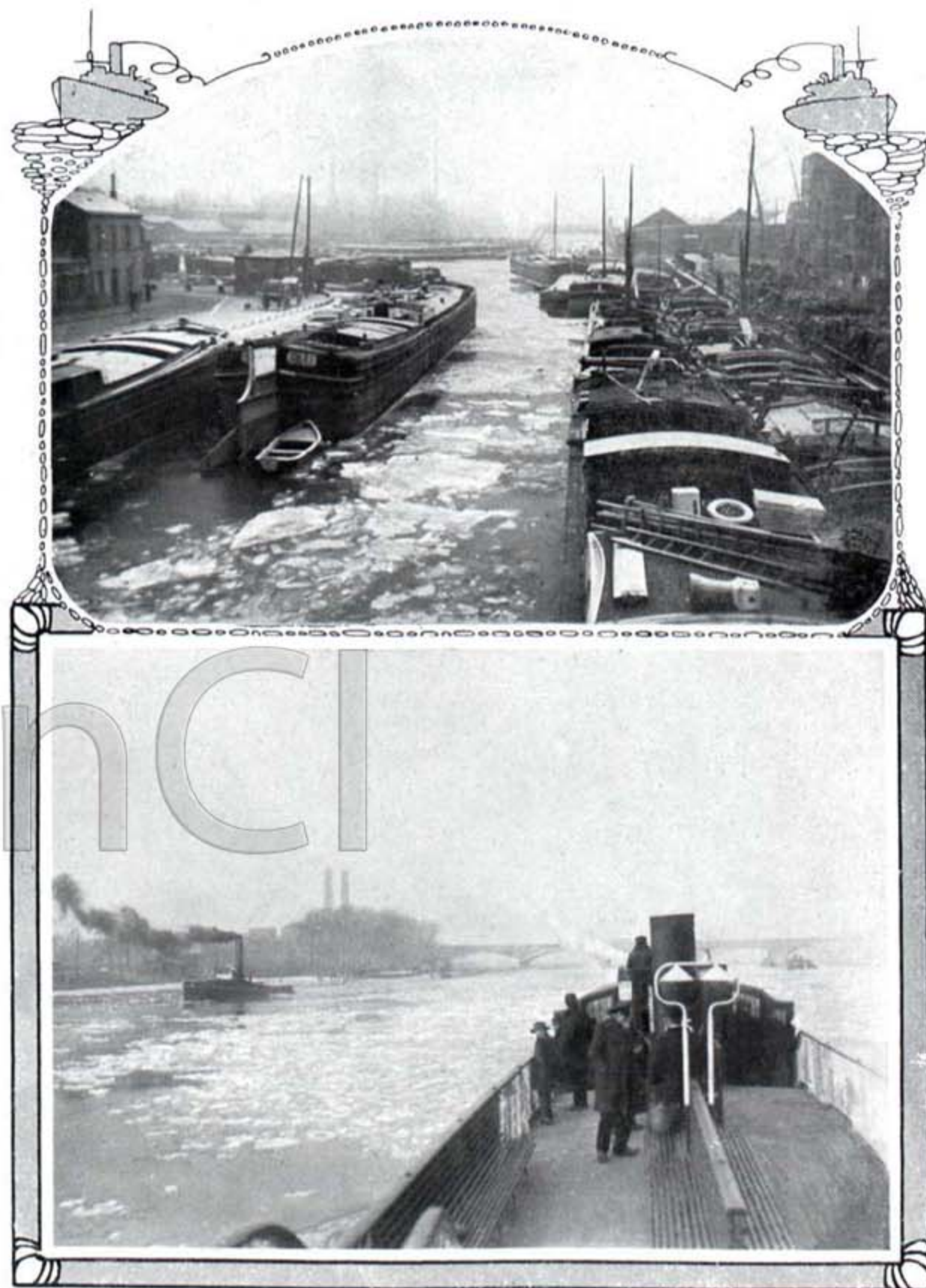
una buena alimentación, y hace mucho tiempo que los dichos populares establecieron una relación estrecha entre el combustible y la alimentación, como también entre el estómago y la hornilla.

Las harinas y las grasas gozan de una vieja reputación de alimentos *termógenos*, y las administraciones militares tienen muy en cuenta este precepto, para la alimentación de los soldados destinados á las guarniciones de clima muy frío. En este mismo sentido, el apetito de los Esquimales y su facilidad

para digerir las grasas son proverbiales.

Se consigue una reacción saludable ejercitando los músculos... ¿Qué frío resiste á una hora de marcha forzada? La fisiología nos enseña que, en cualquier tiempo, una marcha rápida de media hora, terminada por una carrera de algunos minutos, eleva la temperatura del cuerpo en grado y medio.

Los vestidos, siendo buenos, conservan este calórico engendrado por la actividad del organismo. No es necesario que sean vestidos



Interesantes vistas del Sena, durante el frío.

muy fuertes y muy ceñidos al cuerpo. Esto es un prejuicio que ha caído ya completamente en desuso. En realidad, el mejor abrigo es el aire. Las fibras de los tejidos y los

pelos de las pieles no tienen otra misión, que no sea la de retener sobre el cuerpo una capa de aire calentado por nuestro propio calor, y aislado por el vestido.



Las líneas de ferrocarriles del mediodía de Francia.

La ola de frío que nos envuelve al salir a la calle, nos hace el efecto de una ligera ducha. La Naturaleza se encarga de la reacción, y las pequeñas arterias de la piel se contraen, produciendo un estremecimiento que no es sino un esfuerzo fisiológico para reaccionar.

La alegría y la satisfacción moral constituyen otro preservativo contra el frío. Teniendo esto en cuenta, los jefes de las expediciones polares se preocupan de distraer y de divertir a sus hombres dotando a cada brigada de un « gracioso », que se encarga de ahuyentar el tedio de sus compañeros.

El frío es, pues, el gran enemigo de la miseria, y por los míseros hay que desear, que los inviernos no sean tan duros como lo es el presente. Pero el frío no es un enemigo, sino un amigo, para las personas cuya situación y



completamente obstruidas por la nieve.

cuya salud son normales. El organismo es un resorte, y este resorte necesita, de cuando en cuando, la sacudida de una tensión.

Mensajero de dolor para unos y de alegría para otros, el invierno es también, y sobre todo, un gran artista; y la nítida y desolada majestad de su arquitectura nos emociona y nos admira.

El paisaje era ayer uno de tantos paisajes: los árboles desnudos alzaban hacia el cielo sus copas deshojadas, análogas a gigantescos esqueletos; la tierra, desvestida de flores y privada de fragancias, parecía, bajo la inclemencia del cielo gris, un grande y viejo cuerpo desecado y marchito por la ancianidad.

Sobre esa tierra, la vida se obstinaba en perdurar, con sus ruidos, con sus agitaciones, con sus máculas, en tristeza y en desespe-



Un lindo paraíso de Chamonix, realmente inspirable para una decoración.

ranza. Mas el frío, mago prodigioso, envolvió a esa vieja y desolada tierra en un sudario, en un gran sudario blanco y puro, y detuvo el correr y el murmurar de las aguas, encerrándolas en estuche de hielos. Puso, además, en las ramas desnudas de los árboles, maravillosas florescencias albas, é impuso un silencio de santuario a la Naturaleza adormecida bajo el dosel de los cielos, como bajo la infinita bóveda de una cripta sepulcral.

Lo que ayer era paisaje adusto, semejante a cien otros paisajes, es hoy visión de maravilla y lugar de encantamiento... Lo que

ayer era vejez y cansancio, es hoy juventud y virginidad, en esta tersura inmaculada de las nieves... Lo que era monotonía gris, es hoy fantasía de mil reflejos en la luz prisionera de los hielos, que amantes gustan de sus misterios, descomponiéndola en los siete amores de los siete colores de su Iris...

Los mendigos, en la gran ciudad, maldicen y odian al frío; mas si preguntáis a los hombres y a las mujeres fuertes que en invierno buscan la paz de las cumbres, ellos os dirán que a ese frío, creador de hielos y de nieves, le reverencian y le bendicen.





CAPITULO I

Una tienda de reses.

La del alba sería, cuando Juanillo Dientimella, el vaquero, sintió desde el pajar donde descansaba el despertarse del cortijo.

Primero, el rebullir de los palomos que se arrullaban indiscretamente, y ya erguidos, ya caracoleando, arrastraban entre aletazos sus querellas. Luego, un inesperado y estentóreo mugir de bueyes que, en el tinado, reclamaban el tercer pienso. Y, por fin, en el patio, donde los pintureros gorriones se espulgaban al sol levante, los pasos lentos y ruidosos de la yeguada que, acaudillada por Tomás el Sordo, estremecía el aire de relinchos. El pobre Dientimella, atorrullado, y pensando en la regañina del capataz, se incorporó sobre los albardones y aparejos, sacudióse las pajas y granzones que le pinchaban entre la camisa, se calzó las abarcas y, tomando el pasamontañas y el garrote, descendió del pajar al patio.

El capataz, que hacía tomiza recostado en la enorme piedra de un rulo, saludó al vaquerillo con cuchufletas.

— ¡Hola, madrugador! ¡ Cuando yo decía!

— Mirosté, Salvaorico, que es que he pasado mu mala noche... ¡ Que no he podido pegar los ojos!

— ¡ Los ojos! ¡ Los ojos! Lo que tú no has podido pegar es la flojera que te come, so mal trabaja. Ya estás andando, á darle el tercer pienso á los güeyes.

— Voy enseguía.

— ¡ Ah! Y en cuanti los saques á beber, te allegas á lo de Julián el Corro, y le dises que

venga en un Jesús. Cudiaito con que te entretengas, liando la tarama con Dolorsiyas. Que tú y ella y ella y tú...

— Pero, Salvaorico, si yo no tengo na con Dolorsiyas. ¿ No ve osté que eya es rica y yo soy pobre? ¿ Qué vamos á tener más que una güena voluntá?

— Pos de la güena voluntá viene luego lo que viene. Conque, ya estás andando, y menos retrónicas.

Dientimella llegó á la puerta del tinado, cogió de una de las estacas el gran cebero, y saludó como una alondra la aparición del sol por las sierras.

*Yo soy como el árbol solo
Que está en medio de un camino.
No tengo pare ni mare
¡ Y maldito sea mi sino!*

El capataz saltó, indignado:

— ¡ Por vía e los moros con la copla! ¿ Quiés dejar al árbol de una vez? No paese sino que eres tú na más el solo que no tié pare ni mare. Yo tampoco tengo pare ni mare...

— Sí, pero tiene osté mujer y hijos y casa ¡ y de to! Mientras que yo no tengo á naide, ni tengo na, na... — argumentaba Dientimella, desolado.

— Pos hijo mio — decía el capataz con su tonillo filosófico — yo siempre he oído desir que el güey suelto bien se lame. ¡ De manera!

— El güey, no digo que no. Pero lo que es el hombre... ¿ Qué quierosté que jaga un mosuelo de quinse años, como yo? Pos revinar y revinar... Asina estoy, que no pego los ojos. Luego se extraña osté de que yo sea

anarquista. ¿ No lo he de ser, por vía e los moros? To el mundo tiene algún calor. Pos yo no. To el mundo tiene casa, mas que sea una chosa. Pos yo no tengo mía ni la ropa que llevo puesta. ¿ Ande está la justisia, Salvaorico? ¿ Me quierosté desir ande está? ¡ Pos si no hay justisia pa mí, que no la haiga pa naide, vaya! Me jaré anarquista y que arda Troya.

— El que va á arder de una palisa vas á ser tú. Te estás poniendo masiao tonto y subiéndote mucho á la parra. Agarra ese sebero y ya estás diéndote al tinado, que te traerá más cuenta. ¡ Habráse visto cosa igual! ¡ Anarquista! ¡ Gobierna tú que se entere el amo, y ya verás el anarquismo!

Dientimella, refunfuñando, subió al pajar, llenó el cebero con harina de habas y descendió al tinado, descorriendo el cerrojo de la gran puerta. Penetró con el vaquerillo la claridad del día, y el hambre de los bueyes se dilató en mugidos lamentosos. Era el tinado una espaciosa nave envigada, con dos filas de á veinte y cinco pesebres, formado cada cual por una gran piedra granítica, en cuyas oquedades se ponía el pienso.

A lo largo de la vastísima crujía, las reses, tumbadas entre paja, rumiaban con lenta beatitud. No bien notaron al vaquero, volvieron los testuces lánguidamente, y dos filas de cuernos, como bayonetas, presentaron armas.

Dientimella, cebero en mano, iba distribuyendo el pienso, seguido de un muchacho que llevaba un esportón de paja añeja.

Familiarmente, el vaquerillo, según iba distribuyendo el pienso, iba hablando á los bueyes, como á personas.

— ¡ Hola, Tronao! ¿ Qué te paese á ti de lo que ha dicho el capataz? ¿ Verdá que el capataz es un mala sangre? Vaya, toma... — y le echaba el pienso.

— ¿ Estás tú ahí, Mojino? ¿ Qué tienes, hombre? Paese que te veo alicaio. ¿ Estás enamora, so pelgar? Pos toma rasióndoble; que pa enamorar es mester comer.

Cuando el cebero se vació, Dientimella mandó al muchacho por más « comía », y descansó sentado en un pesebre.

El olor tibio y penetrante del establo le dió sueño, y comenzó á dar cabezadas. De vez en vez le despertaban los mugidos, y entonces, como atorrullado, se metía los puños en los ojos, restregándose con gran furia:

— ¡ Pos no me iba á dormir, canástoles!

De repente, la claridad que entraba de la puerta desapareció como por ensalmo, y unos bultos se percibieron en la lejanía.

Dientimella oyó risas de mujer, y, adormilado como estaba, pensó que serían las del cortijo.

— ¿ A qué vendrá al tinado Antoñica? — exclamaba, por la mujer del capataz.

Oyó palabras de un idioma incomprendible, y fijándose bien en los umbrales de la puerta, notó que unas señoras encopetadas, con velos de automovilistas, escudriñaban el tinado.

— « Mais, qui est celui-là? » — preguntaba una.

— « Le vacrillo » — respondió otra.

Entre el suave cuchicheo de las damas, retumbó, crepitante y áspero, el vozarrón del capataz:

— Pero ¿ no estás oyendo, Dientimella? ¿ U es que tas dormío? Jarrea pa acá ¡ lirón, más que lirón!

Las damas se oponían al regaño: — ¡ Pobrecillo! Déjelo, déjelo.

— ¿ Qué he dejar, señorita de mi arma? Si ostés no saben quien es esa prenda. Si está asina to el día y toa la noche e Dios. ¡ Dejar! ¡ Dejar! Eso es lo que él busca, que se le deje.

Al fin, con la cabeza baja, y encarnado como un tomate, el vaquerillo adelantó á la puerta.

— ¡ Qué salúo se le ha escapao! ¡ Por vía e los moros! — decía el capataz, indignadísimo, á las señoras. Luego, encarándose con Dientimella, le miró como acribillándole:

— ¡ Salúa, hombre, salúa! ¡ Que estás entre personas!

El vaquerillo, atortolado, se quitó como pudo el pasamontañas, y murmuró entre dientes: — ¡ Dios guarde á ostés!

Eran las damas cuatro: tres de ellas casi de la misma edad, mujeres « hechas », desgastadas y crepusculares, que tenían en sus modales sueltos y en sus miradas expresivas el gesto de fatiga y de comprensión de un mundanismo trivial. La otra, joven, casi una niña, era espigada, rubia y triste, y bajo su velillo automovilista, atado á lazos en el cuello, parecía, mirando al vaquerillo, una Ofelia mirando á Hamlet.

Dientimella fué rodeado por las damas, como un pastor alpino por un grupo de inglesas con Bædecker. Le contemplaban, le curioseaban, le rifaban materialmente. Sus comentarios, en francés, tenían efusiones admirativas para aquel cuerpecillo flexible y ágil, que, perfilándose en el monte y junto á sus bueyes, debía, como el de Ganimedes, aguardar al águila de Júpiter.

Azorado, trémulo, balbuciente, respondía á las damas con su ceceo encantador.

— ¿Cómo te llamas? — le decía una.

— Me llamo Juanillo. Pero me dicen Dientimella, porque cuando muchacho me se cayó un diente, y me quedó una mella aquí... — Y entreabría la boca, señalando su dentadura blanca y fuerte.

— ¿Dónde? ¿A ver? — Agolpáronse las damas ante la boca abierta del zagal, con la curiosidad burlona y frívola que despierta en el mundanismo la ingenuidad rústica. Solamente la muchachita no se acercó, mostrando su disgusto por la burla con un mohín. Mientras se iba quitando el velo, y doblándolo cuidadosamente, decía como contrariada: « Sí que es divertido ». Y luego, dando con sus piecitos en el empedrado: — « Pero ¡mamá... Rosario, Salomé! ¡ Parece mentira! »

Fuéronse poco á poco separando del vaquerillo, el cual, ya más sereno y sin corteidad casi, comenzó á examinarlas á su vez, aunque respetuosamente y en silencio: — « ¡Dios, qué mujeres! ¡ Qué barbaridad! Particularmente aquella rubia, tan alta, tan derecha, tan hermosota. ¡ Con aquel olor! ¡ Hum, qué olor! ¿ Pues y la otra que se está atando el zapato? ¡ Madre mía, qué cintura, que parece un junco! ¿ Pues y la otra, con aquellos ojos dormidos, y aquella sonrisita, y aquel morderse los labios?... ¿ Pues y la otra, la mocita fina y triste, que se ha ido á ofrecerle yerba á los bueyes? »

— Dejosté, señorita. Que ese Tronao es mu caprichoso.

— Pues si se está tan quietecito, tan quietecito.

— Pos no se fie osté de los quietecitos, que á lo mejón.

Intervino, risueña y maternal, la dama rubia y hermosota:

— Vamos, Leré. Deja las « églogas », que hay que vestirse pronto para « la tiesta ».

Y, vuelta á sus amigas, con aquella belleza espléndida y madura de Ceres, vestida por Redfern, se encaminó al cortijo.

Siguiéronla las otras damas, y el capataz, algo mohino por la privanza del vaquero, el cual, con el pasamontañas en una mano y en la otra el garrote de diez nudos, iba, absorto, oyendo á Leré sus opiniones sobre la mansedumbre de las bestias.

En el llanete de rosales blancos, debajo de la parra ubérrima, aguardaban á las señoras, Antoñica, la capataza, sus dos sobrinas, Dolores, la de Corro y otras mujeres de la vecindad, todas muy peripuestas, muy repeinadas, en un grupo policromo y pintoresco de pañoletas y refajos. Leré, con volubilidad infantil, dejó al vaquerillo, y allá se fué al grupo de mozas, atraída siempre por

« la égloga », como calificaba su madre al ingenuo encanto rural.

Antoñica, decana y maestra, fué respondiendo á las preguntas de la señorita curiosa, que se mostró particularmente intrigada por las peinas de los rodetes — altas y grandes, como de basquiñas — y por la sorprendente uniformidad del color azul en las medias de las casadas, y del blanco en las medias de las solteras. Venía Leré cierto espíritu observador, cultivado por exquisitos libros, y una intuición poética de la vida aldeana. Condenada por su fortuna y posición á Corte perpetua, venía por primera vez al campo, y sus evocaciones literarias, frente al paisaje y entre los aldeanos, tomaban el carácter sentimental de un ensueño que se realiza.

Luego que se enteró de pa á pa del valor, uso y símbolo de cada prenda, y aun de cada adorno, dió á Antoñica su guardapolvo y su velillo, y se metió entre los rosales hasta la cintura.

— ¡ Señorita! ¿ Qué va osté á jaser? ¡ Míosté que espinan mucho! »

— ¡ Aguardosté y le trairemos unas tijeras! »

Trajéronle tijeras, y curioseada por las mozas, que se cuchicheaban entre codazos, la gentilísima Leré comenzó á cortar rosas garridas. Medio oculta por el ramaje, daba voces á su mamá y á sus amigas:

— Mamá... Rosario... Salomé... Venid! »

Llegaron las « crepusculares », condescendientes, sonriendo á la efusión admirativa de Leré.

— ¡ Leré! ¡ Hija! »

— Pero, Leré ¿ qué es esto? »

— Esto es « la égloga », mamá. La bendición de Dios. La gloria. Mira qué rosa blanca. Pues mira éstas, que se llaman de pitimini.

— Preciosas, sí, preciosas. Pero acaba ya, que vendrán tu padre y sus amigos, y hay que almorzar á escape.

Apareció Leré triunfal, un poco sonrosada por la faena, repartiendo rosas lozanas, como una Flora de corsé y pendientes. Amable, aristocrática, fina y frágil, dió una rosa á cada mocita, y, entre mohines de estupor del capataz, engalanó con otra rosa la rústica zamarra del vaquero.

Estaban las sorprendidas mozas embobadas, lelas, ante aquella acción. Y estaba el pobre Dientimella que un color se le iba y otro se le venía, alterado, trémulo, *tutto tremante*, como en el inmortal verso de amor. Con los ojos cerrados de emoción y en la mano, como Aladino su lámpara, aquella rosa de milagro, acudiéronle á la memoria los cuentos de princesas y hadas, y tuvo

tentaciones de decir á la rosa, como los pastorcillos de Perrault á sus sortijas: — « Rosa de virtud, por la virtud que tienes y por la que Dios te da, que me vuelvas príncipe ».

Lentamente, fué abriendo los ojos, como quien se desvenda una doliente herida: y al verse en su pobreza de vaquerillo y en su desolación de huérfano, dijo entre dientes: — « ¡ Por vía e Dios! »

Retumbó la bocina ronca de un auto que enfrentaba el pretil del puente vecino, y las damas dijeron: — ¡ Ya están ahí! — Fué la señal de dispersión; las campesinas se esparcieron, como puñado de moscas; unas entraron en la casa, otras encamináronse al gallinero y otras á la huerta. El capataz, apresuradamente, despachó al vaquerillo para los « cerrados », con orden de que organizasen la « tiesta » para media tarde, y luego, reverente y sombrero en mano, acudió á recibir á los señoritos.

Caracoleó, trepidante, el auto, bajo el emparrado en verdor, y descendieron, como cuatro máscaras, cuatro hombres grotescamente encubiertos por adminículos deportistas.

Bajo el engorro de sus guardapolvos sucios, de sus guantes como manoplas, de sus gorras con gafas y barbiquejo como celadas, se movían con la dificultosa lentitud de guerreros bajo sus armaduras.

Uno de ellos lanzó jovialmente el aria:

*O paradiso!
tu m'appartieni,
tu m'appartieni
a me...*

Y quitándose guardapolvo, gafas y gorra, quedó, gallardo y señoril, en su traje de cazador, con la blusa de tablas muy ceñida y las pantorrillas á la escocesa, repitiendo, desentonado y estentóreo:

*O paradiso!
tu m'appartieni,
tu m'appartieni
a me...*

Hubo aplausos, saludos, carcajadas, una rosa que dió Leré á cada recién llegado, y por fin, la solemne aparición de una gran ces-



Juanillo Dientimella.

ta que el « chauffer », con ayuda del capataz, sacó del auto.

El jovial « dilettante » comenzó á dar órdenes, que oía, cejijunto y grave, el capataz:

— Oiga usted, Salvador. Nada de lujos ni de tonterías. Los señores desean ser tratados á uso de la tierra. ¿ Me oye usted? »

— Sí, jeñó.

— Almorzaremos en la fuente del Zorzal, bajo los nogales. Tú, Salomé ¿ no tenías capricho de comer migas? »

— Sí, hijo, sí. Me despepito por las migas. No las he probado nunca, pero me despepito.

— Bueno, pues ya lo está usted oyendo. ¡ Migas! »

— Pero, señorito, si las migas son en invierno. Cuando la molienda. Ahora, lo que pega es el gaspacho. To lo más, to lo más, alargándose mucho, un salmorejo.

— Nada, Salvador. ¡ Migas á rajatabla ! O hay migas, ó arde Troya.

— Güeno. ¡ Habrá migas ! ¡ Habrá migas ! Descuidosté.

— ¿ Avisó usted á los « cerrados » ?

— Ya ha dío Dientimella á desir que caeremos allá á la media tarde. Digo, señorito, que el que no ha venio entoavía es don Lorenzo.

— ¿ Qué don Lorenzo ?

— Su primo de osté ¿ quién va á ser ? El abogado de Monturque. ¿ No me escribió osté que lo invitase ?

— ¡ Ah ! Ya. ¡ Artagnán ! ¡ Como decías don Lorenzo ! — Y vuelto hacia las damas, exclamó : — No os he dicho... ¿ Sabéis á quién tendremos invitado ? Pues nada menos que á Artagnán.

— ¿ Artagnán ? ¡ Ay, qué gracia ! — dijo Rosario.

— ¿ Quién es Artagnán ? — preguntó Salomé intrigada.

— ¡ Sabe Dios ! Cosas de papá — opinó Leré.

— ¿ Cosas mías ? No hija, cosas suyas. Ya lo veréis. ¡ Es el tipo más célebre !...

— Pero, bueno ¿ quién es ? ¿ A qué le has invitado ? ¿ Cuándo viene ?

— Pues Artagnán — y mucho ojo con llamarle así, porque se pone hecho una fiera — Artagnán es un pariente mío, muy lejano, pero pariente. Vive ahí cerca, en el pueblecillo de Monturque, y es abogado, espiritista, labrador, inventor, masón, hombre galante, padre de no sé cuantos hijos, sultán de no sé cuantas odaliscas de refajo, y sobre todas estas cosas y muchas más, es el hombre más temerario que nació de madre.

— Pero, César ¿ qué te propones ? — dijo, irónica, Salomé. — ¿ Qué va á hacer con nosotras ese sultán ?

— Poquito á poco, Salomé. Menos retintín, que otras torres más altas derribó Artagnán.

— ¡ Ay ! ¿ sí ? — terció Rosario. — Pues si tú y los demás esposos queréis poner á prueba nuestra virtud, nosotras, hijo mío, no nos prestamos al ensayo. Si es tan temible como dices, yo, la verdad...

— Pero, Julia ¿ no oyes á tu marido ?

— Ya lo oigo, ya. Pero no tened cuidado. Yo conozco á Artagnán, y sé que es, ante todo, un caballero que respeta el noveno mandamiento escrupulosamente.

— ¡ Ah ! ¿ De modo que le conoces ? ¿ Y qué ? ¡ Algún tipo estrafalario !

— Nada de estrafalario, no. Al revés. Es un hombre muy fino, muy culto, algo atrasadillo en las modas, eso sí ; pero fuera de eso...

— Que os cuente Julia — interrumpió César — la noche que se presentó en Madrid, para retar en controversia pública á Maura.

— ¡ Ja, ja !

— ¿ Y á qué iba á retar á Maura ?

— ¡ Uy, qué hombre ! ¿ Es socialista ?

— ¿ Cómo socialista ? ¡ Anarquista ! De ideas, pero anarquista.

— Bueno, hijo ; pues yo te digo la verdad — exclamó Rosario, muy seria. — A mí no me traigas anarquistas, ni de ideas, ni de los otros, ni de ninguna clase. Si ese hombre es así, yo lío mis bártulos y me voy.

Intervino César, también serio :

— Vamos, Rosario. No seas niña. Comprenderás que cuando yo le invito, es porque puede estar aquí. Ni Artagnán es tal anarquista, ni su presencia desagradable por ningún aspecto. Al contrario. Todo lo contrario. Ya verás. Se trata de un hombre educado, culto, que tiene ideas muy originales y una conversación singularísima.

— No, si á mí no me importan las ideas originales. Ya me conoces. Pero como dijiste... lo de anarquista...

— ¡ Anarquista ! ¡ Sentimentalista ! ¡ Evangélico ! ¡ Tolstoiano, si te parece ! Es muy célebre ¡ Celeberrimo ! Pero ¿ qué es lo que veo ? ¡ Mirad allí, á la carretera ! ¿ Veis aquel caballero que galopa bajo un sombrero achambergado, como don Quijote bajo el yelmo de Mambrino ? Pues aquel es nuestro hombre. Aquél es Artagnán.

Todos los ojos apuntaron al sitio que marcaba César, y vieron, efectivamente, que por la carretera desolada sin un árbol, sin un cobijo, tostándose al sol campañés, venía á un trote trabajoso y lento un caballo endeble, lacio y resoplante, y sobre él, arrogantemente facundioso, un hombre cuarentón, fornido y viril, que, viendo el grupo, se quitó el sombrero y saludó con ufanía : — ¡ A la paz de Dios !

Curiosas, intrigadas, dándose unas á otras con el codo, las damas respondieron al saludo con la cabeza.

— Pues no veo el tipo de Artagnán — murmuró, desilusionada, Rosario.

— Parece un picador — insinuaba Salomé.

— No, mujer — decía Julia, indulgente. — Fíjate bien, que tiene cierta distinción.

Descabalgó Artagnán con gallardía, y llegó, reverentemente, sombrero en mano, á besar las de las señoras, entre palabras de cumplido, tan galantes como discretas.

César, sonriente, comenzó las presentaciones :

— Mi primo Alfonso de Aguilar... La marquesa de Alpuente... La señora de Rome-

la del campo, no reza con mi primo Alfonso.

— La vida, ni en el campo ni en la ciudad es descansada. La vida sólo es descansada en la muerte. No, señoras, no es una frase. Es la verdad pura. Yo vivo ahora en el campo, pero antes he vivido en la ciudad. Y ni allí ni aquí descansé nunca.

— Pues yo — dijo Rosario — conozco muchas gentes que viven en descanso perpetuo.

— Perdóneme usted, señora. Pero ¿ está usted segura de que esas gentes que descansan, viven ?

— ¡ Hombre ! Comen, pasean, juegan, duermen, leen, piensan, enamoran. Hacen de todo lo que puede hacerse en la vida.

— ¿ Sufren ? — interrogó Artagnán.

— Claro que sí — afirmó Rosario.

— Pues si sufren ¿ cómo descansan ? — replicó sentenciosamente Alfonso.

Hubo un silencio reflexivo, que cortó César, jovialmente :

— ¿ No os lo dije ? Es un hombre original, muy original. Tú, Rosario, procura no meterte en dibujos filosóficos, mira que Alfonso está en su fuerte.

— Mi fuerte — suspiró Artagnán — es conocer la fragilidad humana. Tengo cuarenta años ; para el caso cuarenta siglos ! Fuí joven, rico, intrépido ; hasta feliz ! Pero hasta cuando fuí feliz, lo fuí sin descansar ni en sueños. Si á ustedes no les aburriera...

— ¡ Pero, hombre !

— ¡ Qué cosas tiene usted !

— ¡ Si le oímos con mucho gusto ! ¡ De verdad !

— Gracias, señoras. Son ustedes muy amables. Iba á decir que mi tardanza es aparentemente cómica, como ese caballo que ven ustedes y que me ha traído. El pobre, cuando lo monté, relinchaba y hacía corvetas, como Rocinante.

No había caminado media legua, cuando empezó á aflojar. La cabeza, que arrancó erguida, se le abajaba ; el freno, que al principio iba suave, se le hizo insoportable pronto. Yo sentí entre mis piernas su vientre flácido, y percibí sus fatigados resoplidos. ¿ La distancia ? ¿ El calor ? ¿ El peso ? No, señoras. ¡ Los años ! ¡ Ha seis ó siete, se bebía las leguas ! ¡ Ahora, una legua sola se lo bebe á él !

Y llegando al caballo lo acarició, palmeándole el cuadril : — ¡ Quieto, « Pegaso »,



Mamá, mira qué rosa blanca.

rales... A mi mujer, ya la conoces. Y ésta es mi hija Leré.

— Encantado, señoras mías — exclamó Alfonso de Aguilar, cumplimentero. Y luego, vuelto á César, añadió : — Pues, hijo, tengo que darte explicaciones por mi tardanza, que ha sido involuntaria, como supondrás.

— ¡ Qué explicaciones ! — interrumpió César. — Ya sé que estás muy ocupado. Aquí, donde lo veis, todo aquello de « la descansada vida » que dijo Fray Luis, por

quieto! ¿ Han visto ustedes un Pegaso más ridículo? Pues ahí donde lo ven, tuvo su época y sus alas. ¡ Como yo! ¡ También las tuve yo!

Y la voz de Artagnán, dominando el rumor del río y el áspero chillar de los pavos reales, tenía una serenidad de abdicación.

— Ahí tienes explicada la tardanza, César. Mi Pegaso está ya sin alas, y yo estoy cargado de años y de hijos.

— ¿ Cuántos hijos tiene usted? — preguntó Julia, conmovida.

— Siete, señora. Y el mayor de nueve años.

— Bueno — interrumpió César. — No hemos venido á ponernos tristes...

— Poco á poco — dijo Artagnán, sonriendo. — Que los hijos no dan tristeza, sino los años.

— Ni los años tampoco — intervino el marqués de Romerales. — Porque yo no estoy triste, y tengo más años que un palmar.

— Cuando se está contento, teniendo muchos años, es porque no se tienen, sino que se tiran. Una vejez dichosa no es vejez, sino infancia. Yo, que aunque rústico leo de cuando en cuando á Homero, como á don Quijote, recuerdo que Héctor dice á Ulises: « Tu ancianidad es ligera, porque te has despojado de los años como de la túnica ». Pero es que Ulises no tenía corazón, ni tenía hijos — murmuró, como para sí, Artagnán.

En esto, el sonar ronco de un caracol marino estremeció las alamedas, y las damas, con gestos de extrañeza, se preguntaron qué ocurría.

— ¡ Ah! ¿ Pero ustedes no han visto la barca? Pues cuando suena el caracol, es aviso de que la barca va á transportar gente. Vengan, vengan, que es curiosísimo.

Se encaminaron todos tras los pasos de Artagnán, el cual, como le acontecía siempre, torcía los discursos por la acción, mostrándose discreto en las palabras y diferentemente en las obras, como si el cuerpo fuese de otra alma ó el alma de otro cuerpo.

Así, que todas sus melancolías, aventadas por la mundanidad elegante de aquellas damas que le rodeaban, como en escolta, fueron plumas al viento y pelillos á la mar.

Y el cuerpo de aquel ánimo tan prudente volvió, como solía, á descarriarse en petulancias, ya mirando á las damas más de la cuenta, ya en contoneos y ufanías, atusamientos de bigote, y alardes de saltar toda zanja ó acequia que había al paso.

Avistaron desde una cumbrecilla el río, que mansamente relumbraba al sol, entre mimbreras. Tenían que bajar la cuesta res-

baladiza por veredas de tomillares y lentiscos, entre cuyos matojos unas cabras sonaban sus esquilas de «égloga», y una muchacha y un muchacho, sentados á la sombra del chaparral, evocaban las páginas de Longo y la desazón inmortal de Dafnis y Cloe: « Las cabras pasaban cerca de ellos, como si participasen de su alegría. Dafnis, llamando á algunas por sus nombres, les ofrecía yerbas en la palma de la mano, y después, cogiéndolas por los cuernos, las besaba ».

Bien detrás quedó César con sus amigos, y así nuestro Artagnán, dueño absoluto de la situación, se brindó generosamente á las damas para el descenso de tan peligrosa cuesta.

La impresión que al comienzo habiales causado, fué de respeto y simpatía. Pero, cuando advirtieron claramente la iniciación de aquel extravagante donjuanismo, todo el respeto se trocó en burlas y mohines, en guiños disimulados y en codazos cómplices.

Rosario, que por su carácter expansivo y bromista era la capitana del coqueteo, comenzó sus exclamaciones noveleras:

— ¡ Jesús, Jesús, qué cuesta! Yo no bajo. ¡ Cualquiera baja por ahí!

— ¿ Cómo que no? — decía ufanamente Artagnán. — Por ahí se baja como por una carretera.

— Bajarán las cabras. Lo que es yo... ¡ Uy, uy! ¡ Con tanta mata! ¡ Con tanto espino! Que no, que no, que no. ¡ Hijas, vámonos!

— Pero, señora, cuando yo le digo á usted que no hay peligro...

— ¿ Que no hay peligro? ¿ A que no es usted capaz de bajar?

— ¡ Cómo que no! Yo bajo... con las manos atadas ¡ para que vea usted!...

Ellas se consultaron con los ojos. ¿ No merecía una jugarreta aquel don Juan extrá-falarío?

Como las tres Gracias, vestidas elegantes, crepusculares y maliciosas, Julia, Rosario y Salomé contemplaban desde la cumbre á aquel Paris, machucho y enamorado, mientras Leré, apartada y melancólica, alargaba su ramo de lentiscos á una cabrita.

Saltó Rosario, bullanguera: — ¿ Con las manos atadas? ¿ A que no? — Ate me usted — insinuó Artagnán, juntando las suyas.

Le ataron ambas manos á la espalda con un pañuelo, entre guiños disimulados y risas, contenidas á duras penas. Entonces, Artagnán, con un gesto grotescamente arro-

gante, descendió por la cuesta resbaladiza.

¡ Había que verle! Tan alto, tan recio, tan jaquetón, tan jactancioso, no bien movió los pies, sintió que su chambergo se le venía á los ojos; pero como tenía las manos esposadas, allí fueron las penas y los sudores.

Las tres damas, contemplándole tan ridículo, soltaron el trapo. Artagnán, al oírlas, lo tomó francamente por el lado épico, y dando grandes voces anunció sus propósitos de bajar, aunque fuese de cabeza.

— Esta tierra es resbaladiza. Pero ¡ no importa!

— ¿ Ve usted como el bajar así no es tan fácil? — decía Salomé.

— ¿ Se da usted por vencido? — le gritaba, zumbonamente, Rosario.

— Vamos, Alfonso — aconsejaba Julia — sea usted razonable, y déjese de tonterías. ¡ Bueno está lo bueno.

A cada frase se picaba más, y respondía destempladamente: — ¡ Lo veremos!

El terreno, arenoso, se escapaba bajo sus plantas; el chambergo se le ponía más en los ojos, al punto de que apenas veía nada; la sangre se le caldeaba de vanidad...

Procuró mantenerse en equilibrio, y descendió unos pasos. De repente, le faltó tierra, y ¡ cataplún! cayó rodando hasta un majano, que le detuvo.

Gritaron, alarmadas, las señoras; acudió, rápida, Leré.

— ¿ Se ha hecho usted daño?

— ¡ Ay, Jesús! ¡ Qué mal rato! ¡ Y sin ninguna necesidad!

— ¡ Eso es! ¡ Sin ninguna necesidad!

No consintió que le ayudasen. Lentamente, con gran trabajo, incorporó su respetable humanidad, en un mutismo avergonzado y doloroso. Ya en pie, exclamó, humillado:

— Está visto. No estoy para estos trotes.

Ellas quisieron atenuar la afrenta.

— Pero ¡ si es una cuesta empinadísima!

— Si ya decía yo — exclamaba Rosario gravemente — que por aquí no bajan ni las cabras. Ha hecho usted muy mal, muy mal.

— Tiene usted cosas de chiquillo — comentaba, compadecida, Salomé.

Artagnán, cabizbajo, no respondía. Al cabo, como hablando consigo mismo, dijo con cierta dignidad: — En los nidos de antaño, no hay pájaros hogaño. Perdónenme ustedes. — Y añadió luego: — Y compadézcanme.

Había pasado la hora de la acción, y volvía la reflexión. Parecía otro. Sonriendo finamente se quitó el pañuelo.

— Fué una sandez. Pero ya pasó — dijo entre suspiros.

Las damas, impresionadas de su actitud, traspasadas por su melancolía conmovedora, pasaron de las risas á la gravedad, y de las burlas á la compasión sincera.

— No, hombre; sandez, no. Fué, si acaso, una ligereza.

— ¿ Ligereza, y no podía moverme?... En fin ¡ qué se ha de hacer! Yo no escarmiento. De estas cosas me ocurren muchas y no escarmiento. El cuerpo tira por su lado; el alma, por el suyo. ¿ Les parece

á ustedes si me ha caído qué hacer? El cuerpo, que sí; el alma, que no. ¿ Les parece á ustedes?

Descendieron por el camino de antes, y tomaron una vereda más llana, hacia la barca de los Aviones. Las palabras de aquel hombre tan singular, que pasaba de lo grotesco á lo grave con naturalidad increíble, produjeron un gran silencio reflexivo. — « El cuerpo, que sí; el alma, que no. ¿ Les parece á ustedes? »

Caminaban entre olivares, por una senda de chumberas y álces secos, escuchando el rumor del río y el chirriar de las cigarras. Delante, como siempre pensativa, iba Leré,



Uno de ellos lanzó jovialmente el aria...

moviendo un ramo de tomillo, como una carraca. Luego, recio y apersonado, á las espaldas ambas manos y el sombrero entre ellas, iba aquella amalgama de moralista y epicúreo; y detrás, cuchicheando su estupor, Rosario, Julia y Salomé, hermosas y lozanas en sus madureces opulentas... Sonaron voces estentóreas. César y sus amigos venían jadeantes, con los pañuelos en las manos, limpiándose el sudor.

— ¡ Eh ! ¡ Eh ! ¡ No corred tanto !

Se detuvieron á esperarles. Y cuando ya se aproximaban y podían hablarse sin gritar, Artagnán refirióles puntualmente la escena de su petulancia cómica, y el justo castigo de su caída, sin olvidar la emocionada jaculatoria :

— En los nidos de antaño, no hay pájaros hogaño.

— No estás tú mal pájaro — comentó, bromeando, César.

De repente, Leré dió un grito triunfal :

— ¡ La barca ! ¡ Ya se ve la barca !

Todos miraron por entre los álamos vestidos. En la orilla de enfrente, junto á una choza de paisaje, divisaron grupos de campesinos y de bestias. Una barca, de tablas viejas, levantaba su palo único en la proa, y mostraba en la popa, tallado toscamente á navaja, un mascarón grotescamente primitivo.

Las damas percibían el confuso rumor de los aldeanos y el resoplido de las bestias, desamparadas é impacientes bajo el sol. Llegadas á la misma orilla, entre los tarajes, sintieron el frescor del río y el cansado zumbar de los abejorros. Leré evocó las barcas de Teócrito; Rosario, los paisajes de Corot; y Artagnán, para no ser menos, acomodando sus memorias poéticas á su desvalimiento y melancolía, comenzó á recitar — entre el cántico de las norias que sonaban lejos, y el piar de los vencejos que revolaban sobre su cabeza abatida — las estrofas del resignado Lope :

*¡ Pobre barquilla mía,
entre peñascos rota,
sin velas, desvelada,
y entre las olas, sola !*

Retumbó el caracol de los barcajes, y salió de la choza una barquera joven, despeinada, con pañuelo blanco de talle y enaguas de cretona azul. Saltó como una corza á la barca, y, respaldada en la maroma, hizo que la poterna tocara orilla.

Penetraron detrás mulos cargados de serones con hortalizas; borriquillos que, por la red de sus anguarinas, asomaban jarras de barro; yeguas de poderosos cuadriles

que, enjaezadas de borlones, relinchaban aparatosamente. Luego, las cabras de Román, con su macho barbudo y jaquetón y su mastín, encollarado de carlangas. Después, una viejecita con su haz de leña, como en los cuentos de Andeersen. De seguida, en seis potros nuevos, con sus sillas vaqueras y sus colas trenzadas y recogidas, seis fornidos « conocedores », cuyas garrochas, como lanzas, terminaban en banderines.

— Ahí vienen los « conocedores » de la « tiente » — exclamó, al verles, Artagnán.

— ¿ Cuáles ? ¿ Cuáles ? — dijo Leré.

— ¿ Aquéllos de las lanzas ? — preguntó Rosario.

— No son lanzas, sino garrochas como las de los picadores — explicó Artagnán con suficiencia.

La barquera se puso al torno, y Román el cabrero junto al mascarón, pasando la maroma. Un extraño concierto de voces, de relinchos, de balidos... y la barca, suavemente, despegó su poterna de la orilla.

Veíanla avanzar las damas en curiosidad deleitosa. Traía por abajo, en la corriente, un collar de frescas espumas, y por arriba, tras los barandales, caras humanas, flacas de hambre, y sudorosas de trabajo y sol; hocicos de caballos en inquietud, con las orejas tiesas y las crines erizadas; haces de verdes álamos, mordisqueados por los chivos; y en lo alto del palo único, á guisa de oriflama, un zagalillo que agitaba su sombrero... — ¡ Viva la barca de los Aviones ! ¡ Viva la mejor barca del río Genil !

— ¡ Muchacho, que te vas á matar ! — decíanle los « conocedores ».

— ¡ Déjelo osté ! ¡ Viva la barca de los Aviones ! — continuaba, agitando el sombrero.

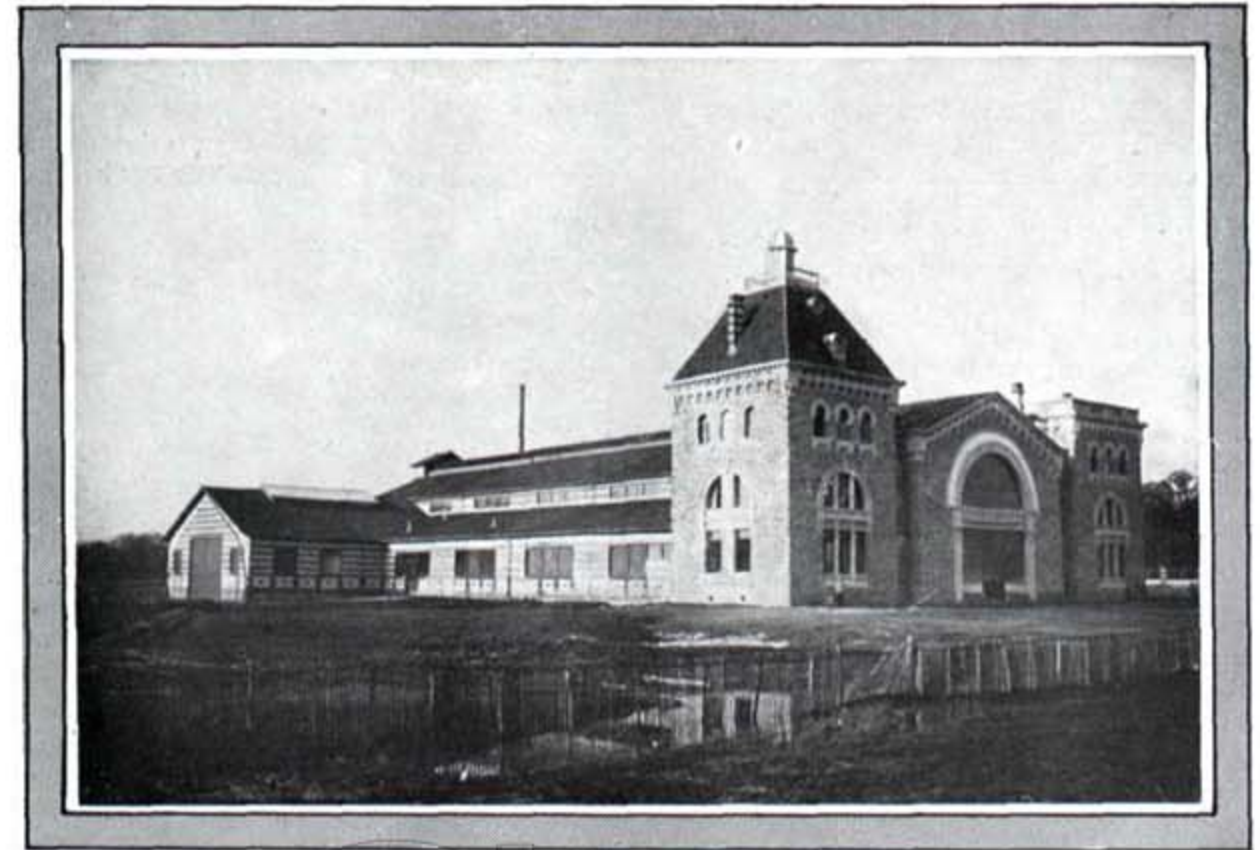
— ¡ Que te bajas ! — gritábale el cabrero, receloso.

— Escudíosté — decía la barquera tranquilamente. — Está jecho á subirse ende que se estetó...

Según iba la barca cortando el río, se acusaban más reciamente hombres y bestias en secular hermandad rústica. Era como una muestra ó compendio de la gleba, de su poesía y de su dolor.

Y Artagnán, *ex abundantia cordis*, volcó sobre las damas conmovidas sus óleos, entre anarquistas y franciscanos, unas veces profetizando la vuelta de « La Mano Negra », y otras, como en el villancico, cantando gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad...

(Se continuará en el próximo número.)



Vista del Instituto Aerotécnico de Saint-Cyr.

La Ciencia al alcance de todos

CONOCIMIENTOS ACTUALES ACERCA DE LA RESISTENCIA DEL AIRE

En la antigüedad, considerábase el viento como una divinidad temida y respetada, que inspiraba á los navegantes verda-

dero terror, pues si bien impulsaba las naves, también las combatía durante la tormenta. La leyenda atribuye al viento efectos maravillosos. Conocida es la historia de Abu-Beker, precursor involuntario de nuestros aviadores, quien, hacia el año 300 de la Hégira, se hallaba en meditación cerca de Damiette, y fué arrebatado por un huracán de gran violencia que, haciendo presa en su albornoz, le depositó algunas

horas más tarde en la Meca. Sin remon-
tarnos tan lejos en el pasado, y sin citar
hechos tan extraordinarios, baste

recordar que el ciclón que arrasó las Antillas en 1780, arrastró un cañón de sitio, trasladándole á una distancia de 126 metros de su primitivo emplazamiento.

Un dato curioso y sorprendente es que, á pesar de ser tan poderoso el impulso del viento, y de crecer en cada día el número de instalaciones agrícolas que aprovechan esta inagotable fuente de energía gratuita, el conocimiento exacto



El velotorpillo en marcha.

de los efectos del viento, de sus medidas y de sus leyes, eran cosas absolutamente ignoradas hace diez años, al abandonar la aviación su campo especulativo y entrar en la era de las realizaciones.

Sin preocuparse del medio desconocido é inexplorado dentro del cual iban á llevar á cabo sus aventuras, los aviadores construyeron modelos empíricos. El único medio de comprobar la exactitud ó la inexactitud de los cálculos de estos inventores, era la experiencia que, por ende, resultaba feliz ó desgraciada. Si examinamos los millares de patentes extendidas durante los tiempos que han precedido al actual triunfo de la aviación, nos formamos una lastimosa idea de lo que era nuestra ciencia aeronáutica de hace veinte años. Pero el gran esfuerzo cuyo resultado ha sido la conquista del aire, hubo de ser causa también de que el problema de la resistencia del aire — descuidado en fuerza de suponérsele conocido — mereciera de nuevo toda la atención de los sabios, con lo cual se han conseguido, especialmente en Francia, resultados tan interesantes como prácticos.



Puede medirse la fuerza del viento, por la presión ejercida sobre una superficie de un metro cuadrado, por ejemplo, superficie sobre la cual encuentra el aire una resistencia. Planteado el problema de este modo, es necesario determinar el esfuerzo que hay que hacer, para impedir que la citada placa ceda ante el impulso del viento.

Según las tablas calculadas por los marinos en lo concerniente á la propulsión de los barcos de vela, se establecen las proporciones siguientes :

Para una velocidad del viento de 1 metro por segundo, la presión es de 0 k. 125 por m. c.

Para una velocidad del viento de 4 metros por segundo, la presión es de 2 ks. por m. c.

Para una velocidad del viento de 8 metros por segundo, la presión es de 8 ks. por m. c.

Para una velocidad del viento de 10 metros por segundo, la presión es de 12 ks. 500 por m. c.

Para una velocidad del viento de 14 metros por segundo, la presión es de 24 ks. 500 por m. c.

Para una velocidad del viento de 20 metros por segundo, la presión es de 50 ks. por m. c.

Para una velocidad del viento de 30 metros por segundo, la presión es de 112 ks. 500 por m. c.

Para una velocidad del viento de 40 metros por segundo, la presión es de 200 k. por m. c.

Estos datos dan idea de la espantosa rapidez con que crecen las presiones, en razón de la velocidad del viento. Así, por ejemplo, para una velocidad de 10 metros, que es lo que se llama « brisa regular », la presión ejercida sobre cada metro cuadrado es de 12,500 kilogramos, en tanto que con un viento cuya velocidad es de 25 metros por segundo, la presión sube á 78 kilogramos. Luego si suponemos que un globo del tipo « Zeppelin » alemán, cuyo largo es de 150 metros, con un diámetro de 10 metros, sea sorprendido por una ráfaga de viento fuerte, como la superficie ofrecida á la presión del aire es aproximadamente de 1.300 metros cuadrados, la fuerza que pese sobre el dirigible será aproximadamente de 100.000 kilogramos.

Así se comprende que las amarras de estos globos cedan, por fuertes que sean, cuando los dirigibles sufren el asalto de un huracán á campo raso.



Pero el hombre, devorado por la sed de velocidad, sumó al impulso del viento natural, el del viento artificial creado por el desplazamiento mismo de los aparatos. Si un aeroplano se mueve, por ejemplo, á una velocidad de cien kilómetros por hora, se encuentra en iguales condiciones que se encontraría si, estando en reposo sus superficies, hubieran de resistir al impulso de un viento cuya velocidad fuera de 30 metros por segundo. Estas superficies habrán de soportar, por lo tanto, un peso de un centenar de kilogramos por metro cuadrado. Si el avión se desplaza en una corriente aérea de 10 metros por segundo, se halla en idénticas condiciones á aquéllas en que se hallaría si, estando inmóvil, soportara la presión de un viento que se desplazase á razón de 40 metros por segundo, soportando en consecuencia cada metro cuadrado una presión de 200 kilogramos.

Cosa parecida ocurre en los trenes. A las velocidades que frecuentemente se alcanzan, de 100 kilómetros por hora, la experiencia demuestra que la resistencia que el aire opone al tren en marcha, es aproximadamente igual á la que la máquina debe vencer para la propulsión misma. Es decir, que sobre cada dos toneladas de carbón quemadas en el hogar de la locomotora, una tonelada entera se emplea en vencer la resistencia del aire, y en rechazar la atmósfera, que en tal momento se comporta, como si se tratase de un medio viscoso que el tren atraviesa con dificultad.

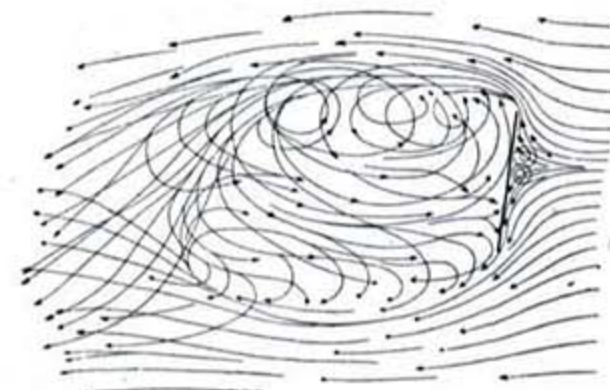


Una idea se presenta inmediatamente al espíritu. Puesto que el desplazamiento de las superficies en el aire es tan laborioso, á las grandes velocidades que deseamos alcanzar, lo indicado es modificar esas superficies, de modo que disminuya todo lo posible esa resistencia.

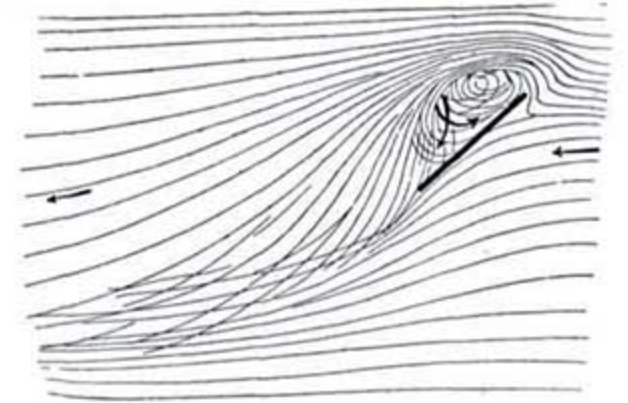
Pero al abordar este problema, es cuando nos damos cuenta verdadera de la complejidad de la naturaleza y de nuestra impotencia.

Basta examinar los gráficos que muestran la disposición comprobada experimentalmente de las corrientes aéreas, determinadas por las placas cuadradas que se desplazan en el aire con inclinaciones diferentes, para formarse idea de lo imbricados y difíciles que son estos problemas de la resistencia del aire.

Lo más sorprendente, en tales gráficos demostrativos, es que se comprueba que la forma de la superficie que en primer término vence la resistencia de atmósfera, no tiene sino relativa importancia, y que es,



Gráficos que muestran la disposición de las corrientes aéreas, determinadas por las placas cuadradas que se desplazan en el aire con inclinaciones diferentes.



sobre todo, la forma de la parte posterior del cuerpo en movimiento, la que facilita ó dificulta la marcha á través de la atmósfera.

Según la práctica deducida de esta experiencia, los corta-vientos que algunos trenes llevan delante de la locomotora, deberían colocarse, por el contrario, detrás del último vagón...

Sin embargo, si toda la resistencia opuesta por el aire no pesa sobre el frente, tampoco pesa en total sobre el tren posterior. En realidad, se distribuye, en forma muy compleja, sobre toda la superficie del convoy.

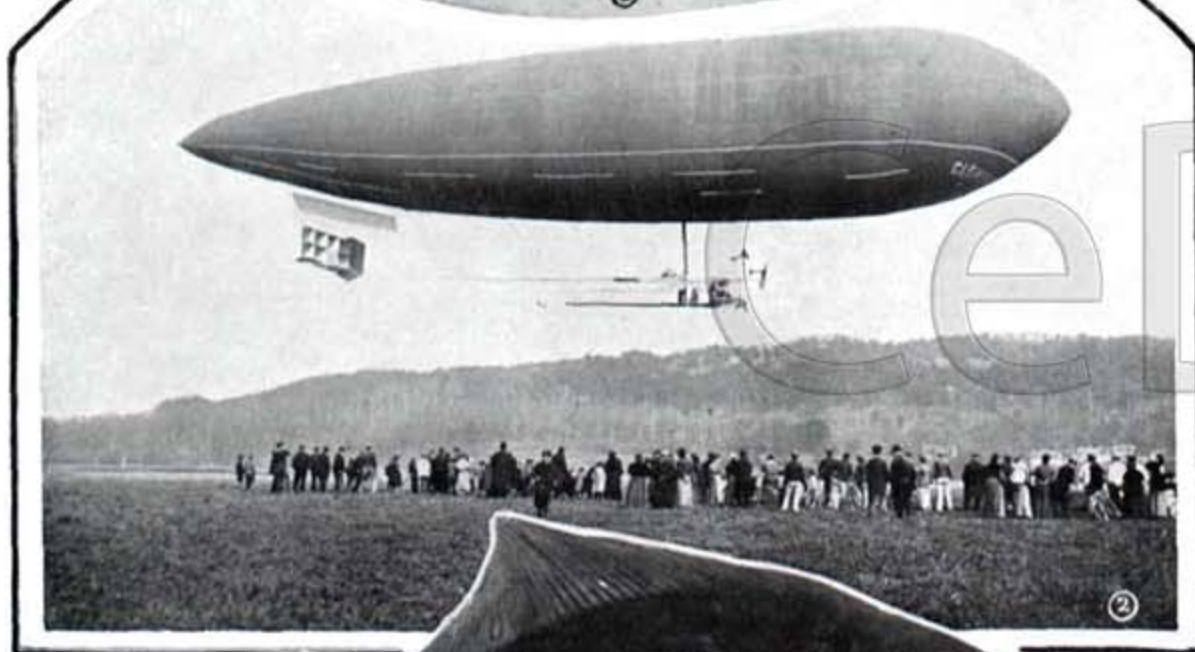
También se han obtenido otros resultados sorprendentes. Si se observa un cuerpo sólido formado por una semiesfera y por un cono, y si se trata de averiguar en qué sentido ha de desplazarse este cuerpo, para que la resistencia opuesta al aire por su superficie sea la menor posible, nos parecerá evidente que el desplazamiento se ha de verificar de tal modo, que el citado cuerpo presente, como frente, su cara terminada en punta. Sin embargo, ocurre todo lo contrario. La superficie de mayor extensión es la que ha de presentarse á la atmósfera, y de este modo se obtiene una resistencia igual á la mitad que la que opone el aire á la extremidad más aguzada.

Por eso, en los dirigibles modernos, la sección de mayor diámetro es la que forma el rostro de la nave aérea.

Es curioso observar con tal motivo, que la mayoría de los peces presentan, tras de una cabeza muy ancha, un cuerpo que va disminuyendo y reduciéndose hasta terminar en la cola. Esta forma, lo mismo en el agua que en el aire, es la que presenta menos resistencia al avance. De este modo, la Naturaleza había resuelto, desde un principio, el problema que el hombre sólo ha podido re-

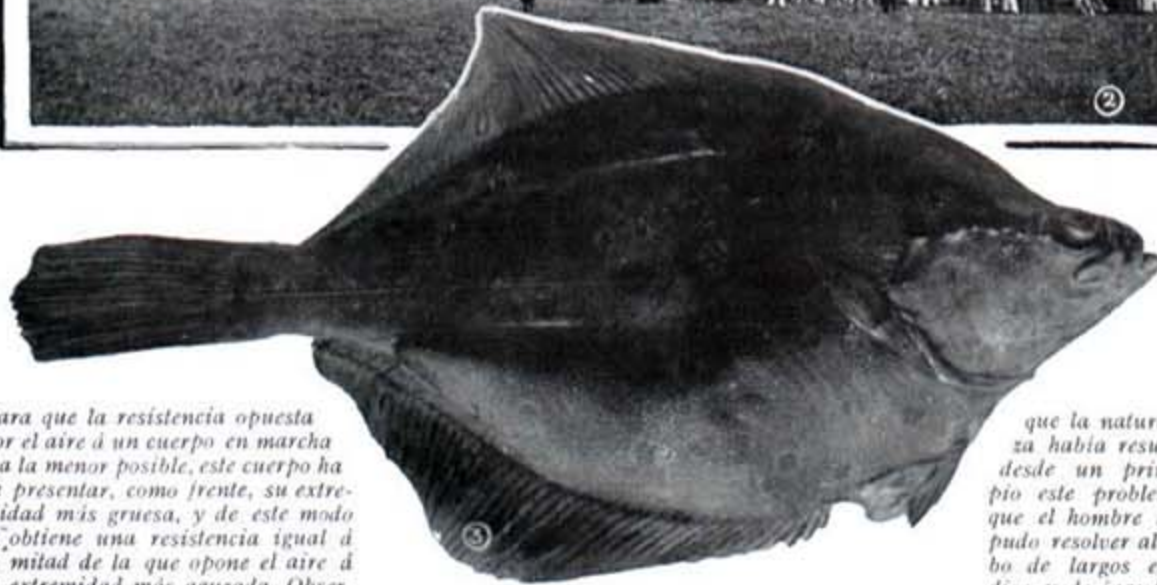


①

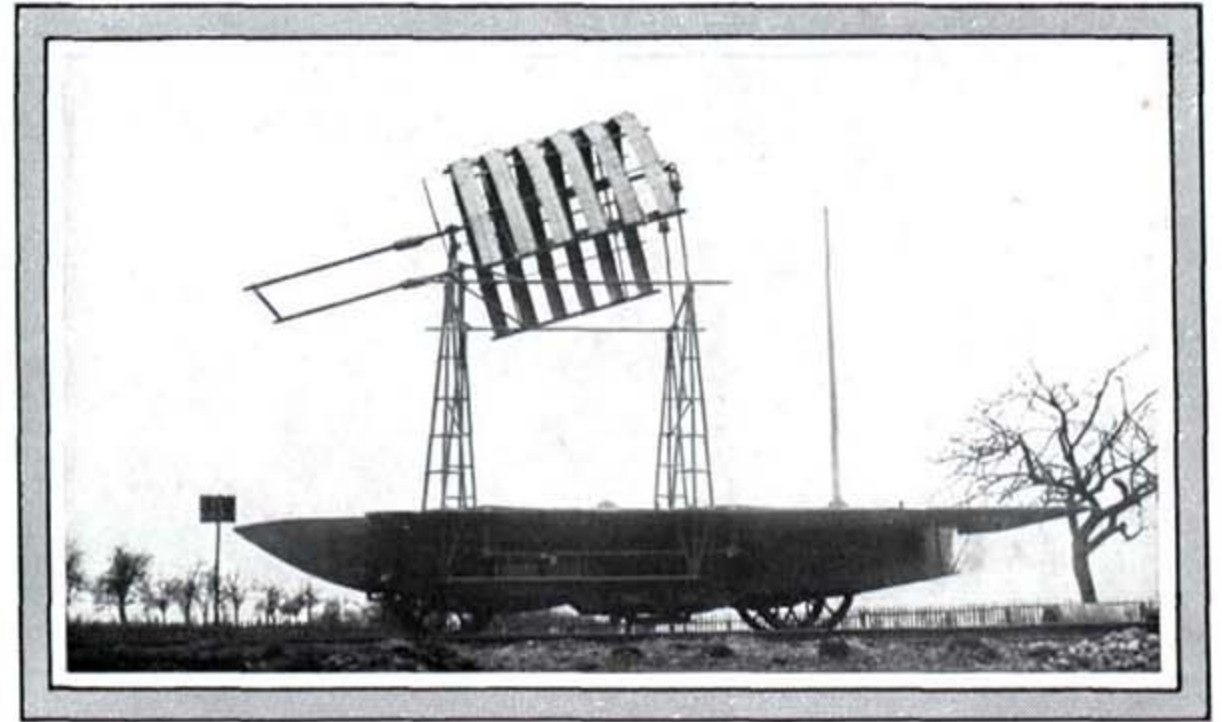


②

Para que la resistencia opuesta por el aire á un cuerpo en marcha sea la menor posible, este cuerpo ha de presentar, como frente, su extremidad más gruesa, y de este modo se obtiene una resistencia igual á la mitad de la que opone el aire á la extremidad más aguzada. Observando la forma de los peces, se ve



que la naturaleza había resuelto desde un principio este problema, que el hombre sólo pudo resolver al cabo de largos estudios y de inauditos esfuerzos.



Carro de ensayos, montado sobre rieles y movido por un motor eléctrico, que se emplea en el Instituto Aerotécnico de Saint-Cyr. Teoría de las experiencias con aparato en movimiento, á través del aire inmóvil.

solver al cabo de largos estudios y de inauditos esfuerzos.

Recientemente, se ha aplicado á la bicicleta esta misma teoría. El ciclo está provisto de una especie de carapacho, cuya forma es semejante á la de un dirigible, ó á la de un pez. Dentro de este carapacho se encierra el ciclista, quien se orienta, merced á una mira de talco transparente que lleva el aparato en su parte anterior. Con este invento, la resistencia opuesta por el aire al corredor disminuye de tal modo, que un mediano campeón ha podido batir, merced á tal dispositivo, todos los « records » de velocidad establecidos para el kilómetro.

Juzgando por este dato, puede deducirse cuán grande es la utilidad del estudio experimental, de las distintas formas de superficies que se adoptan para la construcción de aeroplanos. De igual modo, y por iguales razones, la forma total de esos aeroplanos ó de los globos dirigibles ha de someterse á las debidas pruebas experimentales, si no se quiere incurrir en equivocaciones tanto más lamentables, cuanto en general cuestan la vida á los pilotos y á los aeronautas.

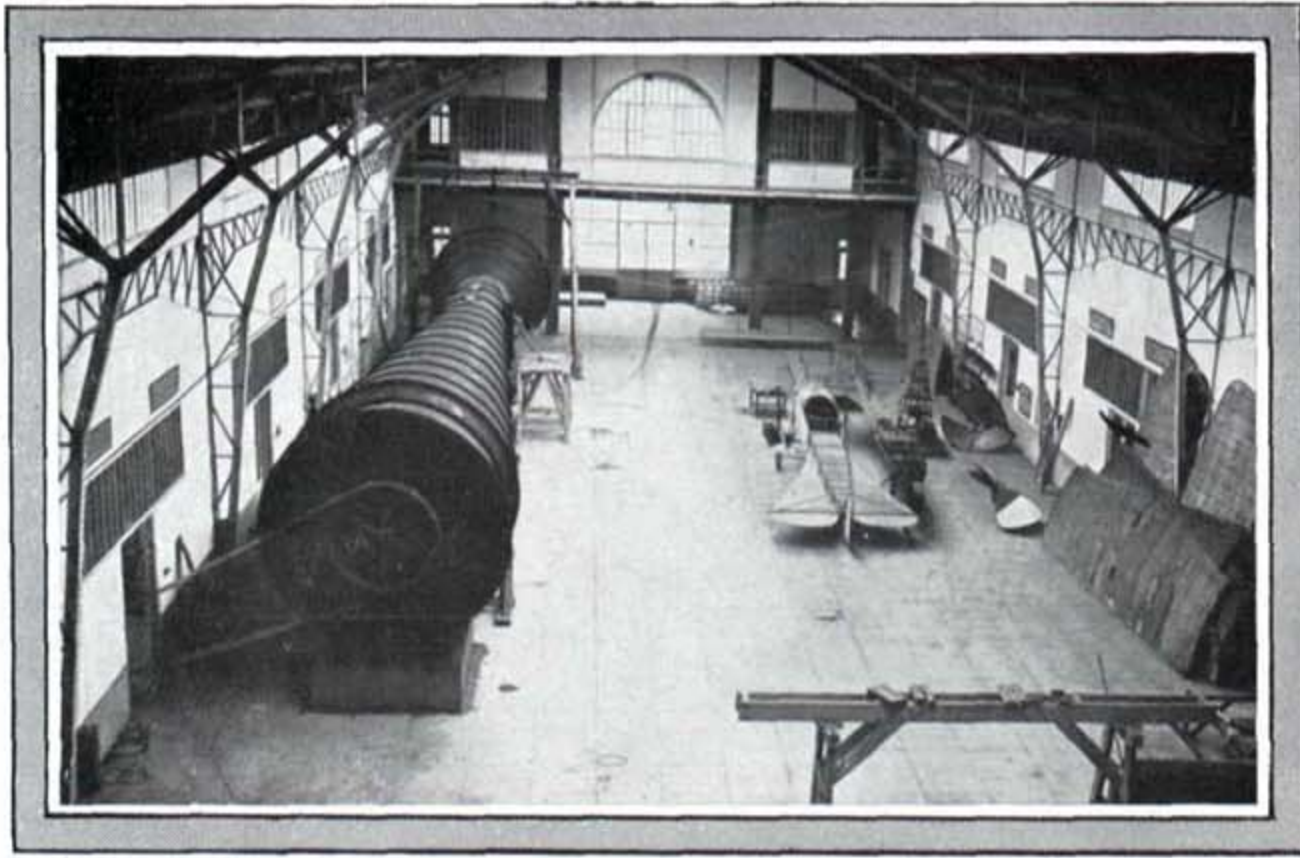
Funcionamiento de las hélices; comparación de las superficies de resistencia; estabilidad de equilibrio; todos estos problemas, en la hora actual, no están aún resueltos por completo, y ello justifica la

creación y la importancia de la ciencia modernísima de la aerodinámica.

Dos métodos pueden adoptarse para la marcha de las investigaciones. Púedese, en primer término, desplazarse el aparato que se estudia, haciéndole moverse en el aire inmóvil. Este sistema es el que se ha adoptado en el Instituto Aerotécnico de Saint-Cyr, fundado por Mr. Deutsch. Otro método, es el que consiste en someter el aparato inmóvil á la acción de una corriente de aire en movimiento. Este segundo sistema es el que prefiere para sus experiencias el célebre técnico Eiffel.

En Saint-Cyr, los aparatos se ensayan al aire libre. Un carro montado sobre los rieles de una vía de 1380 metros de longitud, y movido por un motor eléctrico de 130 caballos, arrastra los aparatos á una velocidad que puede llegar á ser de 80 kilómetros por hora.

Mr. Eiffel, el célebre ingeniero que construyó la torre que lleva su nombre, se interesó por la aviación mucho antes de que el aeroplano se hiciera dueño del espacio. En 1903, Mr. Eiffel dió comienzo, en la torre famosa, á una serie de concienzudos é interesantes estudios acerca de la resistencia del aire. En tanto que el sabio convertía en ciencia lo que hasta entonces no había sido sino suposiciones y errores (desde 1903 hasta 1906) la aviación comenzó su marcha triun-



Ventilador aspirante, ante el cual se ensayan los modelos reducidos de aparatos en el laboratorio de Mr. Eiffel. Teoría de las experiencias con aparato inmóvil, en el aire en movimiento.

fal. Para proseguir sus experiencias, Mr. Eiffel instaló en el Campo de Marte un laboratorio, y en él adoptó, como principio de sus trabajos, el sistema contrario al que ahora se sigue en Saint-Cyr.

En todas las experiencias hechas por Mr. Eiffel, el modelo en estudio no es sino una reducción del modelo verdadero. Este aparato reducido se somete á la acción de una corriente de aire, más ó menos violenta, y de tal modo se estudian sus condiciones y sus resistencias.

Para conseguir este resultado, se emplea un poderoso ventilador aspirante, de 50 caballos de fuerza, que hace pasar por una cámara de experiencias una columna de aire de 1,50 metros de diámetro, con una velocidad de 5 á 18 metros por segundo. La superficie en estudio se coloca en medio de esa corriente, y por un sistema de palancas, dicha superficie transmite la presión sufrida á una balanza especial que indica el esfuerzo, con los datos de su intensidad, su dirección y su punto de aplicación. Durante dos años, de 1900 á 1902, el trabajo del sabio Eiffel hubo de ser fecundísimo.

En su laboratorio, se llevaron á cabo más de 5.000 experiencias acerca de problemas muy diversos: importancia del ángulo del

frente opuesto á la atmósfera, del timón de profundidad, de los sistemas de dirección, de las hélices, etc.

Pero esta labor no era aún suficiente. A medida que la velocidad de los aeroplanos aumentaba, excediendo á los cien kilómetros y alcanzando casi los doscientos kilómetros por hora, se hacía necesario colocar los aparatos en condiciones que semejaran en lo posible á la realidad. Para ello, Mr. Eiffel trasladó su laboratorio á la rue Boileau, y aumentó notablemente sus medios de trabajo y de acción.

La corriente de aire que á la hora actual puede proyectar sobre sus aparatos de modelo reducido, tiene un diámetro de dos metros y una velocidad de 32 metros por segundo, ó sea de 115 kilómetros por hora. No es prudente aventurarse dentro de la zona activa de la cámara de experiencias, si no se quiere correr el riesgo de que la corriente de aire le proyecte á uno contra el suelo, ó contra una de las paredes.

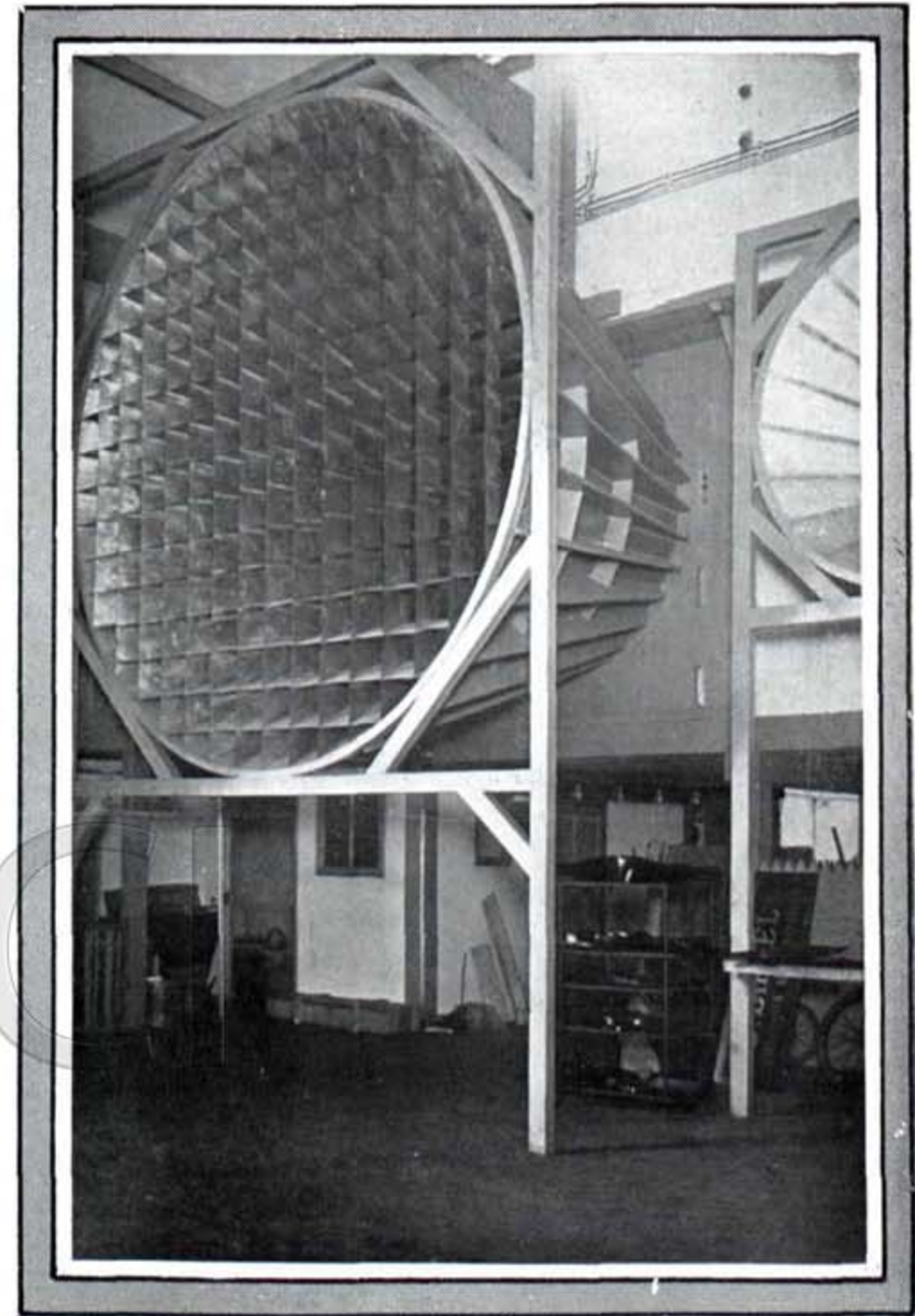
Otro aparato produce una corriente de un metro de diámetro, pero de una velocidad de 40 metros por segundo, ó de 144 kilómetros por hora.

La disposición práctica de estos aparatos está representada en la fotografía que pu-

blicamos. El aire, al salir del ventilador, penetra en una gran cámara difusora, de la cual sale el viento, expulsado al través de un conducto formado por una serie de planos, dispuestos en forma de panal de abejas. Se comprende que, merced á los medios poderosos de que dispone Mr. Eiffel, se hayan podido realizar fructuosas experiencias, y recoger numerosísimos datos. Sin embargo, no se han podido obtener aún las condiciones de experimentación que fueran de desear, y á menos de poner en movimiento verdaderos de aire, no se puede operar más que con modelos reducidos de aparatos, y los resultados de las experiencias en semejantes condiciones no son del todo aplicables á la práctica.

En efecto, si el ala de un aeroplano es veinte veces mayor que la del modelo con que se opera, los efectos observados sobre el aparato industrial no serán veinte veces más intensos que los que se observan sobre el modelo reducido. Por tanto, de la experiencia sólo pueden deducirse reglas aproximadas, con error considerable.

El estudio de la acción del viento sobre la superficie de los aeroplanos y dirigibles, no es suficiente para resolver el problema de la aviación. Hay que conocer las variaciones del viento, tan inconstante, que la veleta que mide sus cambios de velocidad y fuerza, es hoy el símbolo de la estabilidad humana.



La cámara difusora del aire en el laboratorio de Mr. Eiffel. El aire es impelido á través de un conducto formado por una serie de planos, dispuestos en forma de panal de abejas.

El viento sufre revoluciones importantes, ráfagas tan poderosas, que puede pasar, en algunos segundos, de la inmovilidad á una velocidad de más de 100 kilómetros por hora. Esta variación, en el espacio, es mucho más característica: á algunos metros de distancia, los aparatos registradores arrojan cifras muy diferentes. Es, por lo tanto, de una importancia capital, conocer la ley del viento á medida que nos elevamos en la atmósfera.

Por ejemplo, cuando se hace una ascensión á una montaña, ó á una torre algo

elevada, mientras que al pie de la altura no se nota más que un aire bastante moderado, creemos, por el contrario, que cuando nos hallamos en la cúspide estamos en una violentísima corriente de aire. La velocidad del aire aumenta efectivamente, á medida que nos elevamos sobre el suelo. En París, la velocidad media del viento á la altura de los tejados, ó sea á 20 metros

del viento se debilita á la puesta del sol, y por lo tanto, ésta es la hora en la cual los aeroplanos pueden volar en mejores condiciones.

La diferencia entre la velocidad mínima y la velocidad máxima en un mismo día es, en verano, doble que en invierno.

Y aún nos quedan por estudiar los remolinos del viento en los alrededores de las



Detalle del laboratorio de Mr. Eiffel.

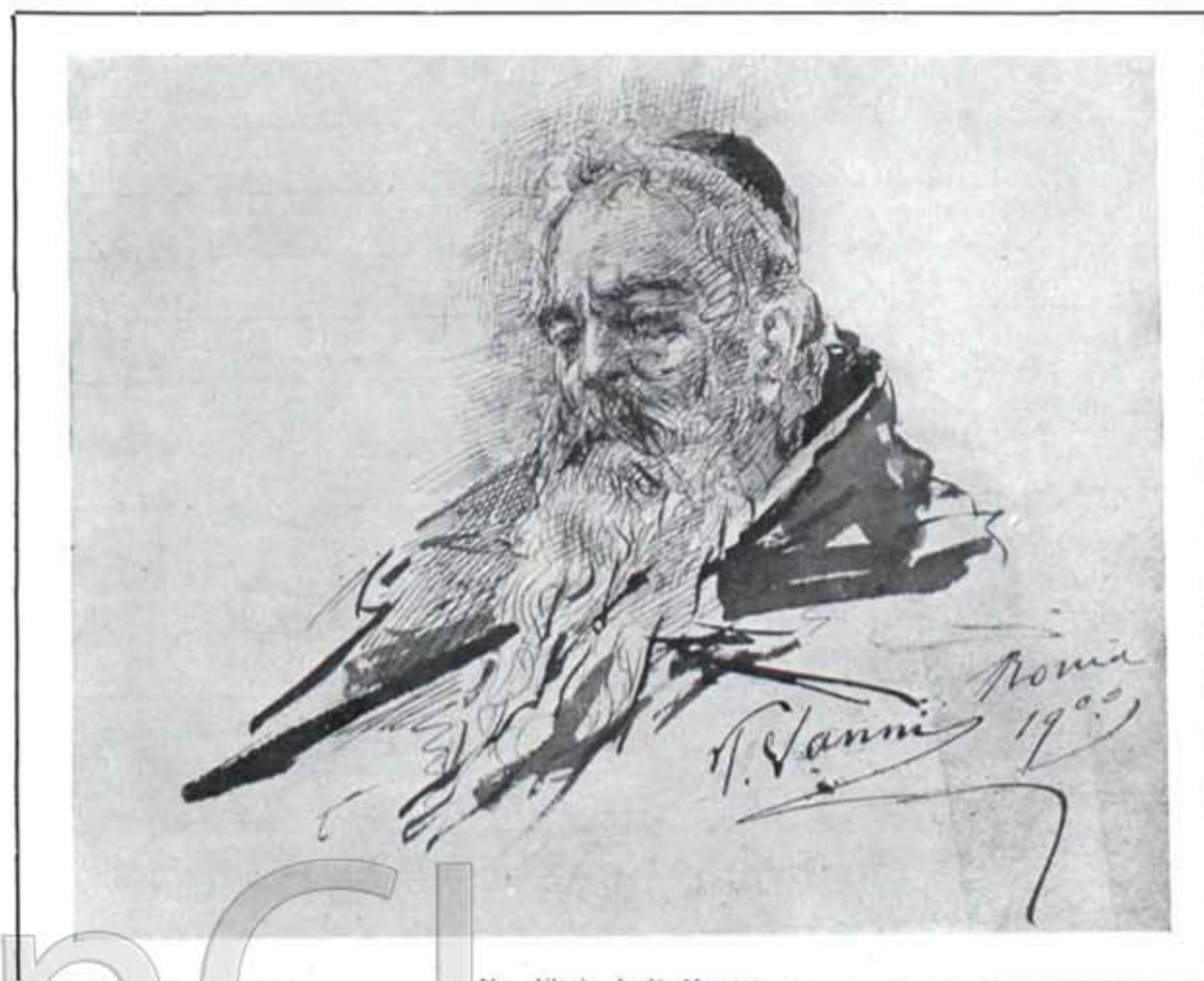
del suelo, es de dos metros por segundo, en tanto que á la altura de la torre Eiffel es de 8,5 metros, esto es, cuatro veces más. Esta desventaja de la velocidad del viento cuando roza la tierra, se debe al contacto de sus moléculas con las asperezas del suelo. Se produce una detención análoga, á la que sufren las ruedas de un automóvil que caminase por un camino malo.

A todas las variaciones del viento que tienen por causa la naturaleza de la superficie terráquea, hay que añadir las variaciones según la hora del día. Cada día tiene el viento una velocidad máxima y otro mínima: la máxima, á la salida del sol, ó poco después del medio día, cuando la temperatura del aire es más elevada; y la mínima se produce inmediatamente después de media noche. Consecuencia práctica: la velocidad

montañas, división de las corrientes atmosféricas, movimientos ciclónicos, reglas de los vientos marinos, circulación general de la atmósfera, naturaleza y reglas de las perturbaciones atmosféricas, etc., y otras tantas cuestiones de gran importancia práctica, sobre las que apenas tenemos hoy algunos datos precisos.

Pero no hay que desesperar por ello. La aerodinámica y el estudio del viento alcanzan tales progresos en estos últimos años, que el porvenir nos aparece lleno de promesas halagüeñas. En tanto, hemos ser prudentes, y bueno será también que no aceptemos como ciertos sino los hechos establecidos de modo indiscutible y evidente, ya que, de la verdad ó de la falsedad de las teorías admitidas, depende la vida de los hombres.

H. VIGNERON.



Un dibujo de F. VANNI.

Una interview con un Album

Por SEGARRA y JULIA



PODRÁ ocurrir que el título de este trabajo sorprenda á los lectores, y tal vez les induzca á sospechar, que los firmantes de esta « Interview » han osado permitirse una broma más ó menos divertida, y de mejor ó peor gusto.

Hemos de apresurarnos á declarar que están lejos de nosotros tales intenciones, y de paso haremos observar también, que no es cosa de asombrarse en demasía ante un título un poco extravagante, ya que estos tiempos no son muy abonados que digamos para la fácil extrañeza.

Esto, en cuanto á la intención. Y en lo que respecta al procedimiento seguido en este artículo, habremos de convenir en que ha

llovido algo desde los tiempos de Esopo y demás grandes fabulistas de todos los países y de todas las lenguas, los cuales maestros del apólogo hicieron hablar y hasta discurrir filosóficamente á los animales, incluso á aquéllos de las especies y cataduras menos distinguidas.

No hay pues razón para que, en nuestra época de máquinas parlantes, le esté vedado á un reporter — que en el gremio de los inventores es hombre capaz de inventar las cosas más estupendas — el hacer hablar á un libro. Bien mirado, todos los libros hablan más ó menos, y mejor ó peor, y algunas veces hasta con sentido común.

En este nuestro caso no se trata, sin embargo, del lenguaje inarticulado que se con-



Cecilio Pla

Un apunte de Wagner, por CECILIO PLA.

tiene en las páginas de todo libro, sino de que el libro mismo, como tal — dotado milagrosamente de « vida » y de « palabra », en el sentido humano y corriente de estos términos — se someta á las exigencias de una *interview* periodística, como si se tratase de cualquier personaje político más ó menos intelectual y comunicativo.

El libro en cuestión no tiene patria ni padres que nos sean perfectamente conocidos. Nuestros personales recursos de investigación reporteril no han conseguido averiguar, con certeza, la clase de trapos ó pulpa herbácea de que fué hecho el papel de sus hojas, ni la fábrica cuyos aparatos sirvieron al proceso genésico de su formación y nacimiento. Nosotros lo encontramos en una modesta tienda de objetos de escritorio, y en circunstancias que él mismo relatará dentro de poco. Y en su triste condición de in-

clusero no tuvo nombre hasta mucho tiempo después, cuando, redimido de la tara de su origen, á fuerza de méritos y de guardar buena conducta, lo bautizamos y prohijamos, reconociéndole todos los derechos y preeminencias de que gozan los más linajados *hijodalgos*.

No contentos con ello, le decretamos el título nobiliario de LIBRO DE ORO: ejecutoria que, andando los tiempos, le ha sido refrendada por todas las Cancillerías... Y, dato importante: gracias á un curioso fenómeno — que no tiene nada de asombroso dentro de la gran maravilla de un *libro parlante* — el LIBRO DE ORO se ha multiplicado, constando en la fecha de cinco tomos cabales, más uno, el sexto, que ahora mismo acaba de salir del cascarón, aquí en Londres, y hace ya los primeros *pinos*, el pobrecillo; con las nieves y los frios y las escarchas de este invierno cruel!

Hora es ya de llegar á la *interview*.

Para ello, hemos sacado de su estuche de terciopelo y piel de cocodrilo al famoso LIBRO DE ORO; hemos puesto los seis tomos sobre una mesa — bien cerrada la habitación y con un buen fuego en la chimenea — y preparadas las cuartillas y estilógrafo en ristre, como es de rigor en

las grandes entrevistas periodísticas, hemos rogado á estos respetables volúmenes que tuviesen la bondad de contarnos sus propias impresiones, á lo largo y al través de su azarosa existencia de viajes por el mundo. Y hablabon así:

EL TOMO UNO, como más viejo, y en calidad de decano de la colección, dice con la voz algo cascada de sus hojas amarillentas y de su encuadernación manoseada por millares de gentes: — Mis recuerdos de la niñez se remontan al año 1897. Mi embrión (un modesto cuaderno de estudiante) vió la luz del sol, por vez primera, desde el escaparate de una papelería, en una pequeña ciudad francesa, cuyo nombre no recuerdo. Allí me habían puesto con otros compañeros de mi especie, aunque de distintas categorías. Formábamos rimeros, según tamaños, y cada rintero exhibía, mirando al cristal de la vitrina, un pedacito de cartón con un número en tinta roja. Yo pertenecía á la *clase media* de aquella sociedad. Los *aristócratas*, de fuertes cubiertas, con cantoneras de piel

ó de latón, valían de tres á cinco francos. La *plebe* — cuadernitos ordinarios, de poco más ó menos, destinados á guardar en sus hojas la lista de la lavandera ó los monigotes de algún colegial de primeras letras — eran ofrecidos al público mirón de los escaparates por pocos céntimos. El rótulo de los de mi clase decía en sus signos rojos: « 15 sous »... Un día, el dependiente de la tienda — mozaillon vulgarote y algo cerril que, todas las semanas, en vez de pasarnos el plumero como hacía con los tinteros, las salvillas, los frascos de goma líquida y los pisa-papeles, nos quitaba el polvo á los cuadernos golpeándonos los unos contra los otros — un día, digo, aquel odiado guardián de mi niñez me sacó del escaparate junto con otros compañeros de las demás categorías: los unos, gordos y coloradotes; los otros, amarillentos y de complexión enclenque. Yo era, entonces, un modesto cuaderno con tapas de cartón flexible, forrado de papel imitando charol color verdoso, con ciertas « aguas » muy cucas, en azul marino... Dos jóvenes, de marcadisimo aire extranjero y hablando el francés peor aún que el chico de la tienda, pasaron una buena media hora examinándonos detenidamente, tocando el grueso del papel de nuestras hojas, y mirándolas al trasluz. Yo tuve el malicioso pensamiento de que, más que la clase del papel y la índole de la encuadernación, lo que les tenía indecisos para elegir, eran aquellos cartoncitos de los signos escritos en tinta roja... Por fin, uno de ellos dijo: — « ¡ Bah, para lo que ha de servir, bueno es éste! » — y me eligieron á mí... Desde entonces, á la anterior tranquilidad de la vida de escaparate, sucedió en mi existencia un ajeteo horrible. Mis amos no me dejaban de la mano, y comenzó para mí un verdadero é interminable martirio. En mis páginas escribieron, algunas personas de la localidad, augurios de buena suerte y saludos de despe-

didá. Una mañana amanecí metido en un pequeño saco de tela, y en la apetitosa compañía de un salchichón, algunos panecillos, un pedazo de queso, otras chucherías comestibles y dos botellas de vino... Como me llevaba á la espalda uno de mis amos, me fué fácil enterarme por su conversación de quienes eran y á donde iban, y por lo tanto, de cual pito tocaba yo en la música de aquella vida extravagante. ¡ La de cosas raras que oí! Un viaje de estudio, ver bellas cosas, conocer grandes personajes, ir á lugares de ensueño y de leyenda, escribir libros... ¡ qué sé yo! Hube de convencerme pronto de que estaba en poder de dos chiflados.

EL TOMO DOS (*interrumpiendo, aprovechándose de un ligero acceso de asma senil, sufrido por el Tomo Uno*): — ¡ Vaya si ha sido chifladura, que todos hemos pagado, quién



G'ai eu le plus j. H. Lorrain. de mes souvenirs chers
 pour un Jean Lorrain
 vive son portrait
 SEM

Caricatura de Jean Lorrain, por SEM.



Dibujo á la pluma, por ULPIANO CHECA.

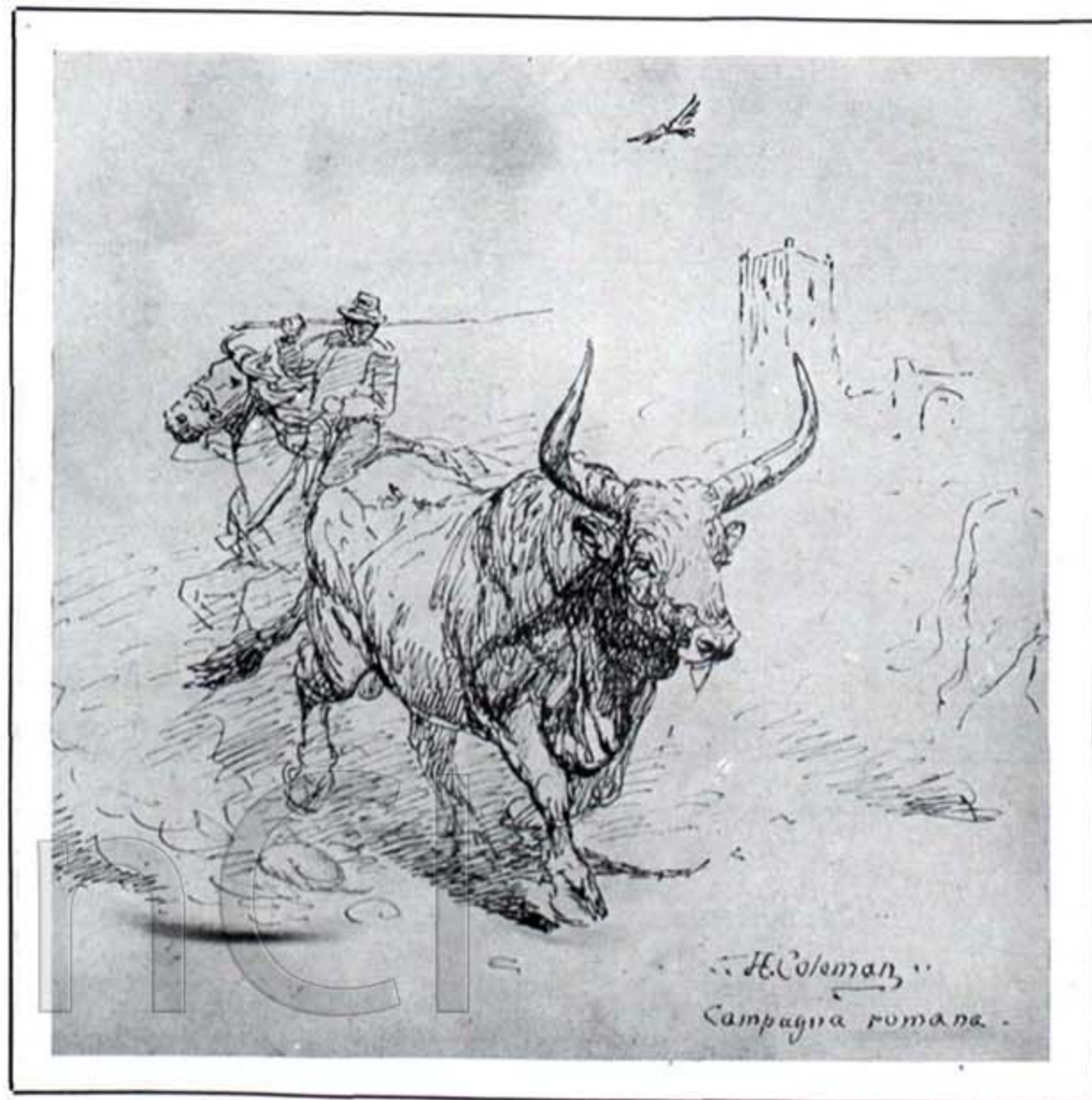
más quién menos! Si buenos honores gozamos ahora, buenos coscorrones nos han costado. Al igual de mis hermanos, yo he recibido cada susto, que aún tiembla mi pasta cada vez que me acuerdo...

EL TOMO TRES (*abanicándose con su cubierta del frente*): — ¡Ay, mi página primera!... Como me tocó entrar de tanda cuando nuestros amos viajaban por una comarca, donde seguramente escaseaban los personajes ilustres, un día fui llevado á la presencia de un Comisario de Policía, la única autoridad de aquel pueblecillo de mis pecados. Luego que el funcionario aquél hubo escrito algo en mi primera hoja, me entregó á un empleado subalterno, que puso debajo de la firma de su jefe el sello de la oficina, apretando, apretando ¡ el muy bárbaro! con tanta fuerza, que comprendo perfecta-

mente lo que alguna vez he oído decir, acerca de los malos tratos que suele recibir la gente que tiene la desgracia de caer en manos de los agentes de la autoridad... Desde entonces, fueron muchas las veces que tuve que sufrir un tormento parecido, y mi pobre cuerpo está lleno de cardenales, á fuerza de tantos sellos de alcaldías y consulados como han señalado mis finas carnes, con marcas rojas, azules y moradas. Aquí hubimos de interrumpir nosotros, pues los entrevistados, algo presumidillos con su propio valer y prestigio, se iban internando demasiado por los cerros de Ubeda:

— Descaríamos saber algo, en concreto, respecto á la adquisición de algunos de estos curiosos autógrafos.

Al oír esto, los seis tomos del LIBRO DE ORO batieron sus respectivas cubiertas, á



Dibujo á la pluma, por H. COLEMAN.

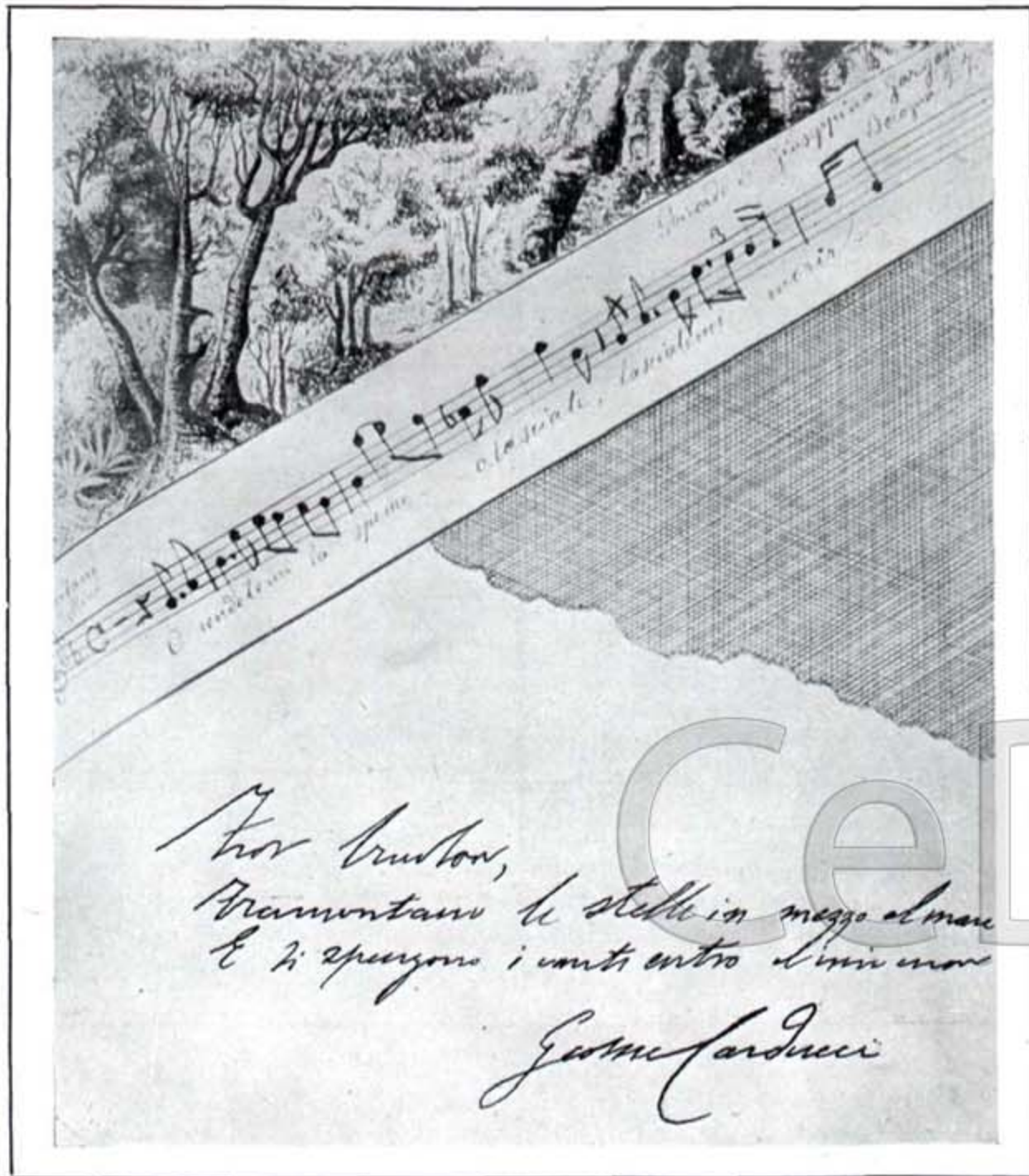
modo de alegre palmoteo, exclamando á coro:

— ¡ En ese punto, todos tenemos una historia brillante, y somos iguales en importancia!

EL TOMO UNO (*campanuda y mayestáticamente*): — Verdad es que sois mis iguales. Sin embargo, debéis acatar mi preeminencia, en debido homenaje á lo sensacional de las visitas que yo he hecho, y á la categoría de los personajes que han dejado en mí un rasgo de su ingenio. Nada digo de los fueros que da la edad, pues no soy tan carcamal como todo eso. Diez y seis años no son muchos años, y si estoy algo achacoso, culpese á la vida demasiado intensa que he hecho, rondando por los escenarios tras de las actrices, por salones dorados... y por las grandes carreteras, bajo el sol y la lluvia.

Los otros tomos cruzaron leves crujidos de su encuadernación, á modo de tosecillas burlonas dedicadas á la pedantería del *decano*, que prosiguió:

— Entre un centenar de casos parecidos en importancia, yo fui con los amos, por ejemplo, á ver á Carducci: un gran poeta, tan grande, que, según propia afirmación, únicamente Dante podía codearse con él... Por cierto que, habiéndose propuesto no escribir nunca en un Album (son sus propias palabras) creí que nos comía crudos á mí y á los amos, cuando éstos me pusieron abierto sobre el pupitre de aquel genial *mal genio*, diciéndole con el mayor desparpajo: « Usted no habrá escrito nunca, y hará bien en no escribir jamás en el Album anodino de cualquier damisela, más ó menos marisabidilla, que colecciona autógrafos lo mismo



Un autógrafo de Carducci, con dibujo á la pluma de GIUSEPPINA GARGANO.

que podía coleccionar botones ó cintas; pero usted escribirá en este volumen donde han escrito: Verdi, que tampoco se prodiga en los álbums, y cuya *interview* y autógrafo nos costaron pasar tres días en Milán, sin un perro chico, lo que equivale á decir tres días sin comer, así como suena, sin comer nada absolutamente, y Edmundo De Amicis, para encontrar al cual hubimos de hacer la etapa más fatigosa, á monte traviesa, desde Turín hasta el valle del Cervo, en la antesala de Suiza. Ya comprenderá usted, que quienes eso y algo más hemos padecido « á la

caza de hombres célebres », venimos ahora á Bolonia con el motivo principal de ver y conocer al primer poeta italiano, llevándonos su autógrafo como testimonio de la visita, y no vamos á ser tan *bolonios* que nos declaremos fracasados por rabieta de más ó de menos... » El atrevido discursito surtió tan buen efecto, que el excelso ogro, rumiando su habitual lenguaje familiar (no muy poético, por cierto) escribió en mis páginas nada menos que unos versos improvisados especialmente para mí... Y, fortuna de la aludida página, en honor del precioso autó-

Le Gills.
 Bologna 24. Aprile 98
 Arrigo Boito
 Milano. 14 Settembre. 98

Autógrafos de PUCCINI y de ARRIGO BOITO.

Garde le nom de Cid, et rends-leur hommage!

m. Massenet *de Cid*
acto. IV.

Paris 21 nov. 1900

Handwritten musical notation

Te Hand mass e burba

Milano 12 sett
1898

[Signature]

Autógrafos de MASSENET y de VERDI.

"Non si può fare
una ghispania senza
recidere un rant,
"Sogni,"

[Signature]
7.
Firenze. 1898.

La verità è in marcia, et rien
ne l'arrêtera. Il n'est de salut pour
les peuples, comme pour les hommes, que
dans la vérité et la justice.

Emile Zola

Autógrafos de ELEONORA DUSE y de EMILE ZOLA.

continuamente cambiando
diariamente el escenario
de nuevas sensaciones,
abandonando las bellas de
la naturaleza y del arte
antes que el hábito, desha-
ciendo el tectizo, los
transforme en vulgares;
interrumpiendo las amistades
antes de que el trato y la
intimidad nos revelen
los defectos de los hombres!

Jantiago Ramon Cajal

Madrid 15 Enero 1902

Autógrafo de RAMON y CAJAL.

grafo, fué orlada por la ilustre artista lírica Giuseppina Gargano, entonces retirada de la escena, y que, si ya no podía con los gorgoritos de *I Puritani*, su obra favorita, se consolaba de ello manejando diestramente el lápiz y los pinceles.

EL TOMO DOS: — Y yo tengo un soneto, preciosísimo, del glorioso rival de Carducci, Mario Rapisardi, que fué un amigo muy cariñoso de los amos, los cuales, por el placer de pasar las tardes á solas con él, en su villa, frente á la mole imponente del Etna, oyéndole recitar fragmentos de sus poemas, permanecieron en Catania más tiempo de la cuenta. Y tengo dibujos...

EL TOMO TRES (interrumpiendo, con voz anhelante): — ¡Alto ahí, hermanito, que en cuanto á dibujos y acuarelas no consiento que nadie me tosa! Miren, miren este *Apunte*

moruno, del simpático don Pepe Benlliure; y esta *Impresión de un día de lluvia*, de Villegas; y este maravilloso *Mártir*, de Mancini; y esta *Via Apia*, de Serra; y este *Boabdil*, de Benjamín Constant...

EL TOMO CUATRO: — Pues, á mí, nadie me aventaja en ciencia. Aquí están, en mis páginas, Berthelot y d'Arsonval, Cognet y Camilo Flammarion, el Dr. Roux y Max Nordan... Y luego, España, que no toda es pandereta y alamares: Ramón y Cajal y Sorolla, Pradilla y Pérez Galdós, Benavente y Núñez de Arce, Menéndez Pelayo y Bretón...

EL TOMO CINCO: — ¡Bueno, bueno, que no por ser el más joven me vais á acobardar con tanto grito. Yo he paseado triunfalmente al través de los paisajes luminosos de América, y cuento en mis páginas con no menos de

Si el estudio que don José Legarra y don Joaquín Pulido se han propuesto hacer en presencia de cada pueblo, para apreciar su ilustración y costumbres, tiene por objeto ratificar ó rectificar los que otros han hecho en las Bibliotecas, su penoso trabajo tiene gran mérito para la humanidad y principalmente para la raza de su preferente atención.

Porfirio Díaz

Autógrafo de PORFIRIO DIAZ.

cuatro Presidentes de república. Tengo á don Porfirio y á Pancho Madero...

— ¡A ver si te oye Huerta!... — chilló con ganguero infantil el TOMO SEIS.

— ¡Cállese el baboso! — protestaron, á una, los hermanos mayores.

— ¡Baboso, eh!... ya hablaremos dentro de un año.

La algarada iba *in crescendo*. Nos aventuramos á tolerar, por un rato, aquella escandalera papirácea, en méritos á lo interesante de tal campeonato, disparándose, de tomo á tomo, un fuego granado de nombres ilustres.

EL VOLUMEN I: — El cardenal Rampolla me hizo pasar una noche en la cámara de S. S. León XIII.

EL VOLUMEN II: — Yo, dicho sea sin irreverencia, me divertí más en un hotel de Palermo, donde se hospedaban Eleonora Duse y el divino D'Annunzio.

EL VOLUMEN III: — Yo he estado en el

camerino de la gloriosa Sarah, y en el *boudoir* de la exquisita Julieta Adam.

EL VOLUMEN IV: — Y á mí me han acariciado las manos patricias de Doña Emilia Pardo Bazán, y he estado en la alcoba de Sagasta.

EL VOLUMEN V: — A mí, en Cuba, me hojeó Estrada Palma; y en Panamá, Amador Guerrero; en Nicaragua, estuve á dos dedos de que me « fusilase » Zelaya; y en Méjico, por poco me despachurra Zapata...

EL VOLUMEN VI: — A mí me ha inaugurado un dibujo de Sargent, y tengo « en capilla » á mister Asquith, á Lloyd Georges, á... á...

TODOS, FURIBUNDOS: — ¡Otra vez el bebé! ¡Cállese, hombre, que todavía tiene la cola fresca, que es como decir la leche en los labios...

Toda la colección estaba presa de una nerviosidad que hubo de alarmarnos. Los seis tomos se empujaban los unos á los otros,

presos de frenesí por contar cada cual sus glorias y proezas. Pero, quien nos puso en gran cuidado, fué el VOLUMEN SEIS: la recién nacida criatura foliácea daba verdadera lástima, haciendo inverosímiles esfuerzos por levantarse sobre su lomo, por balbucir algo como vagidos infantiles, algo incomprensible de su trabalenguas, en un idioma ya de por sí enrevesado hasta para las personas mayores.

Creímos del caso poner fin á la dolorosa escena:

— ¡ Calma, calma ! A todos corresponden — idénticos parabienes y honores. De todos

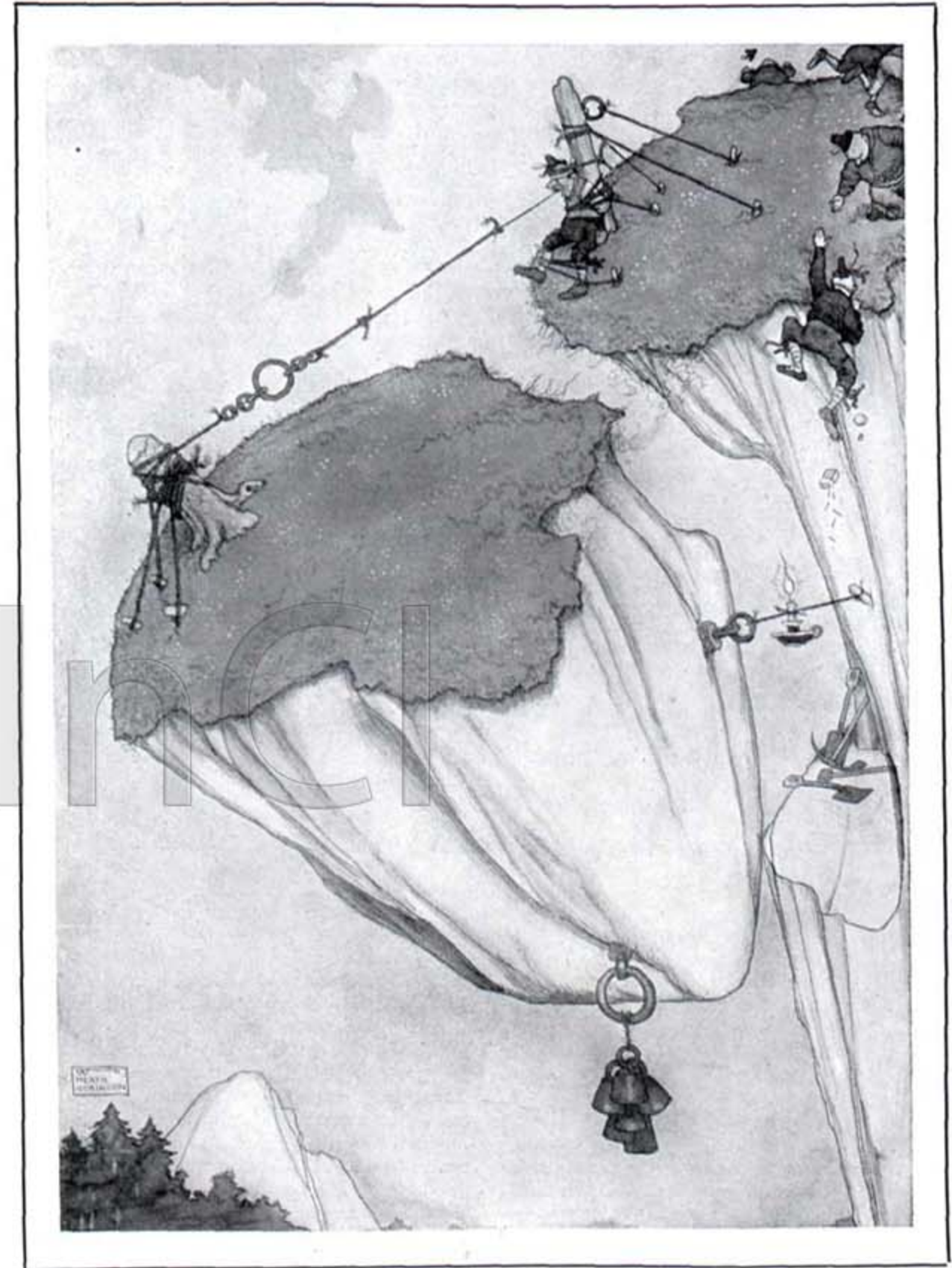
estamos igualmente satisfechos. Y como ya es tarde y los ánimos están algo exaltados, se acabó la *interview*, y damos las gracias á todos por la bondad con que se han sometido á ella, ofreciéndonos una nota pintoresca para nuestra labor profesional de periodistas á la moderna.

Y cogiendo el LIBRO DE ORO, lo reintegramos al descanso y á la seguridad de su estuche de terciopelo y piel de cocodrilo, con triple cerradura inglesa que es la « Caja » donde guardamos nuestro *Tesoro* de bohemios peregrinos, por el mundo de la sensación y de la belleza...

Oi due bravi viaggiatori Joaquín
Julia e José Legarra aragoneses,
con un viv sentimento di simpatia
misto d'invidia, un felice proce-
quimento del viaggio, e li ringra-
zio d'avermi portate in questa so-
litudine alpina un soffio d'aria
fella mia cara e indimenticabile
Spagna
Edmondo De Amicis
Campiglia Cerro, 10 y br.

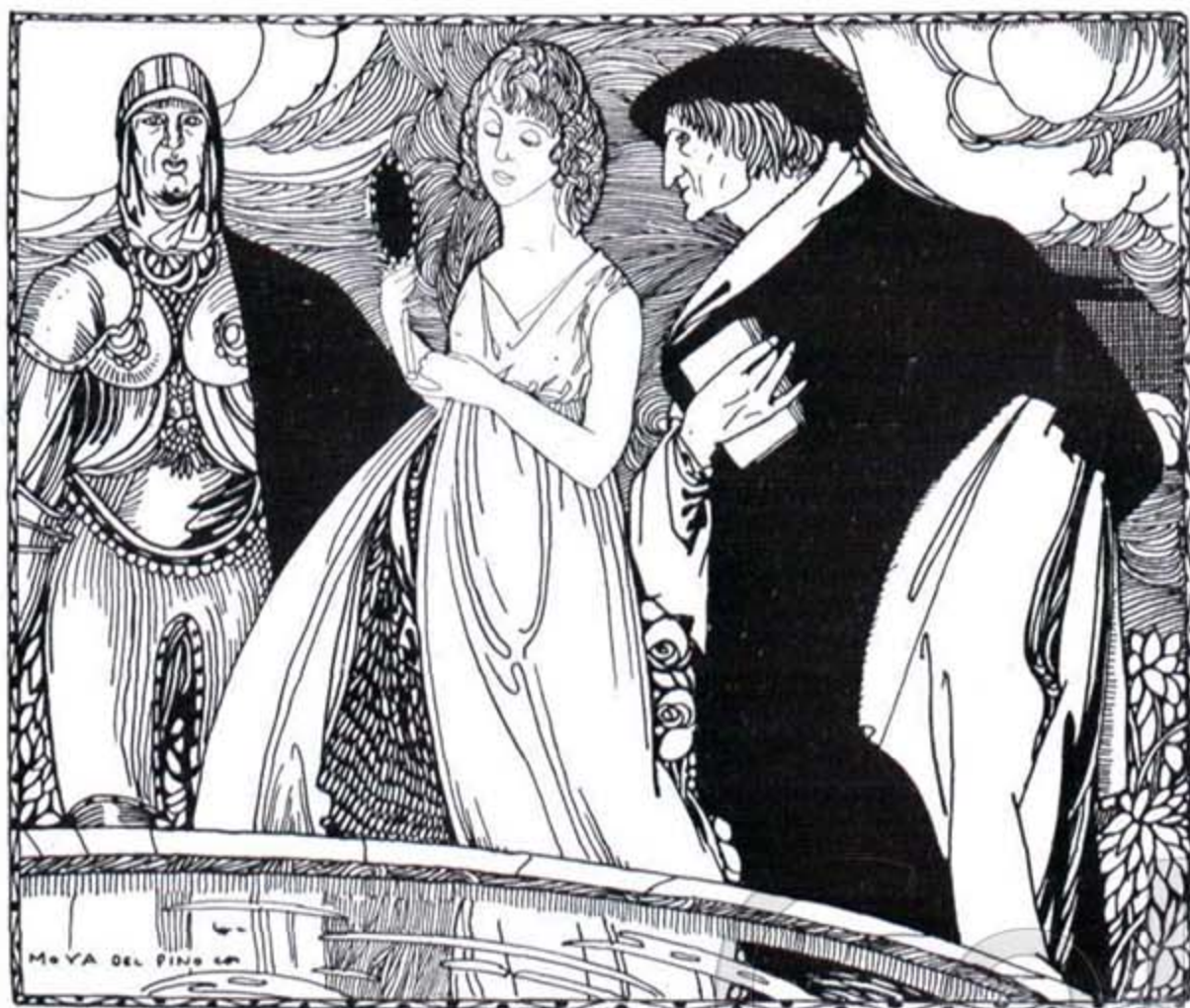
Autógrafo de EDMUNDO DE AMICIS.

LAS ÚLTIMAS INVENCIONES



Fácil y práctico medio de arrancarse las muelas, sin dolor, y sin necesidad de recurrir á las molestas herramientas de los dentistas.

(The Sketch)



PAGINAS FILOSOFICAS

ENVIDIA y EMULACION

Por José INGENIEROS

Ilustraciones de MOYA DEL PINO

DE acuerdo con los distinguidos enunciadados, los clásicos aceptan el parentesco entre la envidia y el odio, aunque sin confundir estas dos pasiones. Conviene sutilizar el problema, distinguiendo otras que se le parecen: la emulación y los celos.

La envidia, sin duda, arraiga como ellas en una tendencia afectiva, pero posee caracteres propios que permiten diferenciarla. Se envidia lo que otros ya tienen y se desearía tener, sintiendo que el propio es un deseo sin esperanza; se cela lo que ya se posee y se teme perder; se emula en pos de algo que otros también anhelan, teniendo la posibilidad de alcanzarlo.

Un ejemplo tomado en las fuentes afecti-

vas más notorias ilustrará mejor la cuestión. Envidiamos la mujer que el prójimo posee y nosotros deseamos, cuando sentimos la imposibilidad de disputársela. Celamos la mujer que nos pertenece, cuando sentimos incierta su posesión, y tememos que otro pueda compartirla ó quitárnosla. Competimos sus favores en noble emulación, cuando sentimos la posibilidad de conseguirlos, en igualdad de condiciones con otro que á ellos aspira. La envidia nace, pues, del sentimiento de inferioridad respecto de su objeto; los celos derivan del sentimiento de posesión comprometido; la emulación surge, del sentimiento de potencia que acompaña á toda tendencia expansiva de la personalidad.

Por deformación de la tendencia egoísta,



algunos hombres están naturalmente inclinados á envidiar á los que poseen tal superioridad, por ellos codiciada en vano; la envidia es tanto mayor, cuanto más imposible se considera la adquisición del bien codiciado. Es el reverso de la emulación; ésta es una fuerza propulsora y fecunda, siendo aquélla una rémora que traba y esteriliza los esfuerzos del envidioso. Bien lo comprendió el poeta Bartrina en su admirable quintilla:

« La Envidia y la Emulación
parientes dicen que son;
aunque en todo diferentes,
al fin también son parientes
el diamante y el carbón.

La emulación es siempre noble; el odio mismo puede serlo algunas veces. La envidia es una cobardía propia de los débiles, un odio impotente, una incapacidad manifiesta de competir ó de odiar.

El talento, la belleza, la energía, quisieran verse reflejados en todas las cosas, é intensificados en proyecciones innúmeras; la estulticie, la fealdad y la impotencia, sufren tanto ó más por el bien ajeno que por

la propia infelicidad. Por eso, toda superioridad es admirativa, y toda subyacencia es envidiosa. Admirar es sentirse crecer en la emulación de los más grandes; un ideal nos preserva de la envidia.

La emulación presume un afán de equivalencia, implica la posibilidad de un nivelamiento, saluda á los fuertes que van camino de la gloria, marchando ella también. Sólo el impotente, convicto y confeso, emponzoña su espíritu mediocre, hostilizando en su marcha á los que no puede seguir.

Toda la psicología de la envidia está sintetizada en una fábula, digna de incluirse en los libros de lectura infantil. Un ventruado sapo graznaba en su pantano, cuando vió resplandecer en lo más alto de las toscas á una luciérnaga. Pensó que ningún ser tenía derecho de lucir cualidades que él mismo no poseería jamás. Mortificado por su propia impotencia, saltó hasta ella y la cubrió con su vientre helado. La inocente luciérnaga osó preguntarle: « ¿ Por qué me tapas? » Y el sapo, congestionado por la envidia, sólo acertó á interrogar á su vez: « ¿ Por qué brillas? »

PRIMAVERA

Por Alfonso HERNANDEZ CATÁ

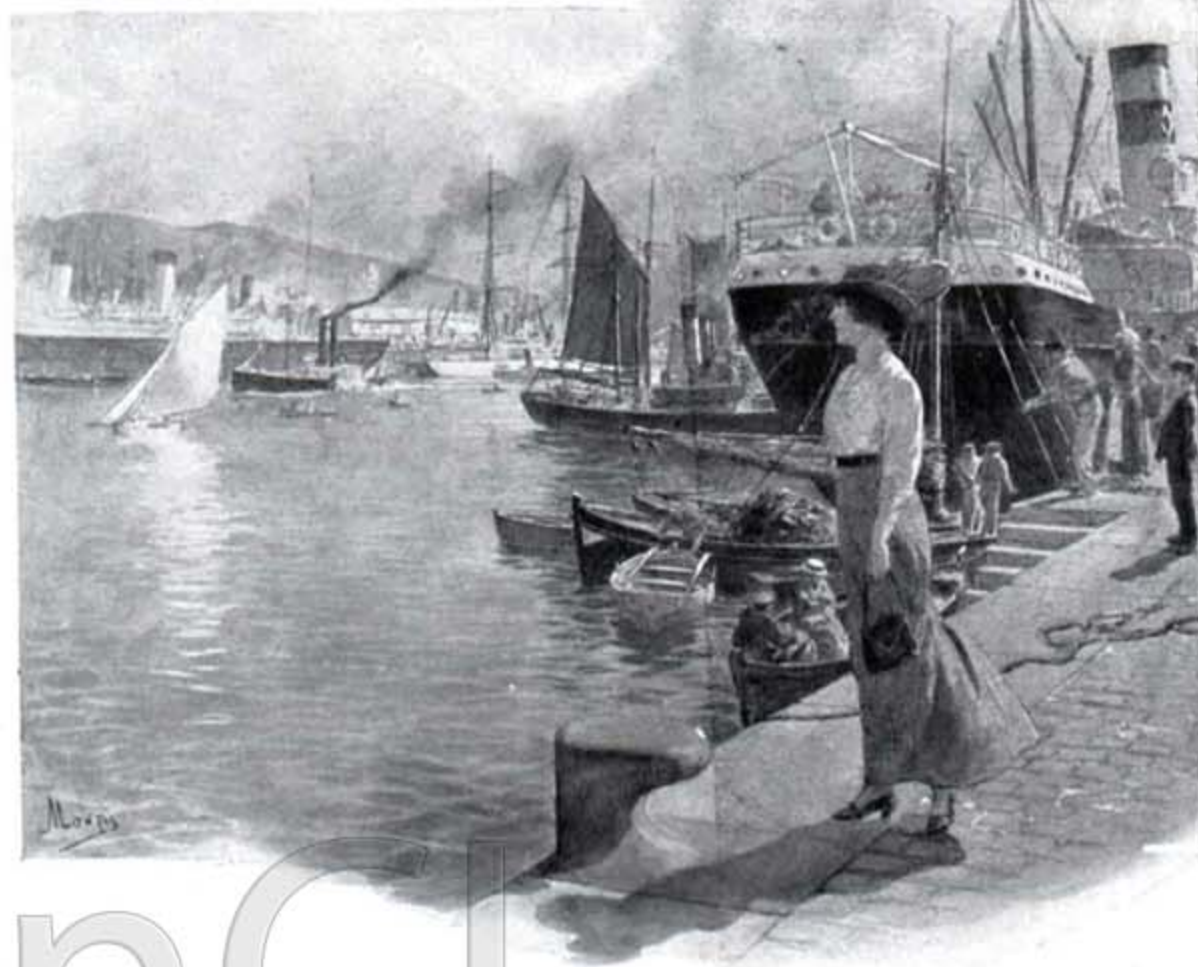
Ilustraciones de MONTIS

LUCIANO había salido con el carro cargado de muebles, y ella estaba sola en la tienda. Después de un invierno sombrío, aquel día era el primero de sol, y por feliz acuerdo el primero de primavera. La luz entraba por los escaparates, resbalaba en el barniz de los armarios profundizando las superficies, hacía fulgir los dorados de las camas, esclarecía hasta el rincón donde se amontonaban los rollos de alfombras, y lo agrandaba todo. Luisa, desde muy temprano, sintió una necesidad de movimiento que no la dejaba dedicarse á ninguna labor; la limpidez del día agrandaba también sus deseos. Obediente á ellos, subió á las habitaciones privadas, que estaban en el tercer piso, y se vistió una blusa de batista, prendióse al cuello un alfiler de oro, se calzó sobre unas medias caladas los zapatos de charol, y puso en hora su relojito guarnecido con cifra de diamantes; aquel relojito rico é inútil que, después de haber marcado el día de su matrimonio, se había detenido, como un símbolo, para ir á dormir en el cajón de la cómoda, junto á un rosario de su abuela y al ramo de azahar... Una oscura idea de lo que iba á hacer, se larvaba ya en su cerebro.

Luisa era una mujer de veintiocho años; fresca, algo nerviosa, voluble, vulgar. Vivía su vida sencillamente, sin obstinarse en prolongar el pasado ni en precipitar el porvenir. Su juventud fué esa juventud de las artesanas de grandes ciudades, que va dejando su fragancia entre valsos lentos, convites y excursiones al campo. Luego, á la hora « de pensar en la vida », se casó como muchas muchachas de su clase. Sus padres quisieron unir su dote al peculio de un hombre trabajador, y sin entusiasmo y sin repugnancia desposó á Luciano, porque desde antes de conocerle sabía que debía casarse con él. Los negocios se arrastraban con lánguida uniformidad, que consentía vivir: las mismas épocas medianas y los mismos apuros

cuando las letras de cambio daban en amontonarse. Pero decían á todo el mundo que las cosas iban peor cada año, y Luciano llegó á creerlo de tal modo, que desde el mes siguiente al de la boda comenzó á hablar de ruina, aumentó sus dosis de ajeno, y de continuo torvo, excitado sin estar del todo borracho, inició las violencias: primero fueron bofetadas, después puñetazos; un día le rompió una cornisa de aparador en la cabeza; ella estuvo dos semanas en cama, y él pareció calmarse. Pero al poco tiempo, Luisa misma echó de menos los golpes, y los provocó. Sus existencias se habían metodizado así, y ya era imposible orientarlas hacia otro rumbo. En el fondo había concordia, y un observador sagaz hubiera visto en seguida, cuanto tenían de artificiales los remolinos que turbaban la superficie de sus relaciones. A veces, ella ó Luciano empezaban las peloterías sin cólera, por hacer algo, y luego, á medida que las injurias les caldeaban, se detestaban con un odio airado. Había gritos, golpes... y concertaban después una paz dulce y lacrimosa, que duraba hasta el día siguiente. El padre de Luciano aseguraba que «aquello» no era una vida.

El la aventajaba en diez años, pero los disgustos le avejentaron y le afearon. En la vecindad decían que parecía el abuelo de Luisa, y le apodaban « el hurón ». Para Luciano, lo agradable no era estar en la tienda, sino en el taller, con los obreros, montarse en el pescante del carro, é ir á recibir ó repartir muebles. En muchas partes se sorprendían al saber que la casa era suya. Si al principio no sabía tratar á la clientela, oponiendo á sus regateos la elocuencia de un mutismo malhumorado, después perdió del todo el don de gentes. Siempre taciturno, con la cabezota apoyada en las manos, parecía estar pensando en cosas profundas; y, en verdad, sólo pensaba en los vencimientos de los giros, cuando pensaba en algo, que era del veinte de cada mes en adelante.



La multitud la llevó al puerto, sin que ella hiciera nada más que seguirla.

Cuando Luisa bajó á la tienda, para emplear su deseo de actividad cogió el plumero, y se aplicó á quitar de los muebles un polvo viejo ya, que revoloteaba en los haces de sol cual si fuera oro nuevo. La señora Duprés, su vecina, pasó vestida de claro, cubierta la cabeza con una toca, de la que se desbordaban flores y frutos. No eran muy amigas, porque la señora Duprés solía censurar á los maridos rudos, olvidando el que había enterrado el año anterior; pero aquella tarde, sin duda captada por la cordialidad de la primavera, se detuvo y dijo á Luisa, con voz que á ésta le pareció servir á los pensamientos vagos que desde por la mañana la intranquilizaban:

— ¿Va usted á estar prisionera también hoy? Con este tiempo sería un pecado.

Luisa la vió alejarse, confundirse con el gentío que desfilaba hacia los muelles. Entonces, resuelta, subió á ponerse el sombrero y los guantes. Después tomó dinero de la caja, é hizo descender á la criada para que se quedase guardando la tienda. Ya en la calle, se sintió libre de aquel peso que la había

torturado todo el día. No sabía á donde ir; pero sabía que si no hubiera salido, habría sido muy desgraciada. Iba mirando á todos lados, bajando á veces de la acera para poder andar más de prisa, entreabierta la boca para respirar ampliamente, sonriendo á todo: á la luz, á las vitrinas adornadas, á los viejos que la miraban con ojos turbios; iba á pasos menudos, y á pesar de llevar recogida la falda con esa gracia pecadora que ignoraron Dálila y Judith, tenía el aire de una niña. Aquella escapada tomaba á sus ojos las magnitudes de algo heroico; era ese desquite que el sentimentalismo toma de las vidas más metódicamente vulgares.

La multitud la llevó al puerto, sin que ella hiciera nada más que seguirla. El mar estaba azul; grandes buques salían con estrépito de sirenas y aleteo de pañuelos á los costados; velas blancas y turgentes cabeceaban hasta tocar el agua; las banderas parecían alargarse en el aire ligero... Y Luisa, sin pensar ya en su vida, lo mismo que si fuera otra persona, veía todo como si lo viera por primera vez. Un bienestar la mecía blanda-

mente, y sin saber por qué se acordó de una tierra remota de palmares, pereza y negros antropófagos, de que hablaba un libro leído en la infancia... Al pasar junto a un tullido que tocaba el acordeón, le dejó dos francos en el sombrero, y se alejó radiante, perseguida por las bendiciones... De pronto, tras un minuto en que el puerto y las calles brillaron con luz roja de llama, todo el esplendor luminoso se degradó; el crepúsculo, con su gasa azul de melancolía, nubló su júbilo, restituyéndole el recuerdo de su personalidad. Y Luisa aceleró la marcha, igual que si huyera del recuerdo. Pronto recobró, en el tumulto de una feria de barrio, la inconsciencia muelle. Ruidos de varias músicas se fundían con los gritos, con los estallidos secos que producían las escopetas en los tiros al blanco. Un hombre pasó entre dos mujeres que llevaba enlazadas por los talles, y Luisa tuvo envidia. Montó en el tío vivo, y balanceó en los columpios; hubiera querido estar al mismo tiempo en todas las barracas, diluirse en las notas de las charangas, hacerse luz, hacerse polvo, hacerse imparable, luminosa, y guardar al mismo tiempo la consciencia de que toda su responsabilidad se había desvanecido... Sentía que era tarde, muy tarde; que aquello tan sencillo sería luego difícil de explicar... Ante una construcción de lona, un hombre tocaba el tambor, mientras junto a él, dos colosos vestidos con trusas de baño disfrazadas con lentejuelas, exhibían los bisceps y retaban al concurso. Luisa entró, y todavía en el aire denso, agrio, enardecida por el espectáculo del combate, gozó media hora de olvido... La lucha fué larga; en las carnes sudorosas, las manos resbalaban sin hacer presa; hubo alternativas, trampas que arrancaron juramentos inverosímiles al público de marineros... Ella deseaba con toda su alma que aquello se prolongase. Una congoja creciente angustiaba su espíritu, tomaba aspecto físico, subiendo dolorosamente desde el estómago hasta la garganta, torciéndose allí en un nudo. Debía ser media noche. No osaba mirar la hora en el relojito, que sentía palpar sobre su corazón.

Al salir de la barraca, las demás luces de la feria se habían extinguido. En algunos puestos, mujeres de somnolientos ojos contaban el dinero, y la gente iba esparciéndose, alejándose... Se encontró sola. Su casa, su marido, eran cosas de un mundo lejano, que se iban acercando poco a poco, con implacable marcha, hasta situarse en el primer plano de su conciencia. No, no podría justificarse, todo sería inútil, Luciano la golpearía con razón, debía matarla. Y con miedo de

abordar la hora inevitable, iba andando al azar, diciéndose: « ¿ Qué he hecho? ¿ Qué he hecho », muchas veces, hasta perder la noción de la pregunta.

Por una reacción contra el ansia de retardar la hora del retorno, quiso creer que podría justificarse ante Luciano, que podría contárselo todo, simplemente. Sí, era preciso regresar. De una caminata, sin pensar otra vez, llegó hasta su casa, abrió la puerta... Mas de súbito, ya en medio de la escalera, se dió cuenta de que aquello tan sencillo sería imposible de comprender, y se dijo que la noche tendría que concluir lo mismo que tantas otras: con denuestos, con tirones de pelo, con golpes que dejaban en la piel manchas cárdenas — se acordó de la cornisa y pensó — acaso con sangre.

Luciano estaba en la cama. Luisa comenzó a hablar con volubilidad, embrollándose. Le preguntó si quería que calentara la cena, y no obtuvo respuesta. Aquel silencio concluyó de desconcertarla. Luisa hubiera dado la vida por un reproche, por un insulto, por un puñetazo... Y nada: él, frío, inmóvil. Desvistió en silencio, tendióse a su lado, y sus piernas se pusieron a temblar, sin que lograra detenerlas. Luciano se separó para no rozarla, sin brusquedad. No pudiendo ya reprimirse, ella gritó:

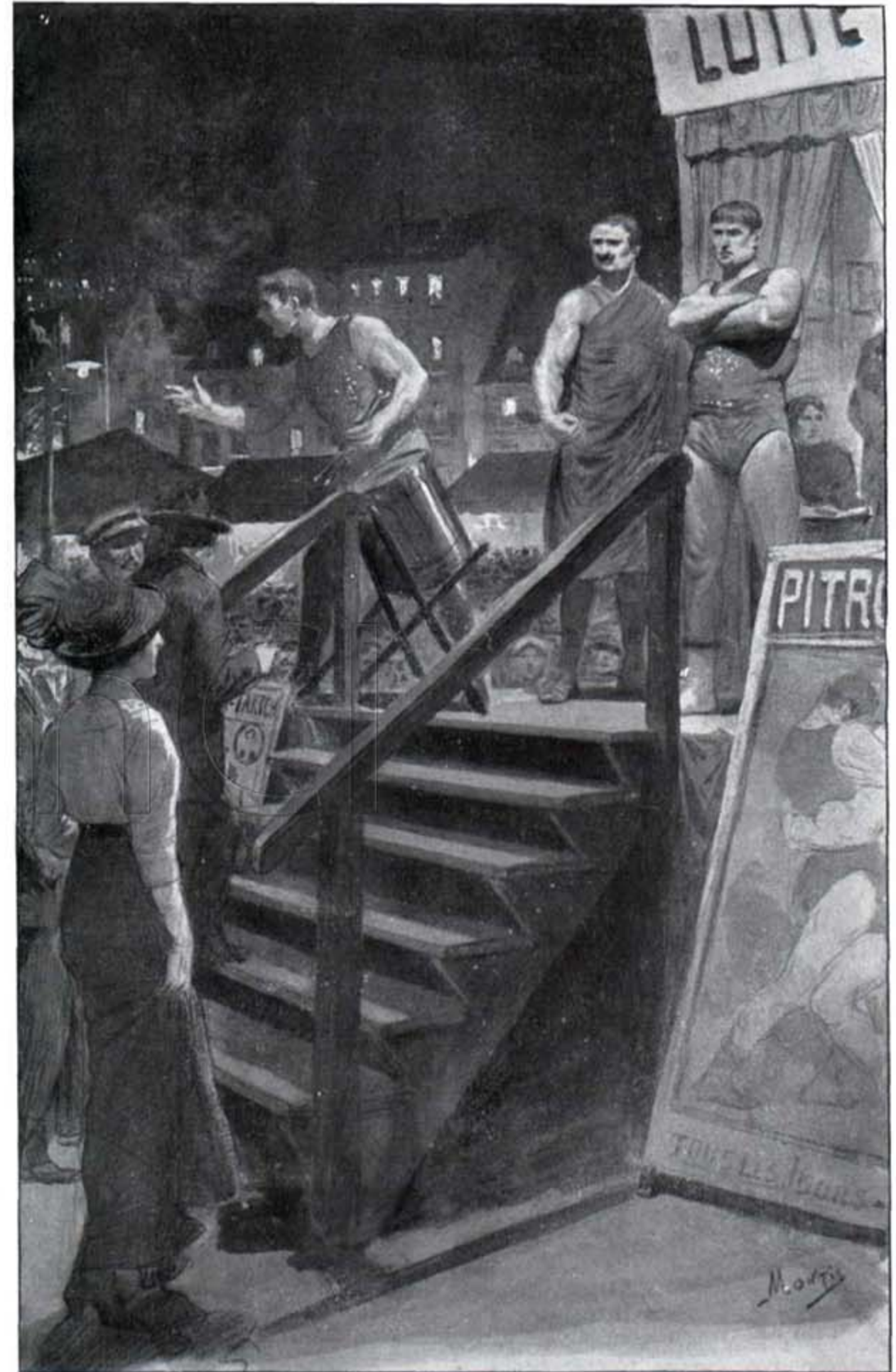
— Pero ¿ no me hablas?... ¿ No me preguntas?... ¿ Es que no te importa saber donde he estado?

Quiso contar cuanto había hecho, pero a las pocas palabras, espantada por la apariencia de mentira que la extraña verdad adquiría en su boca, se detuvo. Pesado silencio llenó largo rato la habitación. Una cólera arbitraria contra Luciano, porque se obstinaba en callar, le hacía pensar a veces que él y no ella era culpable. Sus ojos fueron cerrándose poco a poco... Estaba ya en esa frontera misteriosa común a la vida consciente y al sueño, cuando sintió el cuerpo de Luciano inclinado sobre el suyo; se incorporó con sobresalto. El se derrumbó otra vez sobre la almohada, y al fin dijo:

— Tú tienes un amante...

Aquella voz opaca, sin la genuina nota aguda, exenta de la rudeza habitual, pareció a Luisa otra voz, y tuvo miedo, un miedo que le paralizaba hasta la voluntad. Aún intentó otra vez las aclaraciones, mas una mano que, resbalando, fué a tocar las medias caladas, le quitó el ímpetu que tantos esfuerzos había costado adquirir... No, Luciano no hubiera podido comprenderla... ¿ Para qué, sino para... podría ella haberse puesto las medias caladas? Además...

Luisa sentía que era preciso hablar, pero



Ante una construcción de lona, un hombre tocaba el tambor...

las palabras de su imaginación abortaban en los labios... A veces, un balbuceo casi inarticulado era lo único en que se convertían las ideas de una prolija explicación. Y mientras tanto, él volvió á decir lentamente, arrancándose las palabras del sentimiento:

— ¿ Por qué no me lo hiciste saber poco á poco?... Pero así... así... ¡ Soy hombre al igual!

En el silencio, sin que ningún ruido lo acusase, Luisa sentía su llanto, aquel llanto que nunca había visto, ni cuando murió la madre anciana; y aquellas lágrimas la conmovían, la transformaban, lo mismo que si fueran agua milagrosa. Y, sin embargo, no podía hablar, no lograba urdir ninguna mentira con qué suplantar la increíble aventura... Al fin la contó, entre hipoes que le daban un aire culpable y contrito. Pero Luciano se mantuvo inmóvil, sin querer responder ya, sin repelerla como al principio, lo mismo que si su alma antes ruda y su cuerpo hercúleo se

hubieran insensibilizado... Una hora pasó, y otra, y otras... Luisa le sentía despierto, y pensaba con terror en la madrugada, en la luz que les obligaría á verse frente á frente. Al cabo, en medio de un torbellino de alucinaciones, sintió los ronquidos que tantos años la habían hecho sonreír, y que ahora la ofendían y la libertaban al mismo tiempo. Entonces, dominada por la convicción de que ya él no le pegaría más, de que ya era más débil que ella, de que su vida no volvería á ser «aquella vida», Luisa se levantó con sigilo, se puso una bata, y sin pensar ya en nada concreto, empujada por un alud de ideas abstractas y persuasivas, guardando sólo de lo sucedido el horror del amanecer, que había de traerle la visión de los ojos que habían llorado, abrió el balcón, respiró un minuto el mismo aire fragante y ligero que la había ayudado á marchar toda la tarde, y, serenamente, sin arrebatos, se dejó caer hacia la muerte...



GALERIA GRÁFICA

de

"MUNDIAL"

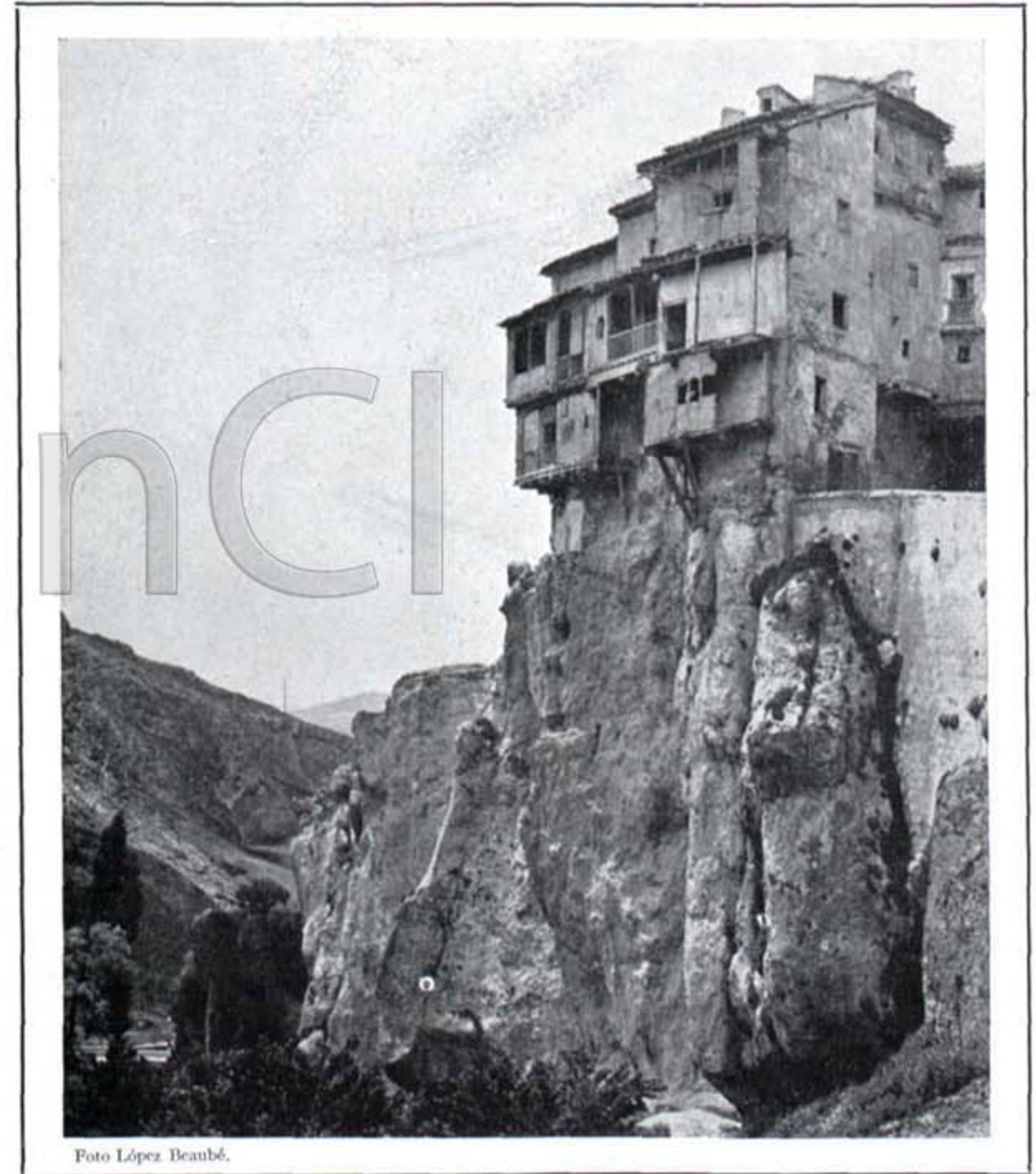


Foto López Beaubé.

CUENCA (España). La Hoz del Huécar; vista tomada desde el Puente de San Pablo.

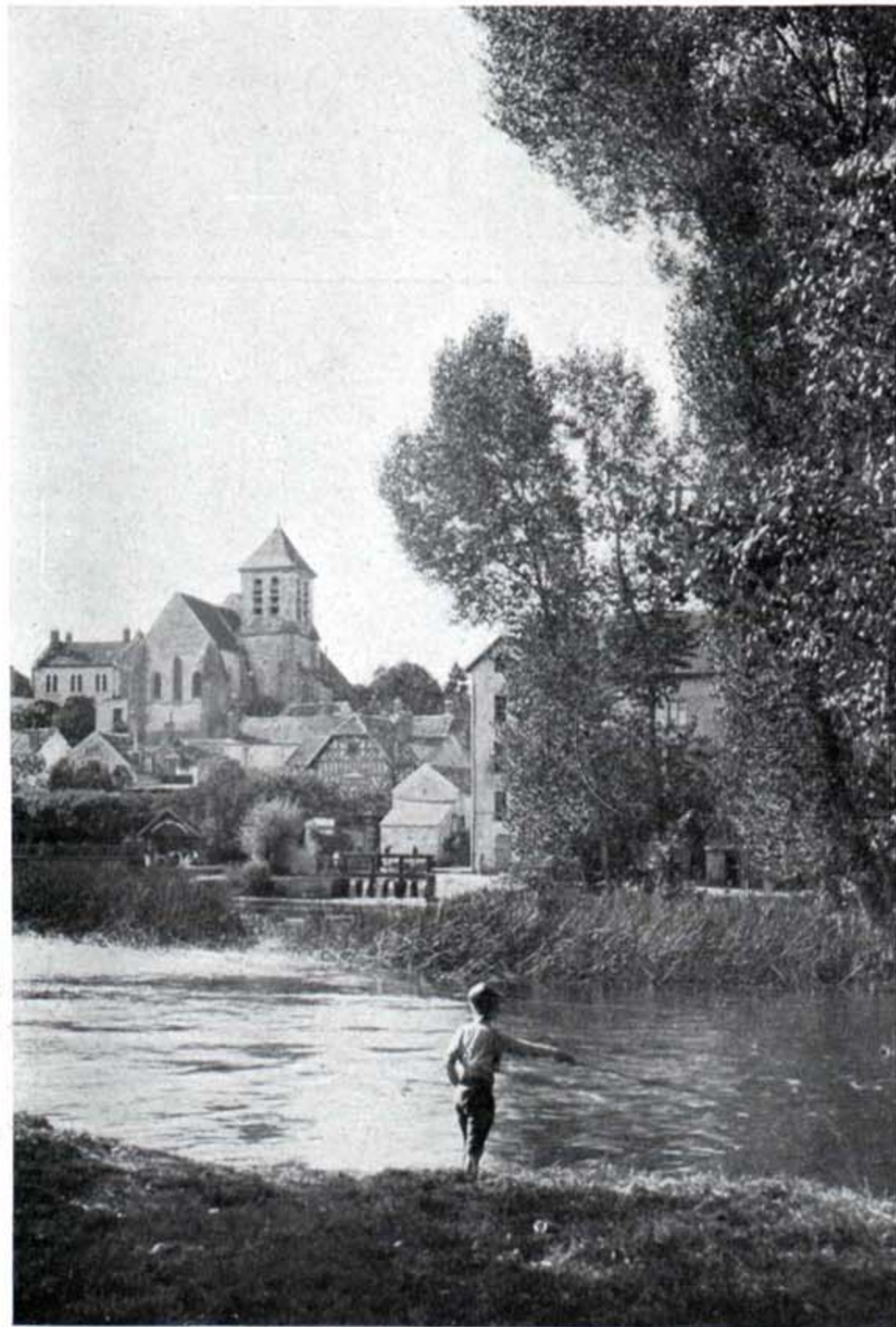


Foto P. H.

MONTIGNY-sur-LOING (Francia).

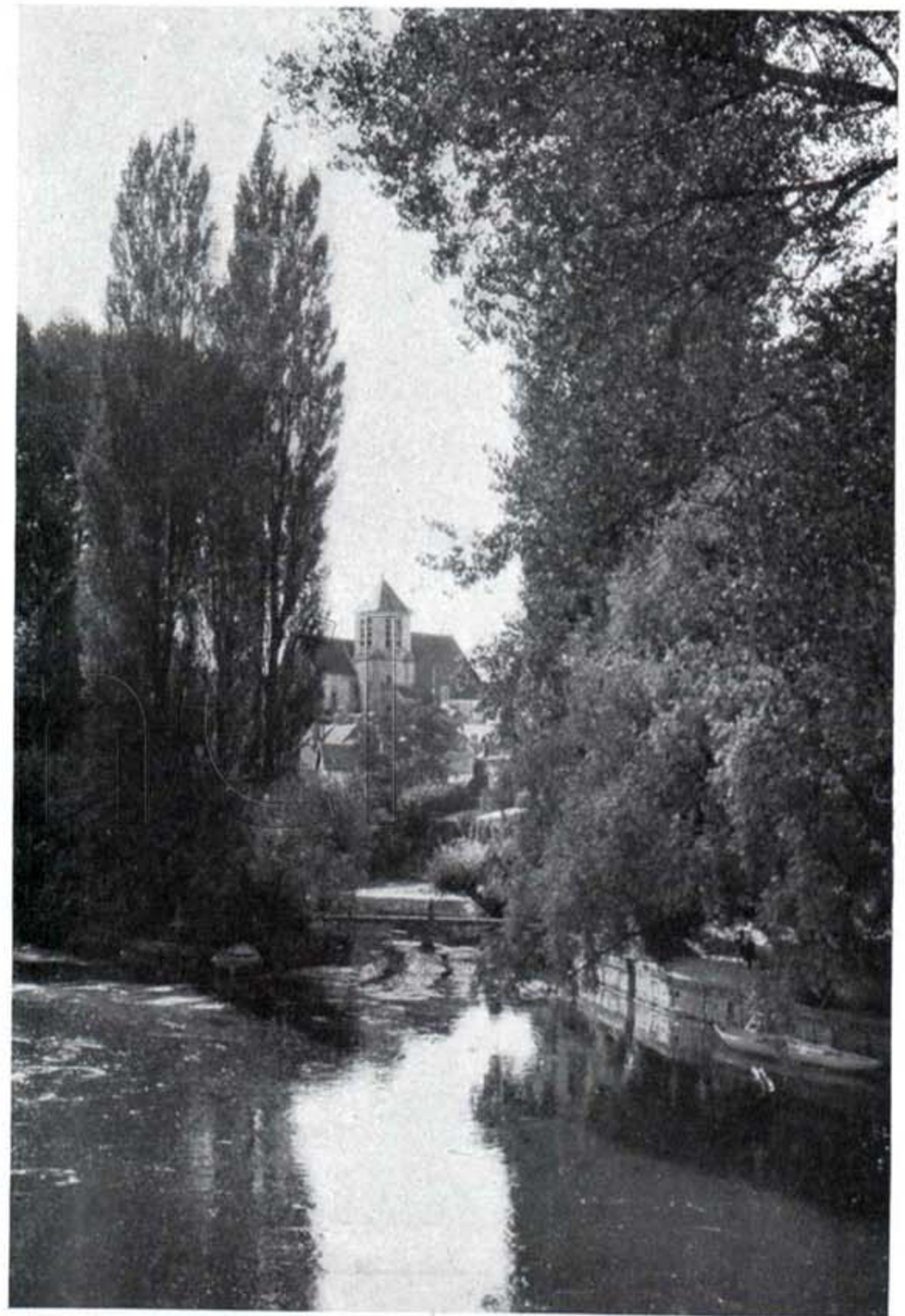


Foto Plait.

MONTIGNY-sur-LOING (Francia).

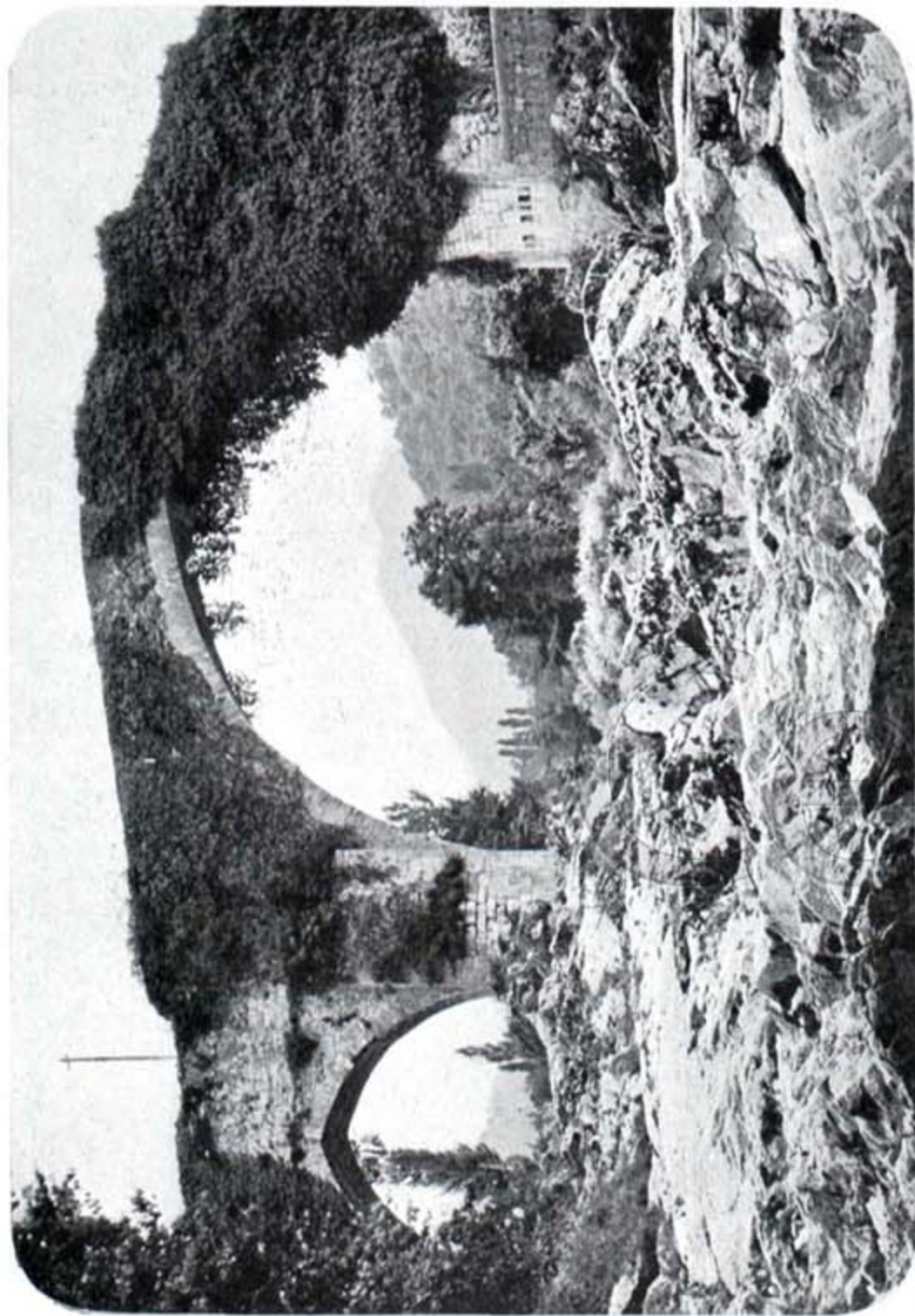


Foto López Beaubé.

**CANGAS
DE ONÍS**
(Asturias).

Arco central y lateral del puente sobre el río Sella, construido en el siglo XII.

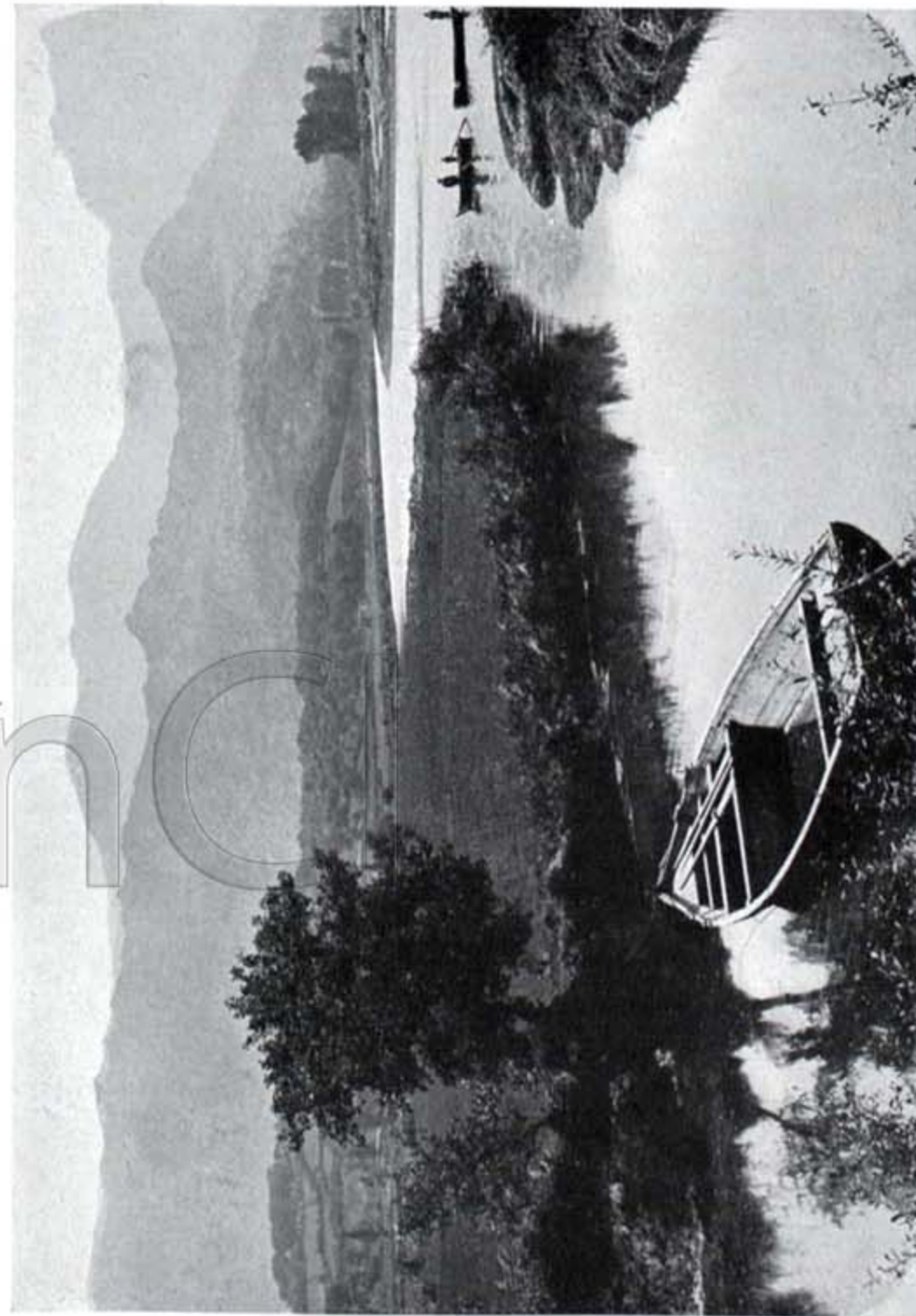
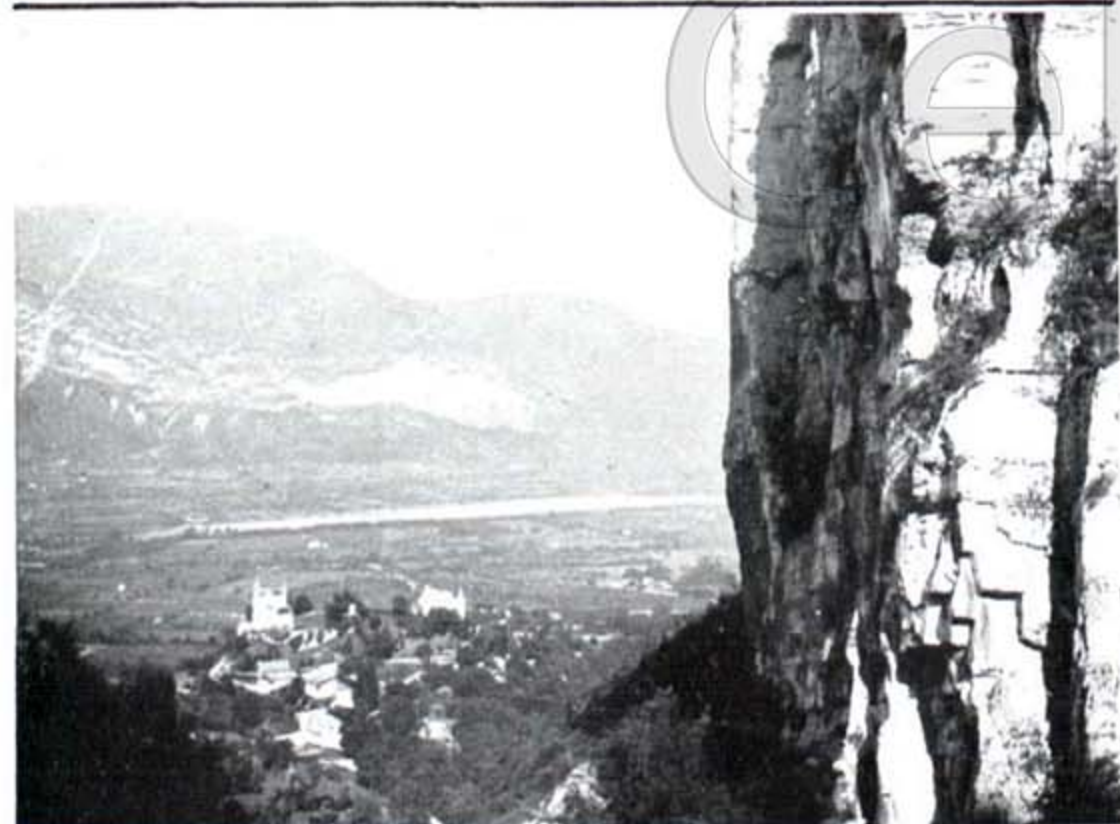
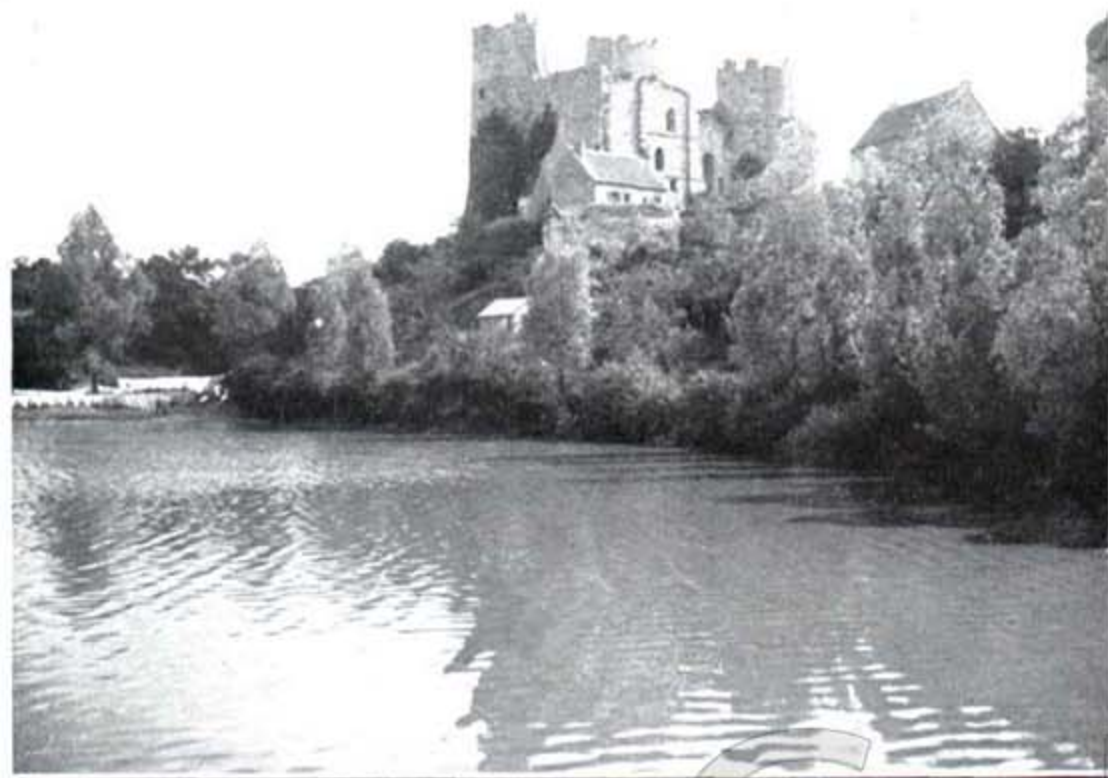


Foto López Beaubé.

EL RIO SELLA

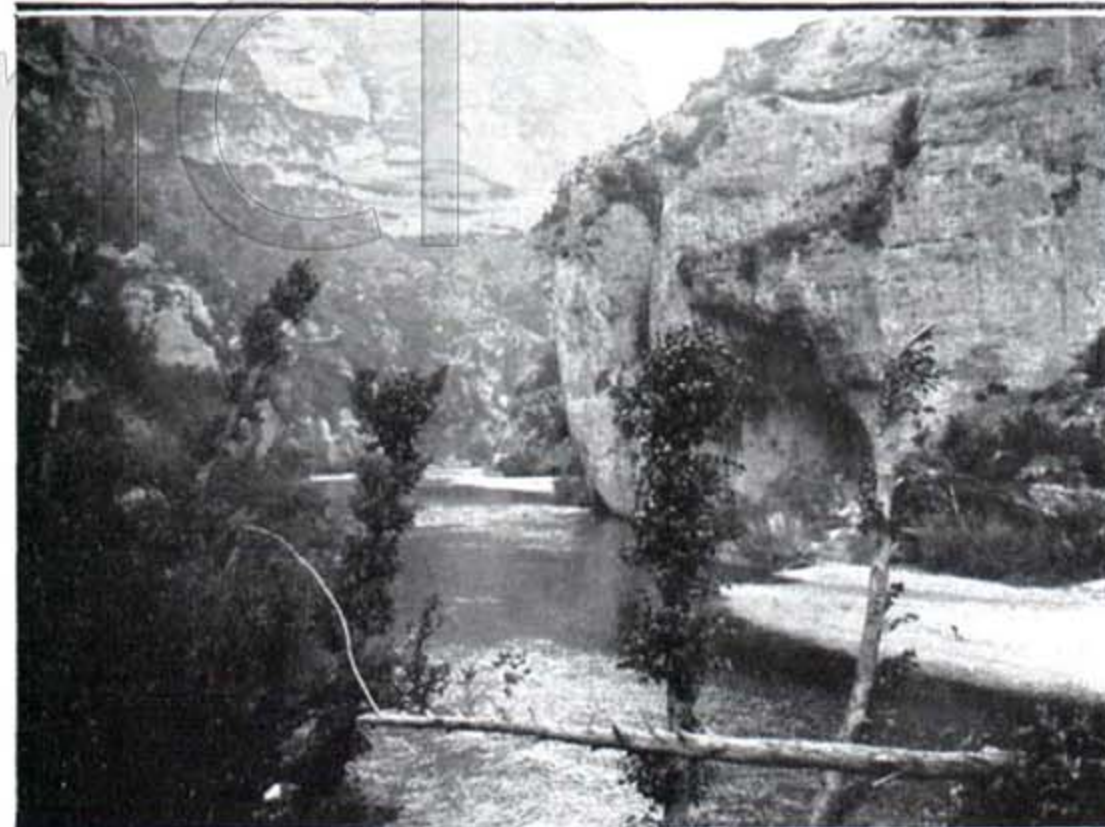
Vista tomada de la carretera de Llovio, Asturias (España).



Fotos Vérascope Richard.

Ruinas del Castillo de Bourbon-l'Archambault, Allier (Francia).

Vista panorámica de Engins, Isère (Francia).



Fotos Vérascope Richard.

MENDE (Francia). Puente de Nuestra Señora.

Un lindo viraje del río Tarn (Francia).

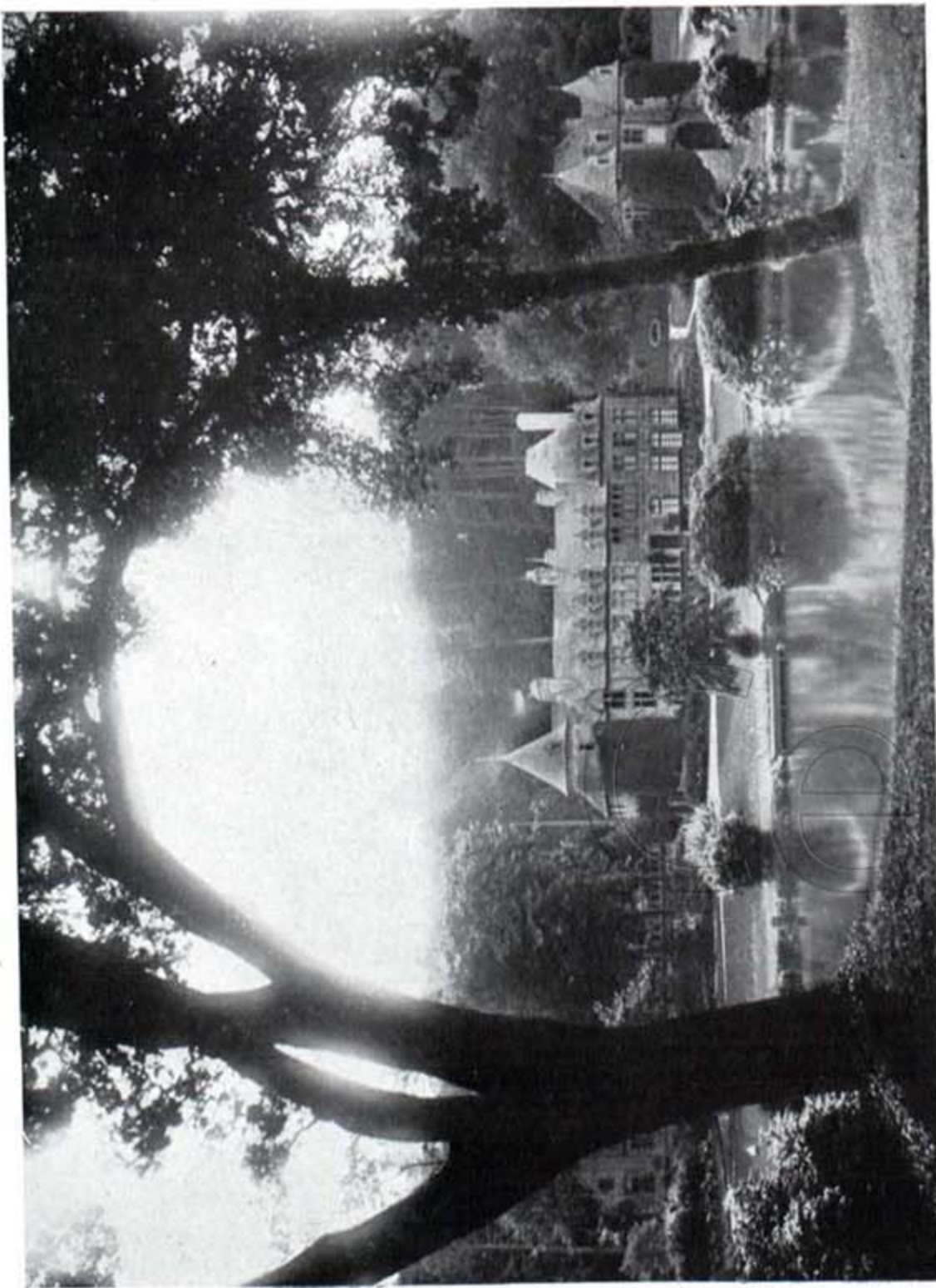


Foto G. W. Lemaire.

NACQUEVILLE
(Francia).

Palacio
de Mme. Hersent.



ISMAEL

Por V. LILLO

Ilustraciones de LECOULTRÉ



Para la Señorita María Magdalena de Leroy.

Fué un jeremiaco; becqueriana evocación fué su vida.

En una tarde bella y dorada del otoño valenciano, con un cielo azul turquí por dosel, y el Mediterráneo como horizonte infinito, me contó así, mi caro amigo Victor, el origen de su tristeza, de su eterna añoranza:

— Si como yo le hubiera conocido, conmigo le lloraría amarga y profundamente — empezó mi amigo — porque Ismael ya murió.

« Su alma, inmensamente dulce y grande, no era de esta tierra; su corazón de ternezas de niño no podía latir en nuestro mundo. Por eso, su corta vida fué un sufrimiento, un padecer sin límites.

« Lo más nimio, lo que cualquiera de nosotros juzgaría baladí, producía en su espíritu hiperestesiado efectos de tremenda, de tormentosa agonía.

« Era alto, de aquilina nariz, de frente abombada en donde se debatía la eterna borrasca de sus cuitados pensamientos, y de melancólico mirar que alcanzaba en sus ojos negros dulzuras de atardecer, humedades de nostalgia. Su cabeza era algo esquemática; no tenía nada de humana. Y era bello, con esa flébil belleza que distingue a los israelitas puros. Como a su raza, algo ingénito en él le impelía poderosamente a un mundo distinto del que viniera.

« Muchos le consideraron loco, y no fué más que un visionario que atraía, haciéndose amar de todos.

« Algunas veces, cuando juntos suspirábamos la Patria, me hablaba de *ella*, de la *ingrata*, y su palabra, siempre suave, tornábase ruda é inarmónica. — « Isabel me obsede. La amo con loco frenesí. Ella es mi vida — me decía — y sin ella moriré. Moriré sin ella, porque no es posible realizar mi sueño, porque entre ambos existen obstáculos infranqueables, que me impiden conocerla libre de influencias ajenas, que no me permiten traducir los actos de mi voluntad, ni saborear las ingenuidades de su carácter sencillo, ni adivinar su pensamiento sin traba alguna de preconceptos religiosos ó sociales. ¡Sufre mucho!... ¡pero no puedo!... ¡Gozo tanto con su pensamiento! Los esfuerzos de mi voluntad se estrellan ante la pasión que me infundió. Y pues, aunque lo considero imposible, sigo creyendo que es mi felicidad, el objeto de mis ansias, el deseo vehemente de mi yo, la única satisfacción de mi ser, el equilibrio de mi espíritu, la necesidad de mi vida, de esta vida de angustia que se apaga mansamente como un suave anochecer. Su recuerdo es la nostalgia de mi alma. »

« No sé decirte si vive ó murió ésa su idolatrada Beatriz, pero sí sé, que sólo por ella y para ella tocó su lira las quejumbrosas melodías de la *saudade*. »

« La amó con locura, como él supo amar, como nadie amaré. »

« Teníamos la misma edad. Fuimos amigos desde la infancia, y compañeros fuimos de aventuras, aunque no de suerte. Diez y siete años habíamos, cuando nuestras plantas pisaron con arrogancias de nuevos conquistadores el mundo americano, que objeto fuera en nuestros patrios lares de frecuentes y quiméricos proyectos. »

« ¿ Para qué narrar nuestra odisea? Fué como todas, vulgar y desgraciada. Las ilusiones que forjamos en nuestra patria, disipáronse al contacto de la aplastante realidad. »

« Fracasamos. En 1912, yo me volví á Europa, y él se quedó en el ángulo de un cementerio pobre de mausoleos (Jahú), pero rico de flores: en la tierra donde el sol abrasará su cuerpo, como el amor abrasó su alma. »

« En los últimos momentos, cuando la agonía suavísima cerraba sus profundos ojos, allá, en el centro de América salvaje y sobre un jergón de paja, me abrazó, suplicándome que la viera y le comunicase su último pensamiento; después sonrió dolorosamente, y expiró. Tenía diez y ocho años. »

« Yo creo que su memoria, el cariño que le profeso, aun después de muerto, es la causa de mi melancolía. »

« Su imagen está en mi corazón. No puedo amar á nadie, ni amaré otra cosa que las flores: su símbolo. »

« La mujer me es odiosa, porque una mujer le mató, porque *ella* le sacrificó inhumanamente. »

« Luego de su muerte he sabido el drama que se desarrolló en su corazón, y pude comprender por qué su tez era siempre intensamente pálida. Esa *ella* desconocida, esa mujer que no sé si es real ó imaginaria (porque su crueldad oscurece mi razón) consumió, aniquiló su cuerpo y desgarró su alma. »

« ¿ Quién es esa Isabel enigmática, que él siempre nombraba con religioso fervor? ¿ Quién es esa orgullosa Filis, que devolvía sus cartas sin leerlas? »

« No pude hallar dato alguno que aclarase el misterio. Las cartas devueltas las quemaba él cuando las recibía. Sólo entre las páginas de un libro — las « Dolores de Campoamor » — encontré unas cuartillas confusas, de las que he podido sacar lo que transcribí á este cuaderno. Seguramente, fué lo último que escribió, porque están fechadas pocos días antes de su muerte: »

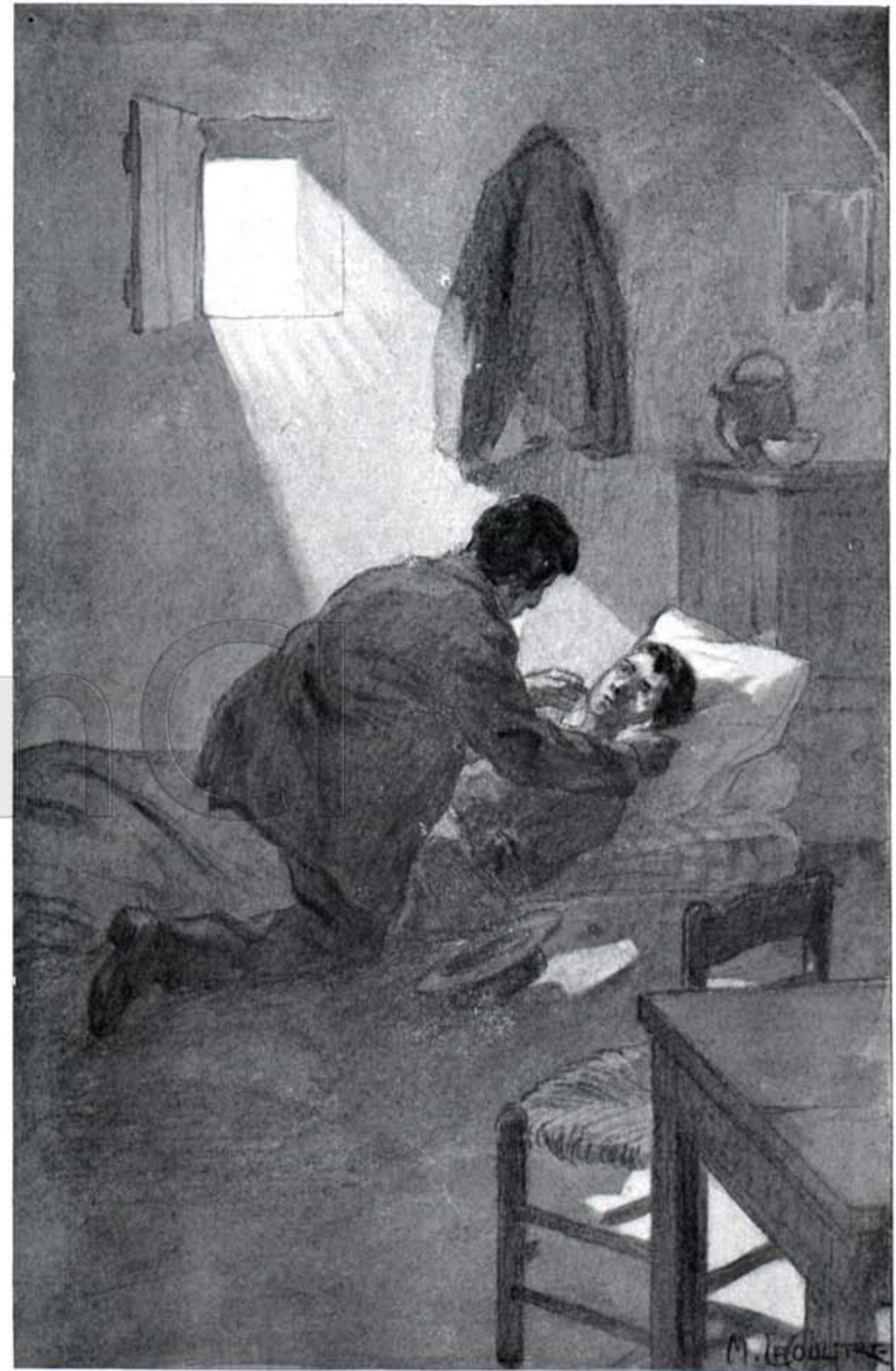
« Cara Isabel: »

« ¿ Por qué ese silencio incomprensible? ¿ Dónde están las cartas que anunciabas; ay! en tu última? »

« ¿ He de pensar que la ingratitud más cruel es la causa de tu silencio? »

« ...; Qué angustia!; La duda me enloquece, me abruma!; Oh, que sufrimiento, qué suplicio es mi mente visionaria!... Desesperación maldita, rabioso pensar de mi mente loca. Tranquilidad ¿ dónde te escondes? ¿ qué es de ti cuando la mente mía agiganta sus visiones?...; Idos, mentidas ilusiones!... ¿ Por qué dudo? ¿ Por qué no estoy tranquilo? ¿ Por qué mi mente sólo crea imágenes negras, como la noche oscura? ¿ Por qué todo en mi cerebro es sombrío?... Mi alma se hace pedazos... Mi corazón se henchíe de amargos sentimientos... Sufres un grave error, cara Isabel. Nuestros corazones no conocieron la amistad; en nuestros amores no la hubo, porque su principio fué la consagración de nuestros desposorios espirituales, que juramos sobre el ara sacra de la sinceridad... »

« Eres una apóstata; me asesinas alevosamente... Con tus mentidos amores, con tus hipócritas quererres no has podido profundizar mi espíritu, y por eso no puedes saber las infinitas divagaciones que exaltan á mi alma crédula y perversamente engañada... Tus amores han sido para mí dolorosos, »



... Después sonrió dolorosamente, y expiró.

y ahora son mortales. No vuelvas á escribirme... Yo seguiré haciéndolo; quiero paladear solo las amargas de mi pena. Te quiero

ISMAEL. »

« Estas páginas, á pesar de su fragmentaria redacción, parecen el epílogo triste de un poema que él vivió, y en el que él fué el protagonista. Ella, la infame, fué la autora.

« En estos cortos renglones está patente la turbación de su espíritu; si no, hubiera dejado ver las recónditas sensibilidades de su alma, con ese su estilo elevado y puro, en el que campeaba la vigorosidad de sus metáforas.

« No obstante su edad, la pluma suya tenía severidades de Tácito y chasquidos de Juvenal. Alguna que otra vez, había en sus escritos poderosas vibraciones oceánicas, como en Hugo, y vagorosas indecisiones de Poë.

« Su espíritu nació únicamente para las

ensoñaciones tumultuosas, y para suspirar la nostalgia de su vida fugaz y desgraciada.

« Fué como un incierto pensamiento de Maupassant, en el búcaro ambarino de Musset.

« ¡ Que la tierra ligera que le cubre en el ardiente trópico sea límpido cristal, á través del cual pueda ver su espíritu la augusta serenidad constelada y brillante de esas noches, en que la luna teje las misteriosas flores del romanticismo sobre el musgo aterciopelado de tierras brasileñas, del país encantado donde la muerte es una lágrima diamantina, que cristaliza la aurora en el cáliz de un albacento lirio! »

Calló. Su última palabra fué como un suspiro largo y profundo, triste como su historia, y doloroso como su añórico pesar.

Las ondas Mediterráneas preludiaban el introito de una elegía, cuyos sonos arrastraba el Noto mar adentro, lejos de la tierra, como buscando un mundo mejor entre los celajes nocturnos ó en los ámbitos del mar.



PAGINAS HUMORISTICAS

POR LOS BULEVARES PARISINOS

Por A. R. BONNAT

Dibujos de RIBAS

¿ Debemos empezar esta crónica con lamentaciones más tristes que las del propio Jeremías (q. e. p. d.), y sentarnos emocionados hasta el punto de despreciar como cosa superflua el sacarnos la raya en el pelo? Indudablemente que sí. ¡ El tango va camino del destierro, del abandono, de la miseria! ¿ Verdad que es cosa de apoyar la cabeza sobre el hombro de un amigo cariñoso, y abrir el grifo de las lágrimas? ¡ Con la alegría que tenía... hasta haciendo el paso, cosa que no nos sucede á los mortales cuando lo hacemos! ¿ Y quién le ha vencido? ¿ quién?... ¡ Gente de par! Es decir ¡ una danza llamada la « furlana », danza que ni siquiera se llama la « furlana de tal »! ¿ Cabe mayor desesperación? Va-

mos, que es cosa de tirarse al suelo y no levantarse de él, hasta que no juren que el tango será rehabilitado, ó hasta que venga el portero con una escoba y nos « tangué » de escobazos.

¿ Llegará el momento en que, al caer la tarde, se entre en uno de esos establecimientos en que hasta el propio gerente se marcaba unos cuantos pasos, y ante la seriedad que allí reine, no haya más remedio que lanzar un suspiro más grande que la torre de « Notre-Dame ».

— ¿ El señor va á tomar té?

— Sí, té ¡ ay!

— ¿ Se encuentra el señor enfermo?

— No apreciable camarero, es que me acuerdo de que aquél era el rincón favorito para mis



expansiones tanguiles. ¡ Oh,] qué ratos aquéllos !

— El señor tiene razón ; desde que no se tangua aquí, hasta los camareros nos encontramos heridos de melancolía, y hoy mismo se han llevado al hospital á uno de los pinches, atacado de locura repentina.

El cliente, recordando las pasadas alegrías del tango, bebe un sorbito del té, y exclama :

— ¡ Señor ! ¿ Por qué hemos de pasar por tales amarguras ?...

¡ Qué tiempos aquéllos en que el furor del tango había batido su pleno, y no podía uno entrar ni en una botica sin que hasta el propio mancebo le despachase raíz de lirio, contoneándose como si estuviera embarcado !...

— ¿ El señor tiene invitación para nuestro malvavisco-tango ?

— ¿ Eso, qué es ?

— Un verdadero acierto del dueño del establecimiento. Así como en otras partes hay tés-tango, diners-tango, y souper-tango, aquí tenemos montado un malvavisco-tango, que es más celebrado que los discursos de Briand. Todo enfermo curado con medicinas de la casa tiene derecho á asistir, y los que han escapado de alguna enfermedad verdaderamente grave, pueden asistir acompañados de una señora. Para la próxima fiesta contamos con la asistencia de un procurador que ha tenido viruelas, y



que hoy está más fuerte que una nueva línea del metropolitano, recién inaugurada.

Pasaron aquellos tiempos, á juzgar por todos los indicios, y ahora, el que acude á una farmacia en busca de un remedio, nota que el mancebo le pone peor cara que si fuese el cobrador de la contribución.

— ¿ Cree Ud. que esto le sentará bien á la persona que sufre ?

— Para eso lo vendemos.

— Es que se trata de una señora que, desde que cayó rodando por una escalera, tiene los nervios como una madeja enredada...

— ¿ Y á mí qué me cuenta Ud. ? ¡ Que se desenrede ó que reviente !

¿ Es esto natural ? No. Esto es una consecuencia de la desaparición del tango. ¡ Hemos de sufrir todavía tanto, por haber sido vencido este arte !...

Como nuestro ánimo está completamente triste por las razones apuntadas, apenas si nos queda humor para saborear las atracciones teatrales.

Y es verdaderamente lástima, porque jamás ha sido tan profunda la iniciativa de los autores. Hay, sobre todo, el *truc* de la escalera, que no parece sino que se han metido á escribir revistas de espectáculo la mayor parte de los porteros parisienses.



Actualmente, en casi todas las obras que figuran en los carteles hay una escalera, con sus peldaños, su tapiz y su barandilla. Vamos, que es cosa de preguntar á la acomodadora : — Diga Ud. ¿ es que hay por aquí cuartos desalquilados ?

— ¿ Por qué lo dice Ud. ?

— ¡ Caramba, por la escalerita ! Llevo vistas siete obras en lo que va de mes, y en todas ellas figura ese armatoste escénico.

Es que en eso, como en todo, hay modas, y los directores tienen ahora buen cuidado de reclamar á los autores que no olviden este detalle.

— Aquí tiene Ud. una obra que, ó mucho me equivoco, ó va á hacer correr á todo París.

— ¿ Es algún perro rabioso ?

— No, señor ; pero se plantea un problema más nuevo que los cascos de la gendarmería.

— ¿ Tiene escalera ?

— Lo que tiene es un interés superior al de las acciones de una mina de oro. Figúrese Ud. que se trata de que Marco Antonio, al desembarcar en Egipto, averigua que una antigua patrona suya, de Roma, ha puesto casa de huéspedes allí, y posee una cuenta de lavandera, que se dejó sin pagar, cuando era simple centurión.

— ¿ Tiene escalera ?

— Ya comprenderá Ud. el terrible apuro en que se encuentra el tribuno, porque ¿ cómo presentarse ante Cleopatra con semejante aire de tramposo ? El problema es terrible, y de gran novedad teatral.

— Pues si no tiene escalera, es inútil. Al público le da Ud. ahora una obra, en la que salen bailando, por ejemplo, doce senadores, y como no vea en el escenario más de cuarenta peldaños, se llama á engaño, y es capaz de pegar hasta al empleado del despacho de billetes.

Ante semejante conflicto, que no se puede resolver sino á fuerza de madera, el autor se retira descorazonado, y diciendo :

— Pues, señor, no voy á tener más remedio que cambiar el lugar de acción en el segundo acto, y en vez de que pase en la plaza pública, voy á hacer que ocurra en un piso quinto, donde vive la ex-patrona de Marco-Antonio, y de este modo

creo que, á escalera, no me va á ganar nadie. Casi estoy tentado de poner un ascensor egipcio...

Es inevitable, pues, el encontrarse en todas las obras con el mismo efecto escénico. Lo único que á los autores les queda por hacer, es ingeniárselas para presentarlas en la forma más nueva que puedan hacerlo.

Yo sé de un autor, que ha decidido hacer una obra para la Comedia Francesa; y para *epatar* á Mr. Carré, quiere encontrar una forma de escalera completamente nueva.

Por lo pronto, todas las mañanas se endosa un traje derrotado, agarra una caja de hoja de lata, y comienza á recorrer inmuebles, haciéndose pasar ante los ojos de los porteros, como un obrero del gas que va á reparar una avería.

— Pero si aquí no hay ninguna — suelen decirle.

— No importa, puede ocurrir el día menos pensado, y el director de la Compañía tendrá un verdadero disgusto, si alguna noche los vecinos de esta casa se quedan sin poder guisar. Voy á recorrer la escalera.

A lo mejor, el pobre literato está á gatas sobre uno de los tramos, cuando acierta á pasar un vecino que es, precisamente, un amigo suyo.

— ¡ Demonio ! ¿ Ud. aquí, y con ese traje ?

— ¡ Chist ! ¡ Por Dios, cálese Ud. !

— Pero ¿ es que se encuentra Ud. en tan mala situación, que ha tenido que meterse á gasista ?

— ¿ Quién, yo ? No, señor. Esto es un secreto.

— ¡ Ah, pillín ! Alguna aventurilla amorosa.

— Sí, eso es, pero no me descubra.

Queda, pues, como un calavera empedernido, cuando, en realidad, no es más que un desventurado autor, que quiere seguir la moda de sacar escaleras á escena.



En el fondo, esta cuestión es, como todas, por ganarse la vida. Los tiempos son más duros que piedra berroqueña, y en la lucha



del hombre contra el franco, hay que arreglárselas de modo que el franco quede vencido, ó lo que es igual, en poder del ciudadano que se había propuesto conquistarlo.

Ingeniándose las, se consigue resolver tan complicado problema, y uno de los más prácticos para ellos es acudir al dulce sa-blazo, ó lo que es lo mismo, á entrar á saco en el bolsillo ajeno. ¡ Es incalculable la facilidad con que se pide en París !

En esto también se ha progresado, como en todo, y los que acuden al bolsillo ajeno, no tienen que aparecer más desastrosos que si volvieran de una campaña de diez años, ni contar que tienen mujer, siete chicos completamente escrofulosos, y que ellos mismos aspiran á morir de un momento á otro, porque se les ha acabado el repuesto de camisetas que tenían. No; ahora los pobres se revisten de cierta comodidad, de algo de orgullo, y no vacilan en increpar al cliente, si éste duda en entregarles su óbolo, como si quisieran decirle: — ¡ Hombre, le vemos á Ud. con una corbata lujosa, y aún duda

Ud. para entregarnos una limosna ! ¡ Ud. es un sinvergüenza !

Pensando de este modo, un pobre que tiene excelente clientela acaba de marcar la verdadera posición de los mendigos. Ha sido en la puerta de la iglesia de San Agustín, y algunos periódicos lo han relatado.

Según parece, el acreditado indigente gozaba de gran popularidad, y tenía más limosnas que veces levanta la maza el guardia que hay frente al Faubourg Montmartre. Era un pobre con éxito, como si dijéramos, y había aquello de: « Buenos días, Don Fulano. ¿ No se acuerda Ud. de mí, hoy ? »

Claro, á Don Fulano le daba vergüenza decirle al menesteroso, que le tenía más olvidado que el primer cuello postizo que se puso, y ¡ zas ! mete mano al bolsillo y allá te van algunos céntimos, y así todo el día. El hombre, de vez en cuando, fumaba algún pitillo, charlaba otro ratito, y cuando le parecía conveniente cerraba el puesto, y se retiraba,

con aire de característico que está encargado del papel de Gran Inquisidor.

Pero llegó el frío, el hombre sacó un brazo por fuera del embozo una buena mañana, y dijo: — ¡ Carape, si que debe estar desagradable en la oficina ! — y volviendo á meter el brazo, tuvo una idea luminosa.

Por eso, los habituales clientes del mendigo, cuando llegaron al atrio de la iglesia, se encontraron sorprendidos con la presencia de otro individuo desconocido, que les enseñaba el siguiente cartel:

« Mis generosos clientes me perdonarán si durante el frío no salgo de casa, pero pueden entregar sus limosnas á mi secretario, que es persona de confianza ».

¡ Eso es saber vivir !
¡ Un pobre que se echa secretario ! No cabe duda que lo merece, y que hasta, si lo hubiese pensado antes, ha debido ir á Niza á pasar los rigores de la estación, y que allí le hubieran enviado, en cheque ó letra de fácil cobro, las limosnas acostumbradas.

Es posible que este pobre haga escuela, y que imiten su ejemplo otros que encuentren el oficio lucrativo y poco molesto, sirviéndose, por ejemplo, del teléfono, para hacer

la recaudación diaria.

— ¡ Alló ! ¡ alló ! Wagram, 128-43.

— ¿ Quién llama ?

— Yo, Socuéllamos, es para saber si va Ud. á enviarme la limosna de costumbre.

— ¿ No podría Ud. venir á buscarla ?

— Imposible. Tengo cita con dos extranjeros que quieren recorrer todos los cines de París, pero no por eso descuido mis intereses...

— Entonces, ahora le mandaré los diez céntimos con un criado.

— Tantas gracias, y que Dios se lo pague.

Esto es comodísimo para todos, sobre todo para el pobre, el cual, extendiendo el negocio, y dando facilidades el público para la mejor entrega de las dádivas, hasta puede organizar reuniones en su casa, al final de las cuales, las almas generosas le entregarían aquello que tuvieran voluntad.

« Machin Allez-y participa á sus relaciones filantrópicas, que se quedará en su



casa todos los miércoles de 5 á 7, para recibir las limosnas que quieran llevarle. Habrá tango. »

Los honores de la casa los hará el mendigo con toda amabilidad, y los generosos donantes pasarán un par de horas agradabilísimas.

— ¿ Hace mucho tiempo que conoce Ud. al dueño de la casa ?

— ¡ Oh, sí ! Me pidió limosna por primera vez, hace cinco años, en el boulevard Malesherbes.

— ¿ Se hacía ya entonces pasar por tísico, ó explotaba todavía lo del cáncer en el estómago ?

— No, era en la época en que se adjudicaba siete chicos, uno de ellos con una cabeza que pesaba veinte y dos kilos, con el pelo cortado al rape.

— ¡ Qué hombre más agradable !...

— ¡ Oh, amabilísimo ! No hay modo de negarle un socorro. Yo vengo aquí con mucho gusto.

— Y yo. ¿ Quiere Ud. que bailemos un tanguito ?

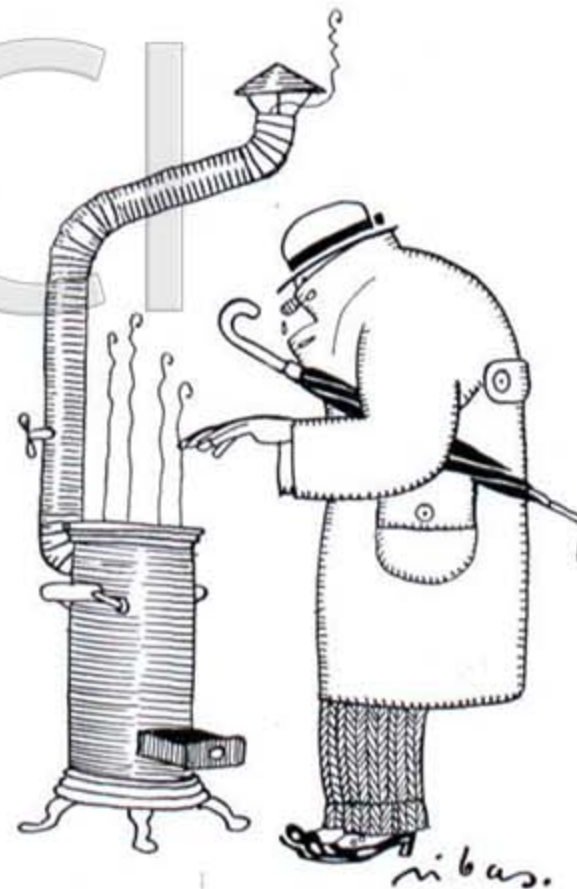
La gente, después de bailar, de tomar algunas frioleras y charlar bastante, se retiraba compadecida, dejando la consiguiente limosna.

— Adiós, conste que lo he pasado muy bien en su casa. Aquí tiene Ud. para ayuda de un panecillo.

— Muchas gracias.

¡ Así da gusto ser pobre !

Y éstos son, que yo sepa, los últimos acontecimientos parisinos. A última hora se ha dicho, en determinadas esferas, que el frío ya ha pasado, y que no tardará en venir el buen tiempo. La noticia no he podido comprobarla, porque en los círculos oficiales guardan absoluta reserva.





EL TEATRO EN PARIS, por E. GOMEZ-CARRILLO

Ilustraciones de Yves MARÉVÉRY

La Danse devant le Miroir, de FRANÇOIS DE CUREL. — *La Pèlerine écossaise*, de Sacha Guitry. — *Le Tango*, de Mr. y Mme. JEAN RICHEPIN. — *Un Grand Bourgeois*, de E. FABRE. — *Les cinq Messieurs de Francfort*, de ROEZLER (traducido del alemán por Lagné-Poë).

Cuando, hace unos cuantos meses, un periódico parisiense quiso completar el número de los principados literarios, llevando á cabo la elección de un rey del teatro, los lectores ordinarios, que son en el bulevar los adoradores de Flers, Caillavet, Wolff, Tristan Bernard y Capus, vieron con asombro que el dramaturgo más favorecido por los votos de sus compañeros era un perfecto desconocido.

— François de Curel — murmuraban todos — François de Curel... ¿quién es ese?...

Porque en París, como en todas partes del mundo, los más grandes no son los más populares; y mientras un Henri Bordeaux figura en plena luz, el más genial novelista contemporáneo, Elemire Bourges, muere en la obscuridad; y mientras Abel Bonnard reconstruye el mundo sentimental en las columnas del « Figaro », Jules Soury, el maestro de Barrès, vegeta en el olvido; y mientras Picasso figura como un gran apóstol del arte, Arriarán tiene que falsificar Fra Angélicos, destinado al museo del Prado, para no morir de hambre...

François de Curel podría, no obstante, ser un niño mimado de la popularidad. Dueño de una fortuna, que algunos dicen fabulosa, bastaría tener empeño en que su nombre sonara, para conseguirlo. Lejos de eso, cada día parece más desceoso de que no se hable de él. Antes de dar su última comedia al Ambigu, pensó, según un periódico, en ocultar su nombre. ¿Por qué? No es éste ni el momento ni el lugar para tratar de desen-

trañar este singular problema de psicología literaria. Mas la verdad sea dicha, aun ocultándose tras un pseudónimo, todos los devotos de Curel habrían descubierto, en « La Danse devant le Miroir », los magníficos dones de profundidad y de ternura que antes admiraron en sus primeras obras.

Todo François de Curel, en efecto, está en la pieza recién estrenada. El público, el gran público, asiste á sus representaciones con extrañeza y sin entusiasmo.

— ¿Eso es el genio? — pregunta.

Y sonriendo, exclama:

— No es extraño que tenga menos fama que Capus.

El gran defecto de este soberbio creador, es lo que en lenguaje técnico se llama « le manque de sens theatral ». Más que para ser representadas, sus obras dijéranse escritas para ser leídas. Hay en ellas demasiadas ideas, demasiadas imágenes, demasiadas complicaciones para poder ser saboreadas sin preparación y sin atención. En cambio, tienen tan poco movimiento, que, á veces, hasta el sentido de su intriga se pierde.

En « La danse devant le Miroir », nos encontramos ante dos almas raras y atormentadas. Pero dos almas, en el teatro, ocupan poco lugar. Cuando un dramaturgo se atreve á poner así en escena una pareja de abstracciones pasionales, las rodea de comparsas que animen el conjunto. François de Curel no acude á recurso ninguno. Sus dos almas le bastan. Y durante tres actos, asistimos á las luchas y á los tormentos inte-

riores de una mujer, que se pregunta: « ¿me ama de verdad? », y de un hombre que se interroga sin cesar: « ¿debo amarla? ». Me diréis que esto es poco para llenar una comedia. Tal vez. Pero, para llenar un magnífico poema dialogado, no. Y más que una comedia, la « Danse devant le Miroir » es eso: un poema, un maravilloso, grave y oscuro poema de angustia íntima y de secreta inquietud.

..

Los parisienses prefieren las obras alegres á las obras graves. Los críticos dicen esto en tono de profunda queja. ¡Ay de la frivolidad de la gente! Pero yo que no soy crítico, lo único que siento es que, en Francia como en España, y supongo que en el resto del mundo como en Francia y en España, los autores á quienes la gente llama alegres, sean en realidad muy tristes, muy tristes. Así, he aquí á Sacha Guitry, que es la « dernière nouveauté » del género. En cuanto los buenos burgueses leen su nombre en un cartel, comienzan á reír. ¡Qué alegría, señores, qué alegría!

— ¿No ríe usted?

— ¿Yo?

— Sí... ¿no ríe?

— No... no río...

Y es que, realmente, si hay algo que me produzca una impresión de seriedad, que me inspire deseos de meditar gravemente sobre la gran tristeza de la vida, es el teatro de Sacha Guitry. Cada una de sus comedias contiene una enseñanza de moral, de urbanidad ó de higiene, y podrían llevar como título, lo mismo que las « moralités » de antaño, un refrán popular.

¿Dudáis de lo que os digo?

Ved, entonces, esta « Pèlerine écossaise » que ahora se representa en el Palais Royal, y que no tardará en dar la vuelta al mundo con alguna « tournée ». La heroína es una



Mme. Simone y Mr. Garry, en « La Danse devant le Miroir ».

de esas damas que, apenas casadas, renuncian á toda coquetería personal. El héroe es uno de esos caballeros que, una vez convertidos en maridos, se olvidan de sus elegancias pasadas. Poco á poco, los ojos de él comienzan á verla con menos agrado á ella, y los ojos de ella comienzan á contemplarle á él sin entusiasmo. « ¡Dios mío y éste es aquél! » « ¡Santo Dios y ésta es aquélla!... » Un día, después de una disputa provocada por celos mutuos é injustos, piensan en separarse. Pero no se separan. Y al reunirse de nuevo, clarividentes y francos, convienen en que si se quieren menos, es porque él lleva siempre una chaqueta vieja, y ella una vieja pelerina escocesa.

« — La pèlerine écossaise — dice él — « la pèlerine écossaise », ésa es la culpable de todo.

— « La pèlerine » — murmura ella.

El final es triste, triste, triste. Pero la gente ríe.

..



Mr. Sacha Guitry y Mme. Lysès, en "La Pélerine écossaise".

— ¿Y el «Tango»? ¿Qué nos dice V. del «Tango» de Monsieur et Madame Jean Richepin?...

Del «Tango», y esto no lo aseguro yo sino los periódicos católicos, se cree que si ha fracasado, es por culpa del anatema lanzado por el arzobispo de París contra el famoso baile argentino. Y, sin embargo, en el «Tango», ni siquiera había un tango...

Leed, si no:

« Cuando Richepin, en el verano pasado, comenzó á escribir su obra recién estrenada, las dos actrices que debían representar los principales papeles, Mlle. Lavallière y Mlle. Spinelly, se pusieron á aprender el nuevo baile. La noche de la «première», no obstante, algunos espectadores notaron que, lo que las dos lindas parisienses bailaban, no era el tango. Interrogada por el «Matin», Mlle. Lavallière contestó: — Es cierto; lo que bailamos es una especie de «machicha»... el tango es demasiado difícil de aprenderse... y, además, no es bastante voluptuoso... »

En todo caso, no hay duda de que el fiasco de la obra de Richepin obedece á la mala fama del pobre tango. ¡Bien sabe Terpsícore, no obstante, que si existe fama injusta es ésa!

Hay sin duda en España, en Andalucía, un tango que una niña no puede bailar.

Pero ¿qué tiene de común con él su hermano de moda, á no ser el nombre?

El tango argentino, en efecto, lejos de en-

carñar el triunfo del instinto, personifica el estudio, el dominio de sí mismo, la aplicación y el artificio. No hay un movimiento, ni una nota, ni un paso que sea en él natural. Lo que los maestros de música llaman baile á contratiempo, es siempre un producto del estudio. Y en el tango de moda, no es sólo el «contra tiempo» lo que indica el rebuscamiento. Todos sus detalles, todas sus actitudes, todos sus ritmos son de una afectación infinita.

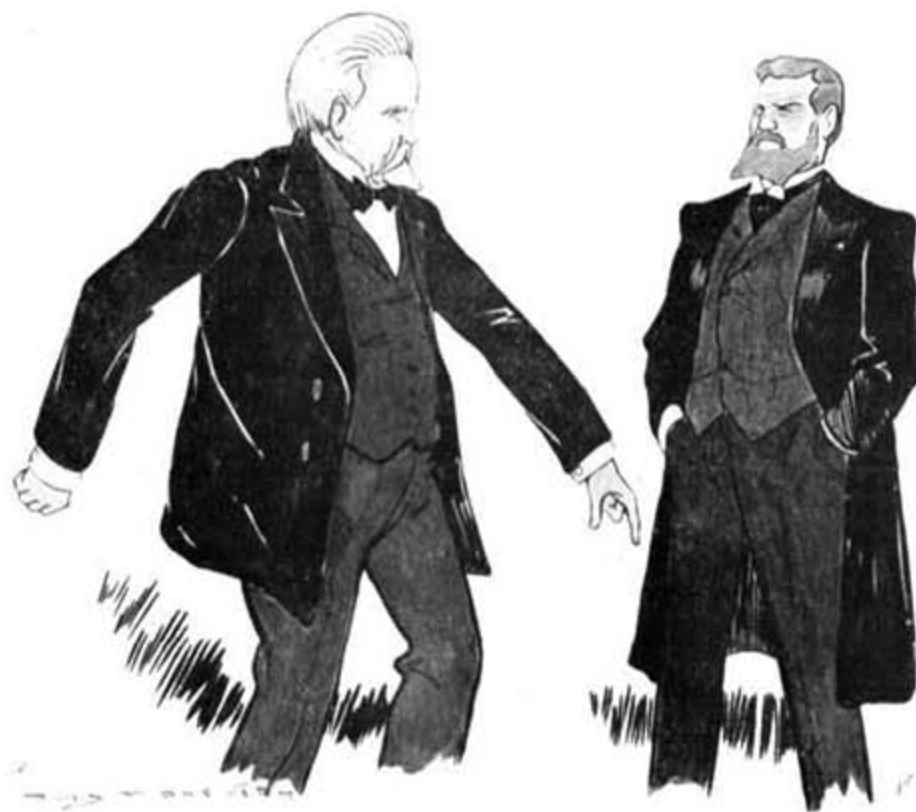
¿Es verdad que esta danza es la que bailan los ganaderos en la pampa argentina, y los marineros en las fiestas de los barrios bajos de Buenos Aires? La gente lo cree, porque los periódicos parisienses lo dicen. Pero yo no puedo lógicamente creerlo. El pueblo del campo y la plebe de las grandes capitales, no tienen tiempo para aprender danzas complicadas. Más que de suburbios, por lo demás, el tango parece salir

de algún Hotel de Rambouillet del arte coreográfico, de tal modo su conjunto es un

dechado de suaves «preciosités» y de elegantes complicaciones. Las parejas van contando los pasos con un cuidado extraordinario. El menor error, y todo está perdido. Cada movimiento, cada gesto, cada actitud co-



Mlles. Lavallière y Spinelly, en "Le Tango".



MM. Mosnier y Gemter, en "Un Grand Bourgeois".

responde á una regla severa é invariable. Y no hay uno solo de sus movimientos, así, ni uno solo, que la más pura señorita no pueda ejecutar.

En nuestro siglo práctico, positivo y breve, hasta algo anacrónico resulta con sus treinta y dos figuras ó pasos diferentes. Viéndolo bien, sin prevenciones, uno se dice:

— Este baile es un hermano de aquellas lánguidas pavanas y de aquellos ceremoniosos «minuets» del siglo XVIII. Es un baile de corte...

Desgraciadamente, la burguesía parisiense no lo cree así.

— Y por eso — exclama Richepin — mi comedia ha tenido menos éxito del que esperábamos todos.

¿ Sólo por eso?... Yo no me atrevo á decir lo que pienso..

Tan inesperado cual el gran fracaso del «Tango», ha sido el gran éxito de «Un Grand Bourgeois». Y no ciertamente porque Mr. Emile Fabre carezca de talento. Como su amigo y maestro Brioux, tiene todas las cualidades buenas y malas que se necesitan para triunfar en el teatro, cuando no se as-

pira á la admiración de las «élites», sino al aplauso de la multitud. Ya antes de ahora, dos obras suyas, «Ventre Doré» y «La Vie Publique», tuvieron la suerte de figurar centenares de noches en los carteles de los espectáculos. Pero el «succès» de ahora es tan franco y tan unánime, que uno no puede menos de preguntarse: — ¿Ha cambiado la inspiración y el arte de este dramaturgo?... ¿O es el gusto de París el que ha cambiado?...

En el «Grand Bourgeois» hay algo de melodrama, algo de conferencia electoral, algo de cuento de nodriza y algo de sermón laico. El héroe, Matignon, es hijo de un obrero que supo enriquecerse con

su inteligente trabajo. Cuando se casa, lleva á la sociedad conyugal una pequeña fortuna que, unida á la dote de su mujer, le permite precipitarse, ávido de millones, en el infierno de los grandes negocios. La suerte le ayuda. En veinte años, hace un capital formidable. Cuando se levanta el telón, nos encontramos ante un señor feudal del oro, dueño de fábricas, de minas y de ferrocarriles, en los cuales trabajan, sumisos, millares de obreros. Es «el gran burgués» en todo su esplendor y todo su horror. Este gran burgués tiene dos hijos: un chico vanidoso á quien adora, y una chica sentimental á quien detesta. Para que la chica no herede, á su muerte, la mitad de su fortuna, decide casarla con un viejo millonario. Mas la niña ama á un joven, y con el apoyo de su abuelo logra vencer á su padre, y escapar al horrible himeneo con el anciano lleno de oro. El gran burgués se consuela de esta derrota haciendo un ferrocarril en Africa, y explotando más minas nuevas en Asia.

Eso es todo.

¿ Habéis oído hablar de una comedia alemana que, traducida al francés, tiene ahora mucho éxito en París?

Se titula *Los cinco señores de Francfort*, y es una linda historia que parece escrita para ser representada en los conventos.

Os la voy á contar, como si fuera un cuento de hadas.

Sabed, pues, que nos encontramos en Francfort, en casa de la viuda Am-schel, el buen judío laborioso, honrado y económico. Sus cinco hijos se han dispersado por el mundo, y con la ayuda de Jehová han hecho fortuna. El mayor, Meyer, tiene un banco en Francfort; el segundo, Salomón, tiene un banco en Viena; el tercero, Nathán, tiene un banco en Londres; el cuarto, Carlos, tiene un banco en Nápoles; el quinto, Jacobo, tiene un banco en París.

— Les espero á todos — dice la buena mamá Am-schel.

Todos deben llegar de un momento á otro, citados por Salomón.

Y la viuda, que conoce á sus hijos, y que sabe que no se mueven de sus feudos sin razones serias, cavila, y cavila, y no llega á adivinar.

Helos ahí, al fin, reunidos en la sala á la hora exacta. Los cinco se han sentado al rededor de la mesa. Y los cinco callan.

De pronto, Salomón, el más inteligente de todos, se pone de pie, y, sacando un pergamino del bolsillo, dice:

— Hermanos, aquí tenéis el título nobiliario que S. M. el Emperador de Austria nos ha concedido á todos. De hoy más, somos barones del santo Imperio... Esto no es nada... Esto por carta os lo pude haber dicho... De lo que necesito hablaros es del gran Duque Gustavo, soberano del estado vecino, que necesita unos veinte millones de francos... Se los he ofrecido... Se los daremos ¿no es cierto?... Pero, además, yo quiero pro-

poner á su alteza que se case con mi hija Carlota.

Todos aplauden y todos admiran. ¡ Qué osadía!... ¡ Qué genio!...

Sólo uno, el parisiense Jacobo, ya contagiado de sentimentalismo francés, se siente triste y se descubre en el fondo del alma un gran amor por su sobrina. Nada dice, sin embargo, y solo, y triste, se va á soñar por las calles.

Entretanto, Salomón lo arregla todo, y logra que el duque, por amor de los millones, consienta en tomar como esposa á la nieta de un pobre usurero judío.

— ¡ Va á venir á pedir su mano! — murmuran Meyer, y Nathán, y Carlos, y Salomón.

Sólo Jacobo y Carlota no dicen nada. Pero se miran en silencio, y se declaran su amor.

En el momento solemne en que el duque pide la mano de Carlota, ésta, muy sencilla y muy digna, contesta:

— Mucho os agradezco, señor, vuestra demanda. Mas he de deciros que amo á otro.

El duque se retira.

— ¿ A quién amas? — pregunta entonces Salomón á su hija.

— A ése que está triste en ese rincón — contesta ella señalando á su tío Jacobo.

Naturalmente, Salomón acaba por casarles, murmurando:

— Tal vez, más vale así...

Y para la comedia, sin duda, más vale así, mucho más...



Mr. Lucien Guitry, en "Les cinq Messieurs de Francfort".

E Gomez Carrillo



EL TEATRO EN ESPAÑA, por Ricardo J. CATARINEU.

Ilustraciones de D. de la PUENTE.

Los Leales, de los Señores ALVAREZ-QUINTERO. — *En Familia*, de los Señores ALBERTO INSÚA y ALFONSO HERNANDEZ CATÁ. — *La Virgen del Mar*, de SANTIAGO RUSIÑOL. — *La Copla de Amor y la Hija del Guarda*, de ANTONIO VIERGOL. — MARGARITA XIRGU.

Un caso verdaderamente incomprensible es el de los hermanos Alvarez-Quintero, desdeñosos del tesoro de poesía y alegría á que debieron la merecida y grande reputación literaria de que disfrutaban, á la vez que

obstinados en presentársenos disfrazados de poetas y de pensadores. Su tenacidad no reconoce límites, ni admite freno. La prensa les elogia de continuo como saineteros excelsos y autores de divertidas comedias admirables; ellos, ni lo agradecen ni lo estiman. Por el contrario, les produce enojo. El público, de acuerdo con la crítica periodística, acude á los estrenos de los Sres. Alvarez-Quintero, ansioso de chistes relampagueantes y sediento de placideces luminosas. Cuando los dos distinguidos escritores le complacen, dijérase haber sido contra su propia voluntad. Los Sres. Alvarez-Quintero no renuncian á sus escarceos sentimentales de vez en cuando, y á sus sermones pedantescos. La evidencia nos dice, sin embargo, que por el sentimentalismo caen siempre en lo cursi, y por el pretendido transcendentalismo en la vulgaridad. No importa. Para ellos, por lo visto, lo cómico es cosa de poco más ó menos, y lo esencial

es ponerse serio á toda costa. El glorioso caudal de sus comedias y sainetes, de tan fino gusto, de tan sana alegría — *El patio*, *Los borrachos*, *La mala sombra*, *Las de Cain* — lo cambiarían, sin duda, por haber escrito *La pasionaria*.

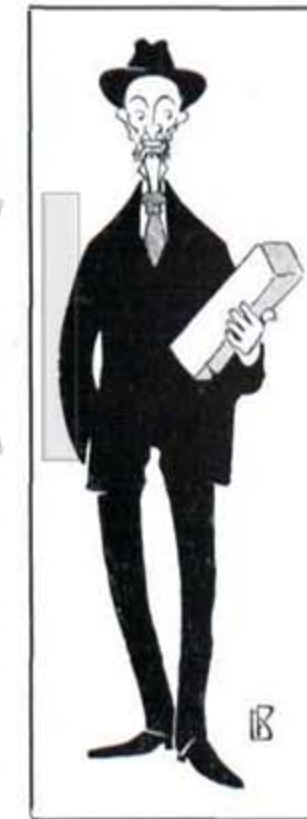
Cuando los señores Alvarez-Quintero se ponen serios, hay que echarse á temblar. Y va ya repitiéndose este caso con frecuencia excesiva. Si no han conseguido destruir á

los ojos del público su prestigio anterior, ha sido porque éste es muy sólido, no porque ellos dejaran de hacer todo lo posible para destruirlo, ya con obras insinceras en la escena, ya con dimes y diretes en los periódicos.

La última y más culminante equivocación de los hermanos Alvarez-Quintero ha sido *Los Leales*, que estrenó la compañía de Nieves Suárez, en el Teatro Español, pocas noches ha. Es un verdadero derroche de filosofía barata, sensiblería de melodrama y erudición á la violeta. El pensamiento fundamental de la obra, ó sea el de recobrar la dicha por medio del trabajo, á esfuerzos de nuestra propia voluntad, ya sirvió de base á varias, á muchas producciones novelescas y dramáticas de Galdós. Cuando los señores Alvarez-Quintero recogen hoy la idea, ya ha pasado al dominio público. Es un tema escénico muy manoseado. La acción amorosa de *Los Leales* es burguesita y candorosa, como en todas las obras de los mismos autores; todo se reduce á unos novios que al fin se casan, como en los buenos tiempos de Eguilar. Finalmente, los personajes de *Los Leales* no cesan un instante de abrumarnos con citas de

poetas y filósofos: « Ha dicho el P. Feijóo... » « Bien dice el Romancero... » « Como afirma Voltaire... » « Como dijo el poeta ». Y para que no dudemos de su cultura artística, nos colocan la historia de Ribera en el primer acto, y una romanza de Beethoven en el segundo... Nada tan amanerado y tan con arreglo á receta como *Los Leales*.

Don Adelardo Leal vive con su padre Don



El Sr. Gimbernat, en "Los Leales".

Rodrigo, con su hermano Don Doroteo, y con sus hijos Rodriguito, Cristina, Lucita y Teresa. Escribe Don Rodrigo, septuagenario, de espíritu burlesco, las memorias de su vida, y le suelta cuatro frescas á todo el que se pone á su alcance. Presume de erudición Don Doroteo, y adquiere su sabiduría en los almanaques de pared: por si los propios autores no nos hubieran abrumado ya con innúmeras citas en prosa y verso, aún añade él otras. Rodriguito no tiene personalidad: un señorito ocioso y frívolo.

Cristina, enamorada como una modistilla de folletín, escucha los falsos arrullos del joven Don Félix, diputado ambicioso. Lucita, alma alegre, es un rayo de luz entre tantas sombras. Teresa, con vocación de monja, sueña solamente en el convento.

El socio de Don Adelardo Leal ha robado á éste toda su fortuna, y huido con ella. La víctima, en una larga escena, vista mil veces en el teatro, declara á los allegados su ruina. Todos quedan amilanados, menos el viejo Don Rodrigo, que animosamente les exhorta á rehacerse por el trabajo.

Los Sres. Alvarez-Quintero, en sus comedias de pretensiones, cuando se les agota el tema dramático— que suele ser pronto— apelan al recurso de traer á escena personajes episódicos de sainete. Están en su derecho y, por lo general, se lo agradece el público.

En *Los Leales*, acuden al mismo procedimiento. Lo malo es que esta vez no les ha acompañado la gracia, como en tantas otras ocasiones, y su buen gusto no les ha limitado á ponernos al habla con tipos levemente sainetescos. No. Los advenedizos de ahora son figuras grotescas de *vaudeville*. Una familia ridícula compuesta de padre, madre é hija. El padre es un andaluz que estuvo largo tiempo en la América del Sur, habiéndosele pegado el tonillo y los modismos de por allá. La madre, una señora estafalaria. La niña, una imbécil. Y el novio de la chica es el propio Don Félix, como ya habréis supuesto. ¡Ah, infame! Dejó á Cristina por pobre, y quiere á ésta por rica. La casualidad, factor importantísimo en las comedias, y más todavía en los melodramas, ha dispuesto

el encuentro de Cristina con Don Félix en casa de la novia de éste, á la cual viene á dar la Srta. Leal lecciones de música.

En el acto tercero, la pintoresca familia futura de Don Félix ha desaparecido ya de la escena, completamente. Su presentación al público había sido un episodio de relleno, nada más. Volvemos á convivir con los Leales, que todos ó casi todos trabajan. Don Adelardo trafica en abanicos y objetos de arte. Lucita quiere representar comedias ó escribirlas. Rodriguito ha puesto sala de armas. Cristina enseña á tocar al piano. Y así viven todos alegres y dichosos, viniendo á completarse esta felicidad con la unión de Cristina y Gustavo Luque, un joven pintor que ya la quería en el acto primero, que se marchó después á París, y que gracias á una estratagemata ingeniosa de Lucita ha vuelto á la Corte de España, sin olvidar jamás á su antigua adorada, ni por un momento.

Es larga, pesada y cursi esta comedia. Los incondicionales de los señores Alvarez-Quintero aplaudieron benévola y largamente, llamándoles muchas veces al tablado. Después salían bostezando del teatro.

El público parece haber desertado del Español.

Los intérpretes, en sus papeles deslucidos, trabajaban como de mala gana. Nieves Suárez, siempre tan graciosa y risueña, no podía convencernos con las sensiblerías de Cristina. Santiago y Sepúlveda hicieron reír de tarde en tarde. La Srta. Palou fué la más acertada: cierto que su papel de Lucita era el más atrayente.

¿Querrán darnos pronto los señores Alvarez-Quintero algo verdaderamente *suyo*, regocijado y sincero, para quitarnos de la boca este mal sabor de *Los Leales*? Dios lo haga.

En el Teatro Lara hemos aplaudido una linda comedia de dos jóvenes literatos, que no habían tanteado el teatro hasta ahora. Se titula: *En familia*. Los autores son Don



El Sr. Sepúlveda, en "Los Leales".



Las Stas. Suárez y Palou y el Sr. Santiago, en "Los Leales".

Alberto Insúa y Don Alfonso Hernández Catá. Ni el uno ni el otro te son desconocidos, amable lector.

La fecundidad de Insúa produce asombro. En plena juventud, tiene ya un abundante caudal de novelas. Su inclinación al naturalismo es notoria. A veces, se le comparó á Felipe Trigo. La comparación me parece injusta, porque Insúa escribe en excelente castellano.

Alfonso Hernández Catá es un escritor todo ironía, sutileza y espiritualismo. Sus condiciones y las de su hermano político Alberto Insúa son muy desemejantes. Así se complementan mutuamente, y el resultado de su colaboración es más satisfactorio.

En familia ha gustado mucho. En conjunto, es obra entretenida y agradable. Se hace simpática por su optimismo y por su sencillez. Tiene, además, aciertos aislados de gran belleza. Sin viejos artificios de teatro, los noveles autores saben dar la emoción.

Quizás hablan excesivamente los personajes, y alguno de ellos demasiado bien, pero se les perdona por la verdad del ambiente, por la sinceridad de las emociones, y,

en fin, por la bella totalidad de la comedia.

El asunto es brevísimo. Un muchacho de humilde origen, pero de muy buena educación, ha ingresado en la carrera consular, y, antes de partir para el extranjero, quiere volver á ver su pueblecito gallego, que abandonó de niño. Los parientes ricos preparanle el debido agasajo, é intentan, ante todo, evitarle la molestia de los parientes pobres. Llega Julio, y pronto se ve que sus inclinaciones no están de acuerdo con los preparativos que se le han hecho. Su rústica familia le encanta. Se enamora de una prima suya campesina, y resuelve casarse con ella. Es un joven sincero y noble, que siente profundamente el amor de la tierra y de la casta.

En familia nos permite esperar de Insúa y Catá otras comedias más estimables aún, ó igualmente estimables, cuando menos. El público la ha aplaudido mucho y de muy buena gana, como ya dicho queda.

Santiago Rusiñol ha estrenado en la Princesa *La Virgen del Mar*. Es un acto poemático, no sólo de grande interés teatral, sino también de grande interés pintoresco. La curiosidad se sobrepone á la emoción, si he de hablar francamente. El ingenio del autor (no en el sentido de la gracia, sino en el amplio concepto de la palabra) predomina sobre el sentimiento. Como todas las producciones dramáticas de Rusiñol, me parece más cerebral que sentida. No es negar su mérito. *La Virgen del Mar* está compuesta con arte, escrita con amenidad, é inspirada en esta idea simpática: « No le quitamos al pueblo la fé, porque es la ilusión y la dicha ».

Un marino incrustó en su barco la estatua de madera de una mujer, ya muerta, á quien había amado mucho. Zozobra el buque, y las olas empujan la escultura á las rocas de un pueblecillo costero catalán. Los habitantes de éste creen haber descubierto una imagen santa. La Virgen del Mar la llaman, y la ascienden al altar de una ermita. El antiguo marino viene de luengas tierras para adorar á esta Virgen milagrosa. ¿Cuál no será su sorpresa al encontrarse con el retrato de la mujer amada? Y he aquí el caso de conciencia: ¿Debe sacarles del engaño á los pueblerinos, ó no? ¿El valor de la imagen es por lo que era antes, ó por lo que es ahora? ¿Debemos mirarla como un ídolo, ó como un símbolo?

La Virgen del Mar hace un milagro: cura á una alucinada. El marino contempla el caso, y no trata de discutirlo. Calla su secreto, y deja en paz á los habitantes del pueblo costero, con el consuelo de su fé en la Virgen del Mar.

El periodista Antonio Viergol, aplaudido autor de *Casa de almas*, *Ruido de campanas* y *Las bribonas*, ha estrenado dos zarzuelas en estos últimos días, una en Apolo y otra en Martín, con muy distinto resultado. *La copla de amor*, en Apolo, duró dos noches: á la segunda representación fué indispensable retirarla del cartel. *La hija del guarda*, en Martín, ha obtenido gran éxito.

El asunto de *La copla de amor*, libreto de tendencias melodramáticas, presentaba ciertas semejanzas con la historia amorosa de la artista de variedades, Pastora Imperio, y el matador de toros, el Gallo. Por lo menos, el público se aferró á verlo así, por tratarse del idilio de un torero con una bailarina. Y ello bastó para que la obrita fuera recibida hostilmente.

La hija del guarda es un juguete cómico de enredo y puro pasatiempo. Con hacer reír al público algunas veces, ha cumplido holgadamente su misión en el mundo.

Respecto de los colaboradores musicales de Viergol en estas nuevas andanzas, puede afirmarse que la partitura de Valverde y Foglietti en *La copla de amor* era vulgarísima, y la labor de Calleja en *La hija del guarda*, aunque más agradable, no vale mucho más.



La Sta. Alba, en "En Familia".

Maria Guerrero y Fernando Diaz de Mendoza darán pronto tres funciones en Roma, invitados por el Comité constituido para estrechar los lazos de simpatía entre Italia y España. Seguramente allí, como en todas partes, contribuirán á enaltecer nuestro prestigio artístico en gran-

des proporciones. Su ausencia durará una semana. Al volver, reanudarán las representaciones en el Teatro de la Princesa, donde prolongarán la temporada hasta el 4 de mayo. No embarcarán para Buenos Aires hasta julio.

Cuando en el Teatro de la calle del Marqués de la Ensenada cesen de funcionar la Guerrero y Diaz de Mendoza, hará su primera presentación ante el público de Madrid la famosa actriz catalana Margarita Xirgu. Dará, á contar desde el 9 de mayo, quince ó veinte funciones. El programa no está resueltamente determinado aún. Solamente se sabe, que las tres grandes esperanzas de Margarita Xirgu son éstas: la *Salomé*, de Wilde; la *Electra*, de Hoffmannsthal; y la *Magda*, de Sudermann.

Nuestra curiosidad por conocer á la Xirgu es enorme. De ningún artista hemos tenido referencias tan contradictorias. Quién nos la presenta como una nulidad, quién



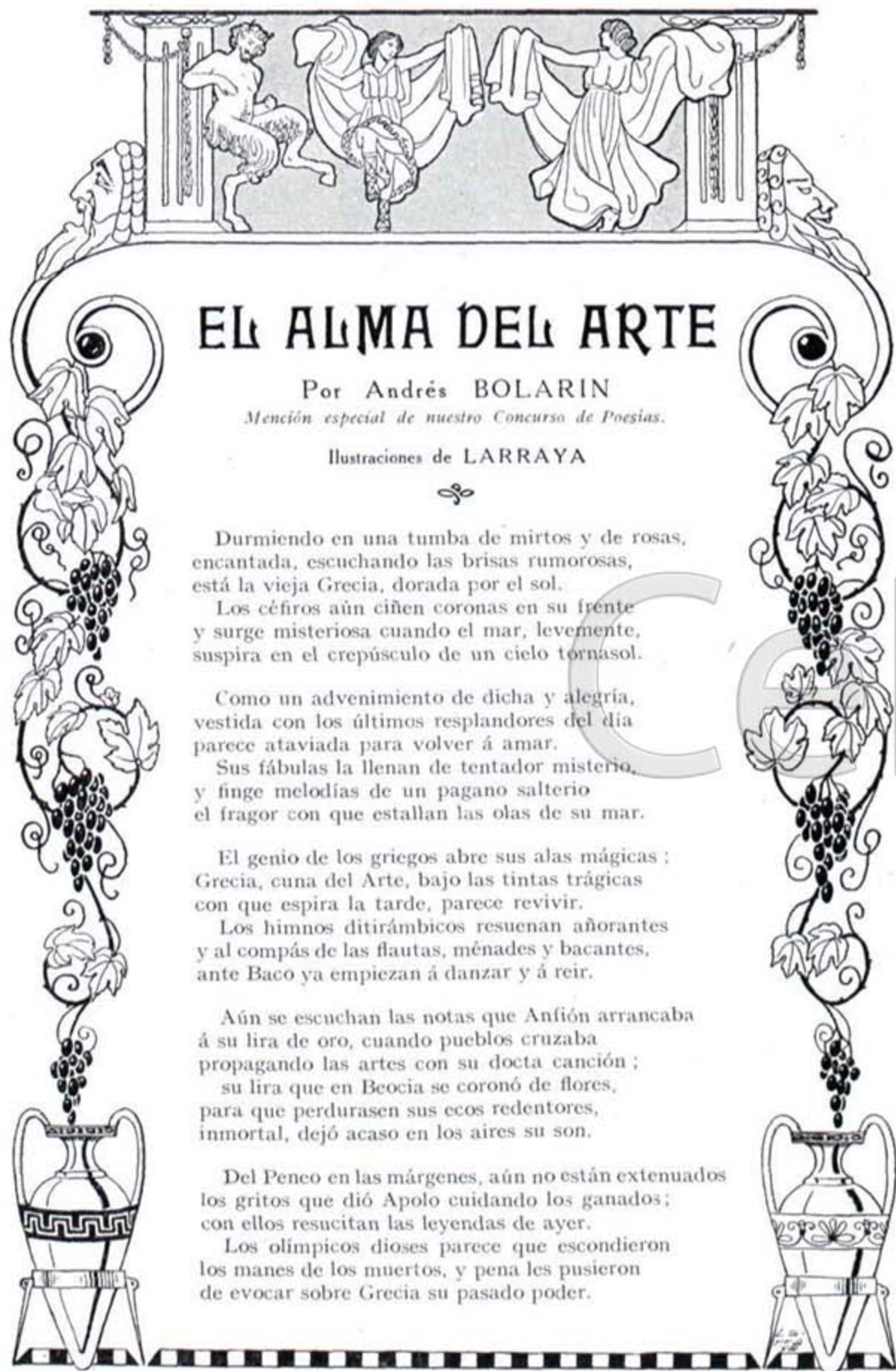
Las Stas. Bárcenas y Pardo y el Sr. Manrique, en "En Familia".

como una maravilla. Las críticas de la prensa argentina y uruguaya tampoco estuvieron unánimes. Necesitamos aclarar el misterio por nuestro propio y único testimonio. De ahí nuestras impaciencias. Por lo pronto, según parece, el temperamento singular de la Xirgu la inclina á convertirse en paladín del teatro moderno. Aspira á dar una mayor

amplitud al arte escénico, y á no retroceder ante ninguna audacia. Esto ya es algo. A poco que las condiciones personales ayuden, puede ser muchísimo.

Ricardo Hatare





EL ALMA DEL ARTE

Por Andrés BOLARIN

Mención especial de nuestro Concurso de Poesías.

Ilustraciones de LARRAYA



Durmiendo en una tumba de mirtos y de rosas, encantada, escuchando las brisas rumorosas, está la vieja Grecia, dorada por el sol.

Los céfiros aún ciñen coronas en su frente y surge misteriosa cuando el mar, levemente, suspira en el crepúsculo de un cielo tornasol.

Como un advenimiento de dicha y alegría, vestida con los últimos resplandores del día parece ataviada para volver á amar.

Sus fábulas la llenan de tentador misterio, y finge melodías de un pagano salterio el fragor con que estallan las olas de su mar.

El genio de los griegos abre sus alas mágicas : Grecia, cuna del Arte, bajo las tintas trágicas con que espira la tarde, parece revivir.

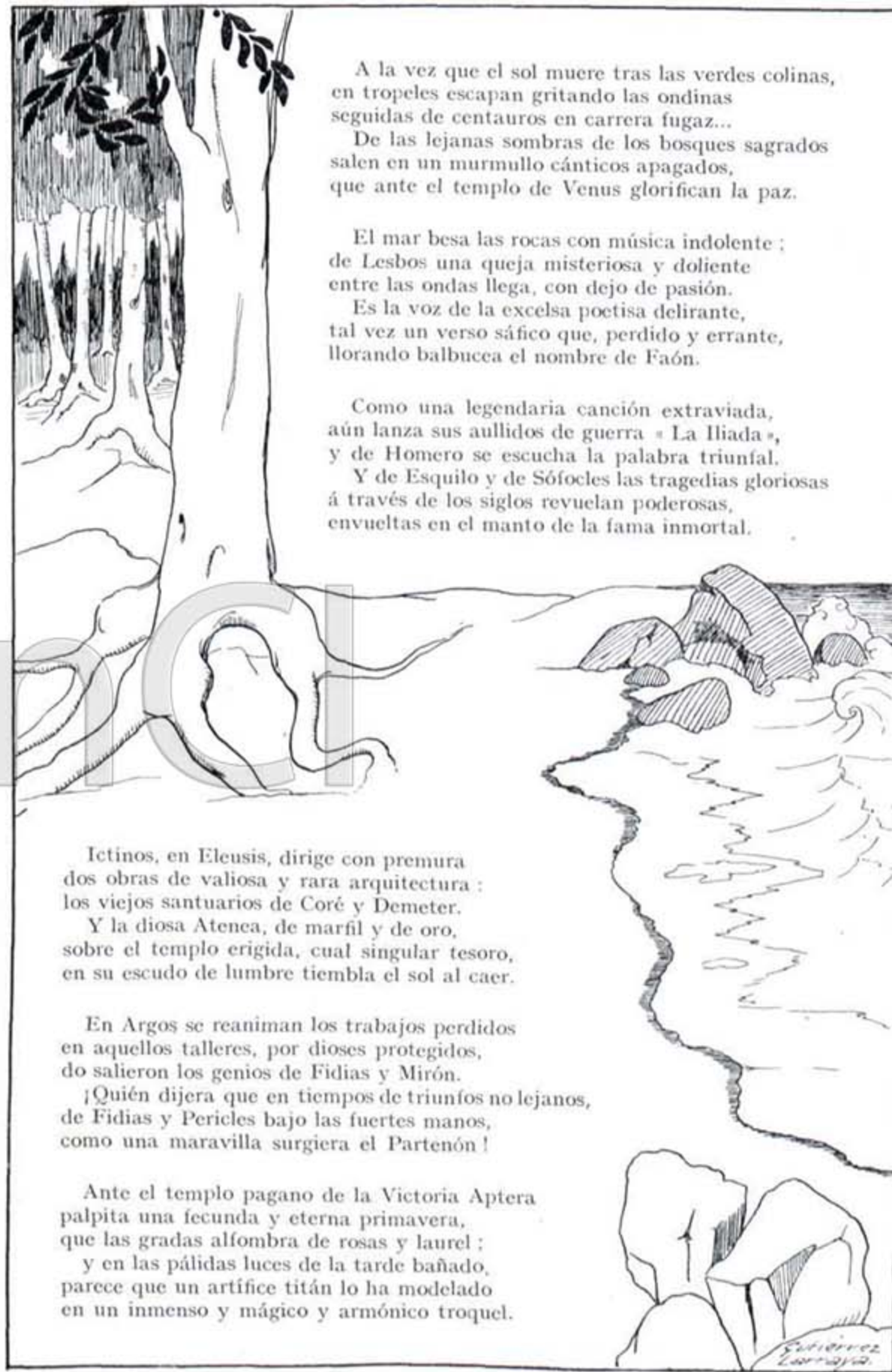
Los himnos ditirámicos resuenan añorantes y al compás de las flautas, ménades y bacantes, ante Baco ya empiezan á danzar y á reir.

Aún se escuchan las notas que Anfión arrancaba á su lira de oro, cuando pueblos cruzaba propagando las artes con su docta canción ;

su lira que en Beocia se coronó de flores, para que perdurasen sus ecos redentores, inmortal, dejó acaso en los aires su son.

Del Peneo en las márgenes, aún no están extenuados los gritos que dió Apolo cuidando los ganados ; con ellos resucitan las leyendas de ayer.

Los olímpicos dioses parece que escondieron los manes de los muertos, y pena les pusieron de evocar sobre Grecia su pasado poder.



A la vez que el sol muere tras las verdes colinas, en tropeles escapan gritando las ondinas seguidas de centauros en carrera fugaz...

De las lejanas sombras de los bosques sagrados salen en un murmullo cánticos apagados, que ante el templo de Venus glorifican la paz.

El mar besa las rocas con música indolente ; de Lesbos una queja misteriosa y doliente entre las ondas llega, con dejo de pasión.

Es la voz de la excelsa poetisa delirante, tal vez un verso sáfico que, perdido y errante, llorando balbucea el nombre de Faón.

Como una legendaria canción extraviada, aún lanza sus aullidos de guerra « La Iliada », y de Homero se escucha la palabra triunfal.

Y de Esquilo y de Sófocles las tragedias gloriosas á través de los siglos revelan poderosas, envueltas en el manto de la fama inmortal.

Ictinos, en Eleusis, dirige con premura dos obras de valiosa y rara arquitectura : los viejos santuarios de Coré y Demeter.

Y la diosa Atenea, de marfil y de oro, sobre el templo erigida, cual singular tesoro, en su escudo de lumbre tiembla el sol al caer.

En Argos se reaniman los trabajos perdidos en aquellos talleres, por dioses protegidos, do salieron los genios de Fidias y Mirón.

¡Quién dijera que en tiempos de triunfos no lejanos, de Fidias y Pericles bajo las fuertes manos, como una maravilla surgiera el Partenón !

Ante el templo pagano de la Victoria Aptera palpita una fecunda y eterna primavera, que las gradas alfombra de rosas y laurel ;

y en las pálidas luces de la tarde bañado, parece que un artífice titán lo ha modelado en un inmenso y mágico y armónico troquel.

Larraya



El teatro de Dionisio, vasta mole de piedra
donde prende sus brazos amorosos la hiedra,
ante los cielos se abre cual ancho tragaluz ;
y cerca, los Propíleos, estrechos y apretados,
salvando en la colina los altos escarpados
se tienden cual un largo fantasma hecho de luz.

Mas allá está la Acrópolis, soberana gigante
que se eleva en la cumbre, triunfal, desafiante,
dominando orgullosa, llena de majestad ;
admirable conjunto de inmensas proporciones
que cuajado de innumerables y ricas creaciones
eleva hacia las nubes su compacta unidad.

¡ Oh, Grecia soberana, la reina de los mundos !
Tú formaste los hijos más sabios y fecundos
que adornaron tu frente con palmas de laurel.
A ellos debes tu espíritu donde el Arte flamea,
que ellos te consagraron la madre de la idea.
Con Fidias nació Atenas á punta de cincel.

De Ti brotaron formas de un acabado estilo
cual la Venus de Médicis y la Venus de Milo,
esas dos maravillas, del mundo admiración ;
en Ti nació la línea y en Ti nació la gracia
en los inimitables pliegues de Samotracia,
modelo sacrosanto de vida y expresión.

Tus templos más hermosos, tus estatuas más bellas
fueron como una ráfaga refulgente de estrellas
que adornaron el manto de tu noche sin fin ;
y tu fama, tu gloria y tus sabios acentos
volaron en las alas sonoras de los vientos
como santa semilla, de confín á confín.

Aunque una vez sintieras en horribles momentos
la venganza de Sila sobre tus monumentos
y el caer de Alarico por destruirte más,
Tú vives ¡ madre Grecia ! sobre todas las cosas,
pues dejaste cual huellas de tus plantas gloriosas
una sublime estela de inspiración detrás.



No acabaron las razas de despojar tus lares,
que aún gimen con nostalgia tus rumorosos mares
donde flota el espíritu de las glorias de ayer.

Tú fuiste alma del Arte, madre de la poesía,
maestra de la línea, doctora en armonía,
cátedra de los sabios y musa del taller.

En Ti latió el pagano corazón de una era :
Tú eres una fecunda y eterna sementera
que en los siglos prodigas los granos á raudal.

Tu manto lleva el timbre del soberano estilo ;
sólo la incomparable maravilla de Milo
te consagró ante el mundo como madre inmortal.

Durmiendo en una tumba de mirtos y de rosas,
encantada, escuchando las brisas rumorosas,
está la vieja Grecia como en tiempos de ayer.

Y á la luz del crepúsculo que de sangre se enciende,
el desastre romántico de sus ruinas se extiende
con un raro misterio que la hace renacer.

¡ Oh, Grecia !... Ya ¿ qué queda de tus glorias pasadas ?
¿ dónde fueron tus diosas de laurel coronadas ?
¿ qué fueron de tus dulces imperios de ilusión ?
¡ Pasaron por tu suelo las plantas extranjeras,
y cayeron rodando las estatuas primeras
al tiempo que caía muerto tu corazón !



LAS CANTERAS DE MÁRMOL EN LOS ANDES

Por Julio LOBO TOLEDO



I

A los aficionados á los climas tórridos parecerá indudablemente hazaña, la excursión cuyo relato constituye la primera parte de este artículo, excursión que si no lo es precisamente al Polo, lo es á la Cordillera de los Andes, y en una latitud tan austral, que, para subir á cuatro mil setecientos metros, se necesita, por cierto, mucha mayor resistencia que para llegar á igual altura en otros parajes de la Cordillera, como los del Ecuador ó del Perú, en donde las poblaciones se forman hasta á los tres mil metros sobre el nivel del mar.

Partimos de Valparaíso aprovechando el buen tiempo de la estación, que se conserva hasta ya entrado Mayo.

Al día siguiente salíamos de Los Andes, ciudad situada al pie del Aconcagua, tomando desde este punto ruta directa á la Cordillera. Viajábamos por medio del ferrocarril que va á la Argentina, y él nos condujo hasta un punto próximo al Juncal. Allí, en un paradero improvisado, se detuvo el tren para que descendiéramos, no sin dificultad, por estar la vía, en tal sitio, entre un túnel y un puente.

Los grandes bloques de piedra blanca, y los sacos de yeso, nos señalaron pronto cuál era el sitio en donde debíamos tomar nuestras malas para internarnos en la Cordillera, pues

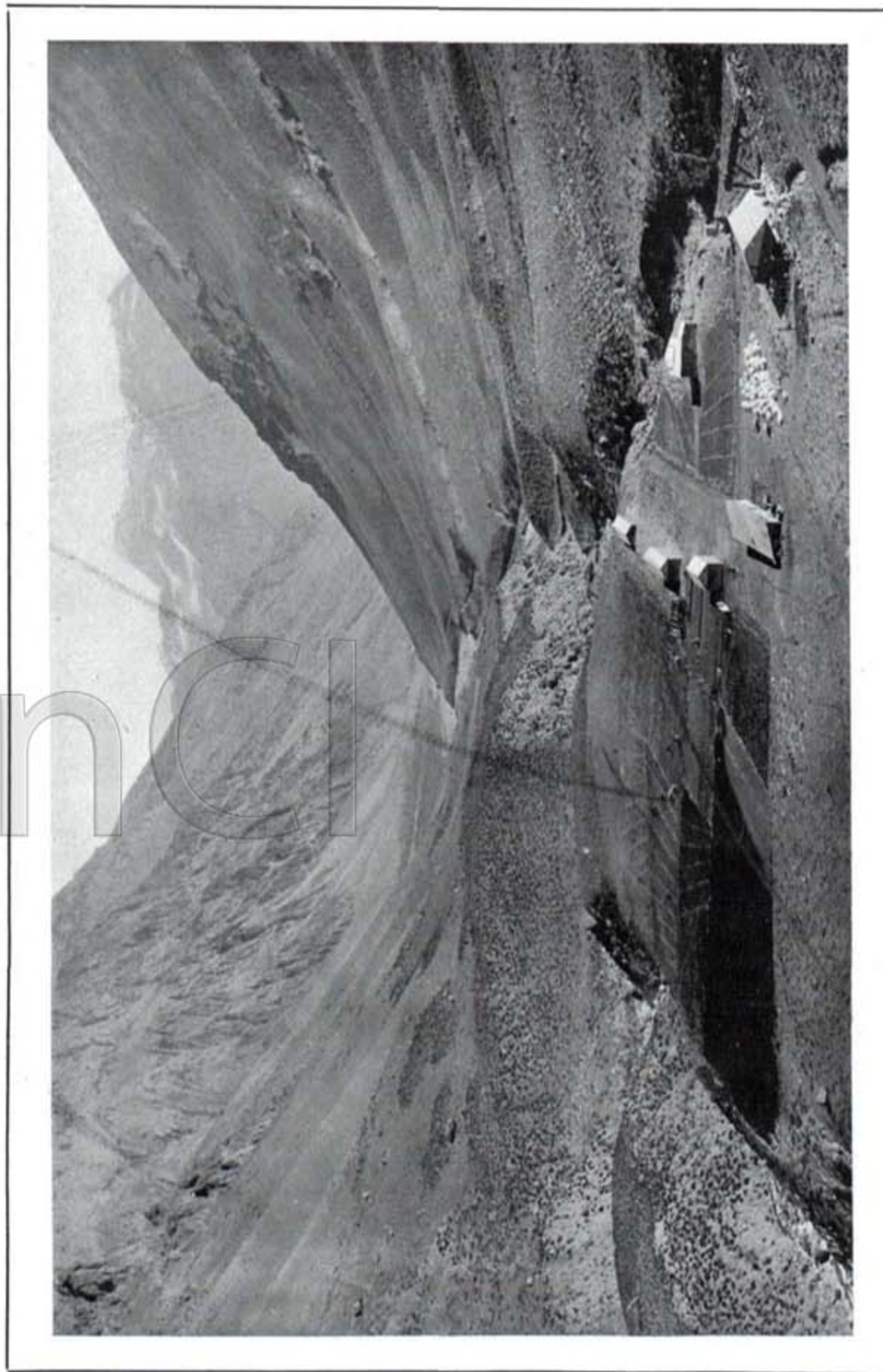
el objeto de la excursión era el reconocer los yacimientos de mármol que existen á más de cuatro mil metros, y explorar al mismo tiempo, aprovechando el viaje y la bonanza, los picachos andinos próximos al Aconcagua. Esto último, por mero placer de ganar aquellas cumbres.

Los cortos instantes en que el tren se detuvo, los aprovechamos en despedirnos de algunos viajeros argentinos, y entregarles trocitos del mármol que ahora comienza á explotarse, y que ellos deseaban llevar como muestras á Mendoza.

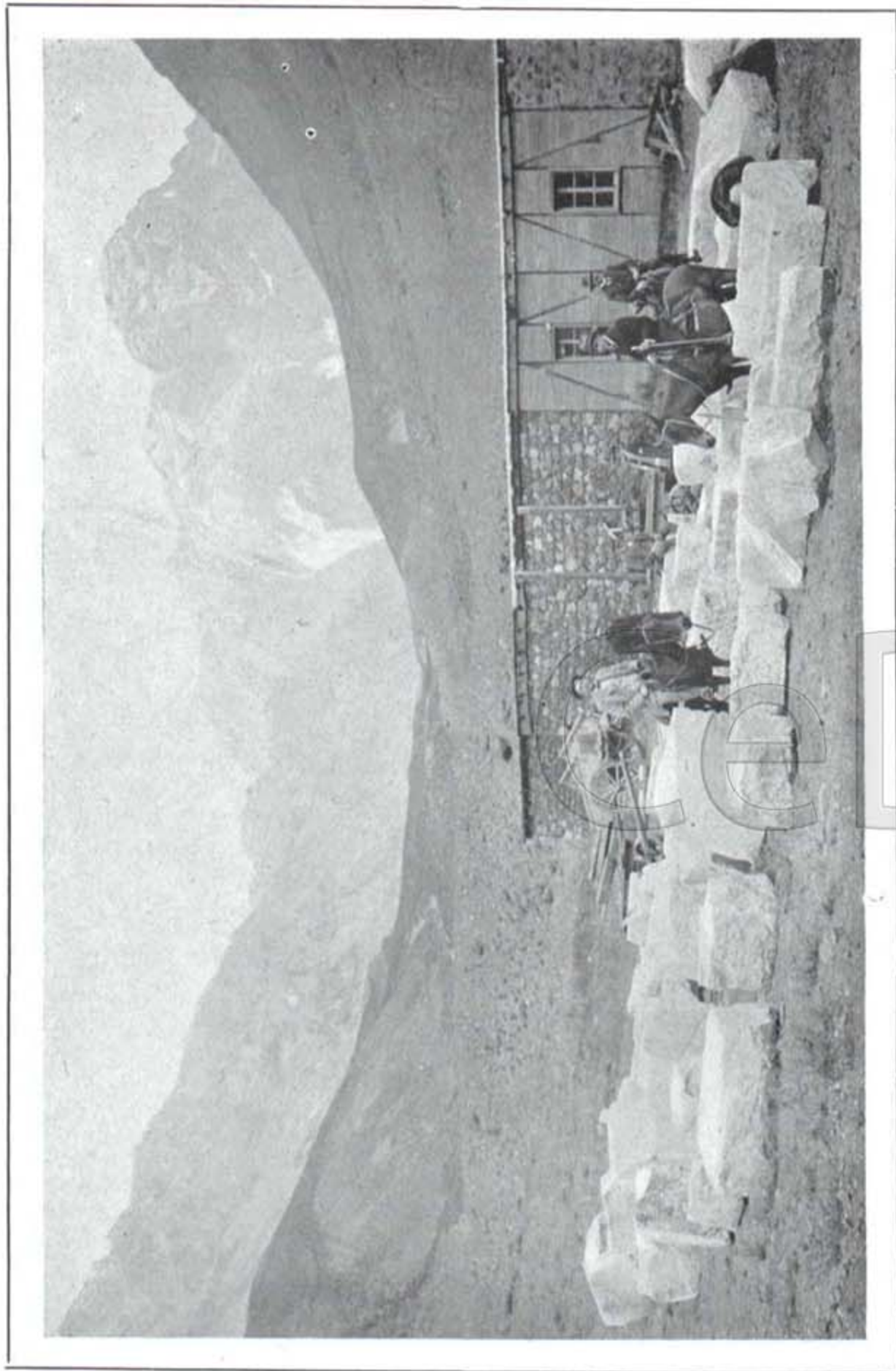
Partió el tren, y partimos á la vez nosotros en las mulas con que nos aguardaban. Después de dos horas de reposado camino, como corresponde á jinetes poco campechanos, llegamos al campamento que se ha formado por la compañía que explota los mármoles, no teniendo por tanto que valer nos en mucho de nuestros bártulos alpinos.

Al siguiente día, nos dirigimos de madrugada hacia las canteras de mármol, que se encuentran á una altura de más de cuatro mil trescientos metros.

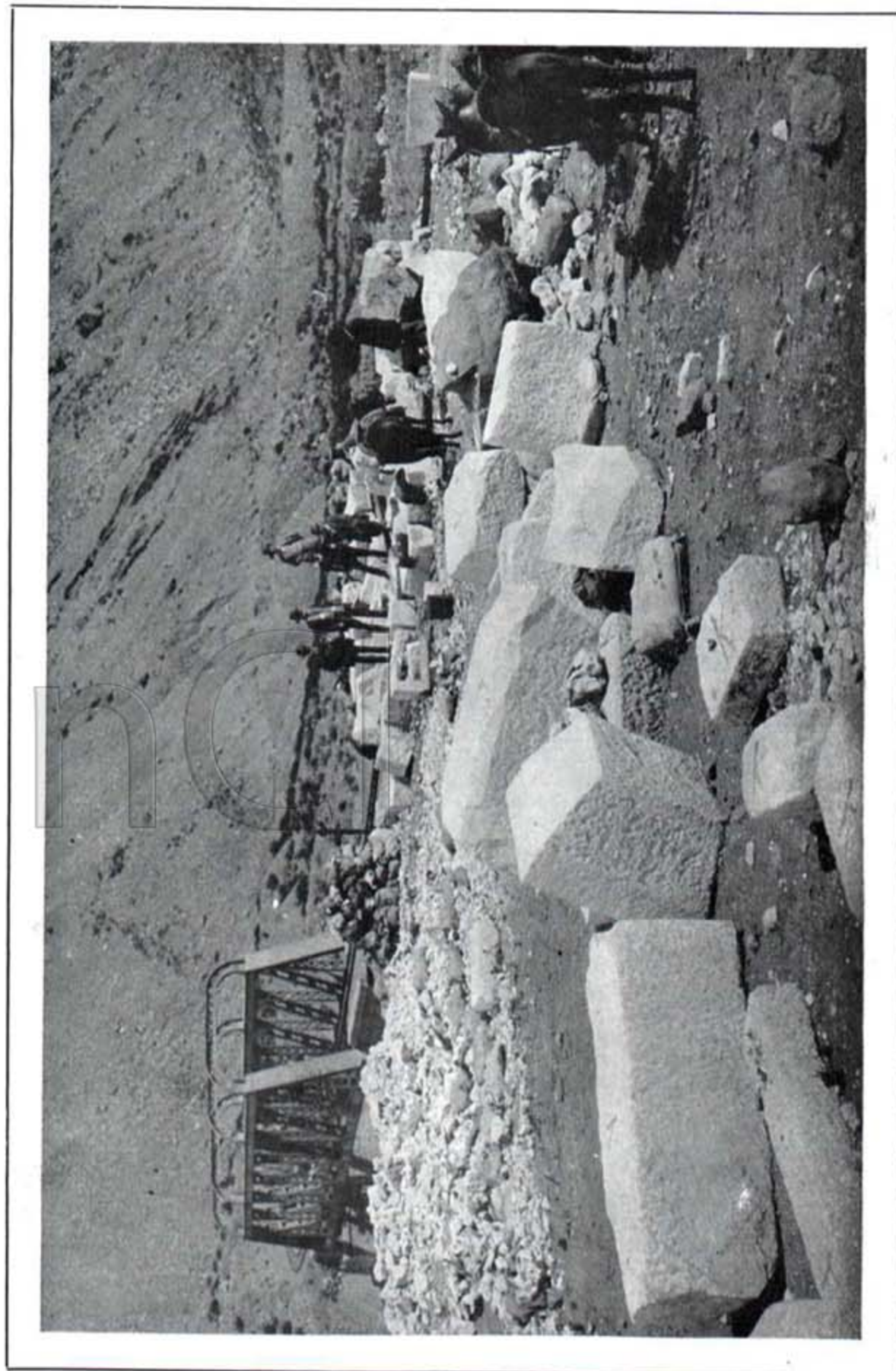
Durante las primeras horas de camino, hubimos de admirar los adustos pero magníficos paisajes de la cordillera; los enormes cerros situados á uno y otro lado del vallecito por el cual caminábamos; los riachuelos, helados en parte, cuyas aguas brillaban como la nieve de las cumbres; las gran-



Un campamento de la Compañía explotadora de los mármoles, á vista de pájaro.



Improvisados talleres, donde equipos de obreros



cortan el mármol antes de expedirlo.



Dos grandes bloques de piedra blanca.

cuya localidad este comercio es habitual, según pude informarme, no encontré en mis viajes por los demás países del Sur y del Pacífico otra muestra de actividad, á pesar de existir en el Uruguay, en la Cordillera argentina y en Chile, yacimientos de cuarzo y de ágata en numerosas regiones.

En el Uruguay, especialmente, y hacia la frontera del Brasil, tuve ocasión de ver enormes trozos de ágata. Una especie de esta piedra, con vetas azules y blancas, de una belleza verdaderamente soberbia para aplicaciones industriales, abundaba extraordinariamente.

No se aprovechan estas riquezas que la naturaleza ofrece pródiga, porque se las desconoce, ó porque no se las solicita, y tal vez, porque los pueblos europeos se contentan con la explotación que les ofrecen sus países coloniales.

En Chile, en la Cordillera del Aconcagua, he visto recientemente, visitando unas canteras de mármol, yacimientos de ónix, cuyo filón, apenas desflorado, no se atrevían á proseguir los mineros á causa de la dureza de la piedra, circunstancia que hacía especialmente difícil su trabajo. Y más lejos había mármol negro, de compacto grano durísimo, capaz de sustituir con ventaja á la piedra casi agotada ya de Carrara.

Así pues, son muchas las riquezas de los países de América, países en los cuales sobra libertad y faltan iniciativas industriales. Estos países absorben sus energías en el mejor de los casos — cuando las revoluciones no las consumen — en el desarrollo de sus industrias ya conocidas. Y en razón del crecimiento de éstas, diríase que se alejan los horizontes nuevos. No preocupa á la Argentina su Cordillera plétórica de tesoros, dedicada como está por entero al cuidado de sus ganados y de sus cosechas. No preocupan al Uruguay sus yacimientos mineros de la Sierra y la frontera, ocupado como está en la producción del tasajo vacuno, que se exporta cada año, para aportar libras esterlinas á la plaza de Montevideo.

Y, en fin, no preocupan tampoco á Chile sus mármoles y su cobre, y en cambio concede todo su esfuerzo al salitre, que constituye el 76 por ciento de su renta aduanera.

No se atiende á formar horizontes nuevos en estos países, y esto es sensible, porque las industrias nuevas, que son la riqueza del porvenir, se desnacionalizan y emigran, aportando sus rendimientos á aquellos otros países que se han guiado siempre por un ilimitado espíritu de conquista comercial.

EL TANGO Y LA IGLESIA



Le clergé l'abhorre...



Le pape l'honore, et...



L'Eternel l'adore!

(Le Rite.)

Elegancia Masculina



La Primavera trae consigo modas nuevas. Las prendas de vestir, en general, tienden a ser más ajustadas.

Vamos, pues, a volver a nuestra verdadera forma, esto es, a la silueta elegante, de gran actitud; y por tanto, esta Primavera veremos pantalones más estrechos, chaquetas más ceñidas al cuerpo, espaldas más anchas, mangas más estrechas, en una palabra, volver un poco a los vestidos antiguos, a la elegancia griega, que creó más tarde la elegancia Franco-Inglesa; porque no hay que olvidar que la moda ha salido siempre de París, y que apropiándose la conformación inglesa ha obtenido algunas veces una línea más fina, pero menos modelada que las de nuestros elegantes franceses.

La primera prenda que se impone es el gabán. El gabán que se hacía en 1864-65: he aquí el abrigo soñado. Un poco suelto, nada ajustado, con grandes vueltas de seda hasta abajo, tal era el gabán que nuestros elegantes llevaban en las carreras de caballos.

Allí estaba el conde de Lagrange, que ganara tantas veces el primer premio con su caballo Gladiateur. Era esta silueta tan parisense, este gentilhomme tan elegante y tan popular, que por entonces daba la nota de elegancia.

Era preciso haberle visto vestido con su levita azul sobre un pantalón gris, el gabán beige claro y el sombrero de fieltro gris. Este gabán estaba adornado con una rosa de Francia; y por su porte impecable, basado no sólo en su elegancia sino también en su compostura, era el gentilhomme más apreciado de todos los que a las carreras concurrían.

El abrigo que se lleva hoy es muy parecido al descrito, sólo que, como es necesario darle siempre una nota de actualidad, se le han agregado unas bridas por detrás, dándole así una cierta originalidad y más elegancia.



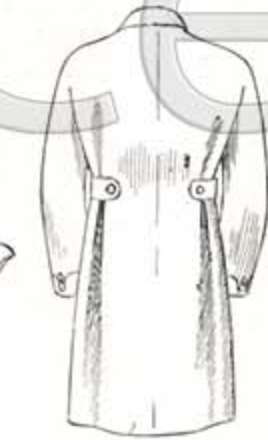
Nuevo sobretodo creado por Kriegck.
23, Rue Royale, Paris.

Aconsejamos para los gabanes los tonos claros: perla oscuro, beige, gris, sobre todo mezclado con azul ó con blanco, y con las vueltas de seda, de tono más fuerte.

Este gabán se llevará sobre una chaqueta abrochada con uno ó dos botones, según el gusto del elegante, pero corta de talla, un poco larga de faldones y muy ajustada, de manera que pueda disminuir un poco el volumen del cuerpo, porque como el gabán es algo ancho, no es necesario que las prendas de debajo sean también anchas.

Cuando el gabán haya desaparecido, veremos a los elegantes franceses ó ingleses volver a las antiguas tradiciones de elegancia, y no vestir los pantalones remangados y muy largos, para hacer creer que les placen los gustos neoyorquinos.

Volvemos a nuestros Muscadins, a nuestros Dan...dy, como decían los ingleses, pero más estrechos, guardando más armonía con las toilettes de nuestras elegantes, que en esta estación van a superar todas las modas por su refinado gusto. No tacharé esto de excentricidad, porque la excentricidad, en la moda de las mujeres, se denomina originalidad.



Me he dirigido a mis lectores, y por eso apenas si he dedicado algunas palabras a la moda femenina, que tal vez parecerán algo severas, porque hay momentos en que me es imposible resistir a la vista de elegantes tan lindas, de esas elegantes vestidas con una tal confusión de trajes, que lo mismo recuerdan los vestidos indios que los griegos antiguos, ó las grandes maravillas del Directorio.

NICOLAS KRIEGCK.

HABANOS DEL

MARCA REGISTRADA EN LA REPÚBLICA DE CUBA
ELABORADOS EN LA HABANA PARA
PICCARDO Y CIA. S. A.



GRAN CORONA

REY EDUARDO

CORONITAS

ARISTÓCRATAS

EXCEPCIONALES

LAS CINCO VITOLAS PREFERIDAS POR LOS FUMADORES ARGENTINOS



Despertar con brumas. por ABELLA VIERA. — O. M. Bertoni, *El arte*, Montevideo, editores.

Este lindo tomito de ciento setenta páginas es una agradable colección de poesías, que su autor, mimado por las Musas, ha publicado, para suavizar con su lectura dulce y emotiva las amargas realidades de la humana existencia. La espontaneidad de su verso corre parejas con la fecundidad de su ingenio.

Nimbos, por MARIA d'EÇA O' NEILL. — Viuda de Tanares Cardoso, editora, Lisboa.

La melancólica dulzura de su lira henchida, con suavidades profundas, el espíritu del que lee este hermoso ramillete de poesías, que el rico numen de esta poetisa portuguesa ha lanzado á la publicidad.

Odas, la Triste y otros poemas, por J. T. ARREAZA CALATRAVA. — Sociedad Editorial, L. Michaud, Paris.

El autor de *Canto á Venezuela* gana en esta obra una gran superioridad, sobre la potencia rítmica de sus composiciones. Es mucho más músico y más heterogéneo. Es un nuevo acierto ésta su última obra.

Tratados filosóficos: Séneca. — Sociedad Editorial, L. Michaud, Paris.

D. Pedro Fernández de Navarrete ha traducido, como él sabe, estos tratados del

gran filósofo cordobés, uno de los más grandes discípulos de Zenón en la Roma imperial.

David Copperfield, por C. DICKENS. — Sociedad Editorial, L. Michaud, Paris.

Esta obra, que es sin duda la más interesante del gran novelista inglés, por la amenidad de sus relatos y el seguro é inmejorable diseño de sus personajes, está traducida al castellano por M. R. Navas. Tiene un gran valor biográfico, porque encierra verdaderos hechos de la agitada vida del inmortal novelista.

Lindita, por MARCEL PRÉVOST. — Sociedad Editorial, L. Michaud, Paris.

La pureza del estilo llega á su más grande esplendor, en esta obra con que el ilustre académico nos cuenta la vida de Lindita. La obra está ilustrada por G. Villa, y traducida al castellano por G. Vivero.

En la paz de la aldea, por E. RICHARD LAVALLE. — Librería del Colegio, Buenos Aires.

Del éxito alcanzado por esta novela de Lavalle, se puede juzgar por esta segunda edición publicada por el autor, y editada en inmejorable papel y con gran pulcritud.

España en Marruecos, por el T. C. GONZALEZ CALVO. — Casa Editorial Maucci, Barcelona.

CASA de COMPRAS en PARIS y LONDRES

Sombrerería y Camisería

Humbert & Cia

Artículos de Viaje

Novedades para hombres

AVENIDA 18 DE JULIO Y ARAPEY MONTEVIDEO

Acaba de llegar á nuestro poder este libro que la casa Maucci, para satisfacer el interés despertado en América por la campaña de España en Marruecos, había encargado al jefe de Estado Mayor, Sr. Calvo. Abarca la acción militar y política, y está profusamente ilustrado y lujosamente encuadernado.

El zapato chino. por JUAN BARROS. — Imprenta Barcelona, Santiago de Chile.

Hermosa novelita escrita en momentos de amarga adversidad, y que el estilo del autor nos hace saborear con gran delicia.

Los nuevos, por ARMANDO DONOSO. — F. Sempere y C^a, editores, Valencia.

Está formado este libro por una serie de artículos, en los que el Sr. Donoso estudia á los más recientes é ilustres literatos de su patria. Su estilo es claro y muy acertados sus juicios. También hemos recibido la segunda edición de su obra titulada *Bilbao*, etc., y que ha editado con gran elegancia la Empresa *Zig-Zag*, de Santiago de Chile.

La Divina Comedia, de DANTE ALIGHIERI, narrada y explicada por el Dr. LA PIETRA.

— Editada por la Casa Maucci, Barcelona. Puede considerarse esta obra como la más perfecta que se ha publicado hasta la fecha, sobre la vulgarización de la colosal obra del Dante. Está ilustrada con hermosísimas láminas de G. Doré.

Los diez mandamientos, por E. FAGUET. — Viuda de Ch. Bouret, editora, Paris.

Bonita y elegante colección traducida por Carlos Docteur, y ricamente editada.

Colección "Vérité", seis volúmenes perfectamente editados por la « Edition de La Revue », Paris, cuyos títulos que encabezan sus páginas son: « La Morale sans Dieu », Los 36 Mandamientos de la Higiene, La Agonía y la Muerte de las Razas, La Vida en los Planetas, Un Hijo de Napoleón I, y Cuentos filosóficos, debidos á recomendadas firmas de escritores franceses.

LES PARFUMERIES DE

GABILLA

6, RUE ÉDOUARD VII
8, PLACE ÉDOUARD VII
USINES
203, RUE DE PARIS
-IVRY-

LE RÉVE DE GABILLA
LA ROSE DE GABILLA
FOLLE PASSION
TOUT LE PRINTEMPS
LES JEUX ET LES RIS
LA VIERGE FOLLE
LE BOUQUET DE GABILLA
XANTHO-MUSARDISES-MINNE
L'AMBRE DE GABILLA
LA VIOLETTE DE GABILLA ETC...

DE VENTA : EN MONTEVIDEO : Al por Mayor : Roch & Capdeville. Al Detalle : T. Corralejo y Cia ; Marabotto y Cia. — EN SAN SALVADOR (Salvador) : Casa Dreyfus, May y Cia.

Automovilistas!

Adaptad en las bocinas la maravillosa pera
EOLIEN "L'ETOILE"
en caoutchouc comprimido, cuya duración es,
comparada con los otros sistemas, á lo menos
cuádruple (garantía absoluta)

Y POSEEREIS EL APARATO IDEAL
EL MAS SOLIDO
EL MAS PRACTICO
EL MAS ELEGANTE



EOLIEN "L'ETOILE"

Para detalles, dirigirse á MUNDIAL MAGAZINE.
Para ventas al por mayor, al fabricante
E. KALKER
Manufactura general de caoutchouc.
LILAS, cerca de Paris (Francia).
Depósito en Montevideo:
JOSÉ AVALO Y Hnos. - Cerrito, 664.

Messine-Automobile
6^{me} Rue Treilhard
Tél. 558-09

ST^E G^{LE} DES AUTOMOBILES INDUSTRIELS
PARIS

Messine-Automobile
6^{me} Rue Treilhard
Tél. 558-09



Alquiler de Coches
de Gran Lujo
Garaje, Reparaciones, Cambios



Vehículos Berliet
Camiones, Omnibus
Coches de las mejores marcas

50%

DE MUZOMIA

CON EL EMPLEO

DEL PNEU

FABRICABLE

TIPO 1913



Despacho y almacén : 47, Rue Saint-Ferdinand, Paris

Teléfono : Wagram 66-44. Direc. Teleg. : Fabricable - Paris.

COMPTOIR NATIONAL d'ESCOMPTE DE PARIS

CAPITAL : 200 MILLONES DE FRANCOS

CASA CENTRAL : Rue Bergère, 14
SUCURSAL : 2, place de l'Opéra, Paris

Presidente del Consejo de Administración :
M. Alexis ROSTANG, C. *
Vice-Presidente Director : M. E. ULLMANN, O. *
Administrador Director : M. P. BOYER, *

OPERACIONES DEL COMPTOIR

Bonos a plazo fijo. Descuento y cobros negociación de cheques. Compra y venta de monedas extranjeras. Cartas de crédito, Ordenes de bolsa. Préstamos sobre Títulos, Cheques, Letras. Envíos de fondos a Provincias y Extranjero. Suscripciones. Custodia de títulos. Préstamos marítimos hipotecarios. Garantía contra los riesgos de reembolso a la par. Pago de cupones, etc.

AGENCIAS

41 Agencias en París.
16 id. en los alrededores.
180 id. en provincias.
11 Agencias en las colonias y países de protectorado.
12 Agencias en el extranjero.

ALQUILER DE CAJAS PARA CAUDALES

El Comptoir tiene un servicio de cajas para caudales a la disposición del público, 14, rue Bergère; 2, place de l'Opéra; 147, boulevard St-Germain; 49, avenue des Champs-Élysées, y en las principales agencias.

GARANTIA Y SEGURIDAD
ABSOLUTAS



COMPARTIMIENTOS DESDE
5 FCOS AL MES

BONOS A PLAZO FIJO

Intereses pagados sobre las sumas depositadas
De 6 a 11 meses. 1 1/2 0/0 | De 1 a 2 años..... 2 0/0
De 2 a 4 años..... 3 0/0

ESTACIONES BALNEARIAS

El COMPTOIR NATIONAL tiene agencias en las principales estaciones balnearias; estas agencias tratan todas las operaciones como la casa central y las demás agencias, de manera que los extranjeros, los turistas y los bañistas, pueden continuar ocupándose de negocios durante sus viajes.

CARTAS DE CREDITO PARA VIAJES

El COMPTOIR NATIONAL d'ESCOMPTE, expende Cartas de Crédito circulares pagaderas en el mundo entero por sus agencias y corresponsales; estas cartas de crédito van acompañadas de un cuaderno de identidad y de indicaciones, ofreciendo a los viajeros las mayores comodidades, al propio tiempo que una seguridad incontestable.

Salones (Administración central, 14, rue Bergère.
para los acreditados / Sucursal, 2, place de l'Opéra.

Las operaciones que trata el Comptoir con el Extranjero están centralizadas en un Departamento especial, que hace la correspondencia en los principales idiomas del mundo.

SIMIENES

de hortalizas y de flores

Especialidad de Céspedes
:: Simientes de forraje ::
:: Cebollas floridas ::

L. BOUVET

84, Rue du Faubourg-St-Denis

PARIS (10°)



ENVIO FRANCO DEL CATALOGO

Los Apartamentos amueblados DE LA ESTRELLA

Los más LUJOSOS - Los más CONFORTABLES

Se recomiendan a todas las personas de provincias ó del extranjero que se detengan en París una temporada

VINCENT - BOUZOU

DIRECTOR

7 et 10 bis, rue Anatole-de-la-Forge Paris (Etoile).

TELEFONO : 577-27



PIDASE EN TODAS PARTES
EL EXQUISITO

ANIS REQUENA

Gran diploma de Honor en la Exposición de Buenos-Aires 1910
Gran premio en la Exposición del Tibidabo - Barcelona 1911

REQUENA é HIJOS

TARRAGONA

(España).



ARTICULOS DE ARTE
EN HIERRO FORJADO
Y BRONCE

*
H. VIAN
HAAS & Cie Succ.
5, rue de Thorigny, 5
(Hôtel de Juigné)
PARIS
*
MARMOLES - BARROS
*
Especialidad en reproducciones de
modelos antiguos.

HOTEL AVENIDA

EL MAS GRANDE Y MAS IMPORTANTE DEL BRASIL. CAPAZ PARA ALOJAR A MAS DE 400 PERSONAS
... .. DIARIAMENTE

RIO DE JANEIRO

DIRECCION - AVENIDA

Muebles Higiénicos
JUNCO ESMALTADO ROTEN
Fabrica sin Sucursal
Manufacture Parisienne



Paseo de Gracia, 115, BARCELONA
Proveedores de la Compa Trasatlántica

**CRÉPE DE SANTÉ
RUMPF**

Exigir siempre esta marca de fábrica
Paris 1900. Fuera de concurso, Miembro de jurado.
La casa más antigua y apreciada en artículos para señoras, hombres y niños. Camisetas, camisolas (mangas cortas y largas) calzoncillos. Enaguas de hilo de Escocia, lana, y lana y seda.



De venta en todos los grandes almacenes y buenas casas

Representante para la exportación a los países de la América del sur

E.H.EPP, 94 Rue Lafayette PARIS

J. Borghans



AGENCIA GENERAL MARITIMA
PARIS # 32, rue d'Hauteville, 32 # PARIS

Tránsito, Seguros, Transportes á destajo.

Dirección teleg. general: "BORGHANS"

CASAS EN:
EL HAVRE, 24, quai d'Orléans.
AMBERES, 13, quai Jordans.
HAMBURGO, Dovenhof.

AGENTES EN:
BURDEOS, DUNKERQUE,
MARSELLA, LIVERPOOL,
LA PALLICE, GENOVA

SERVICIO ESPECIAL PARA LA AMÉRICA DEL SUR
Brasil, Argentina, Uruguay, Paraguay, etc.

Recepción á domicilio de las mercaderías, agrupamiento, embalaje, reexpedición, seguro y despacho de aduana, con facultad de pago á la llegada de las mismas.

ALIMENTACION .. YODADA ..

(Garantida sin yodismo)

Regenerador de la vida, del Abate Sébire

Antiguo Limosnero del Hotel - Dieu
de Abbeville.

¡ 20 VECES MAS NUTRITIVO
QUE LA CARNE !

Crea carnes, huesos, músculos, nervios, y substancia gris (Cerebro).

Este producto es el que con mayor eficacia sirve de base alimenticia á todos los enfermos sin excepción.

Es también un preventivo que conserva la salud.

Contiene: Algas y zoosteras marinas alimenticias en proporción de 20%, y leguminosas molidas en la de 80%.

¡ ES LA SALVACION
DE LOS DESESPERADOS !

Hace engordar á los Tuberculosos que, mediante él, ganan de 3 á 5 kilos por mes.

Tiene gusto exquisito, y sólo cuesta 0 fr. 10 céntimos cada potaje, substituyendo: al pescado, á la carne, al aceite de hígado de bacalao, á los huevos, y á todos los reconstituyentes conocidos á los cuales aventaja.

Gratis y franco: Muestra para tres potajes, con explicación del método del abate Sébire, y numerosos testimonios que demuestran su eficacia sin igual. ESCRIBIR á M. le D^r de Laboratoires Marins á Enghien-les-Bains (S.-et-O.) Francia, Teléfono: 173.

NOTA: Se desean agentes en todas partes, ofreciéndose las condiciones ventajosísimas, que se detallarán al responder á toda solicitud que se nos dirija.



ABATE A. SEBIRE

Anteojo Prismático

= = LA = =
NATIONALE



FABRICACION ESENCIALMENTE FRANCESA

J. GRIFFE

17, Rue de Saintonge, Paris (3^e)

ENVIO FRANCO DEL CATALOGO



Théodore CHAMPION
13, RUE DROUOT
PARIS
SELLOS DE CORREO
PRECIOS
CORRIENTES
GRATIS Y FRANCO

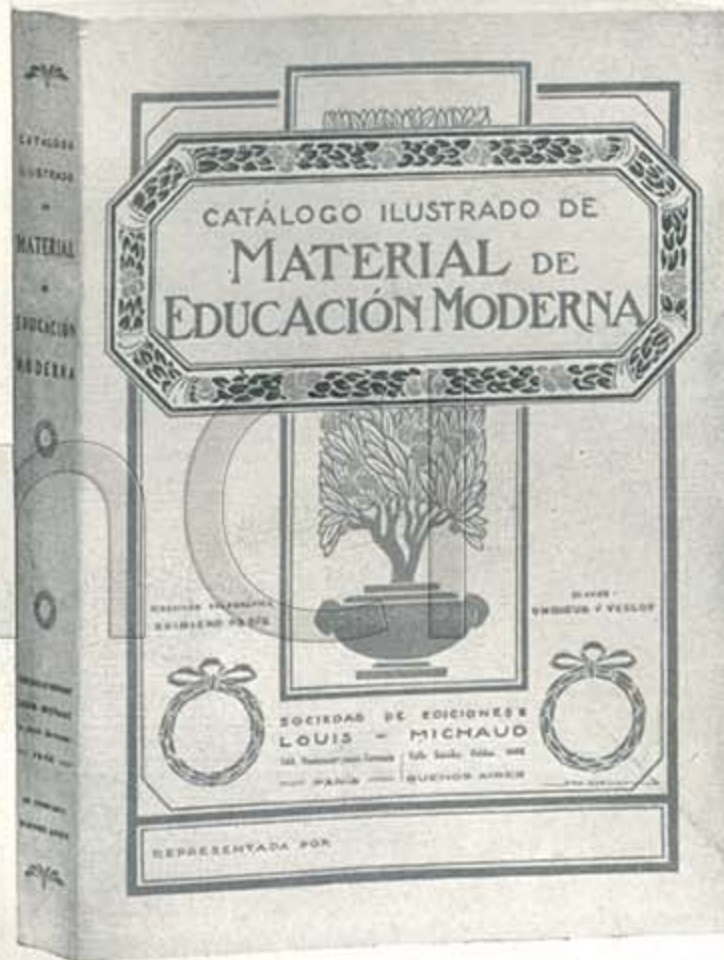


EL TANGO-RILA.

Gran Novedad

en provecho exclusivo de los países de lengua española

Trabajo incomparable en que las familias, las escuelas, los educadores y las administraciones en general encontrarán perfectamente clasificado, explicado é ilustrado con hermosos grabados, algunos en colores: **TODO LO QUE SE NECESITA PARA CONSTRUIR, ARREGLAR y DECORAR ESTABLECIMIENTOS y CLASES ESCOLARES.**



NUESTRO SUNTUOSO
Y COMPLETO

CATALOGO ILUSTRADO

DE

Material de
Educación

moderna é integral,
está escogido
especialmente para los
países ibero-americanos

Un volumen en 4^o de más de
600 páginas, con más de 4.000
grabados en papel de primera
clase, y muchas láminas en colores.

PRECIO DEL CATALOGO:
7.50 fcos.

que se descontará de todo pedido
de 500 fcos. que se haga de material.

La Sociedad de Ediciones Louis Michaud ha creado un Departamento especial para el servicio del material de educación, que atenderá todas las consultas, y despachará con la mayor diligencia todos los pedidos que se le hagan, los cuales se facturarán á precio de fábrica, sin recargo alguno.

PARA MAS DATOS, ESCRIBASE A LA

Sociedad de Ediciones LOUIS MICHAUD

168, Boulevard Saint-Germain, Paris.

Elegancias



Reproducción de la cubierta de "ELEGANCIAS", correspondiente al mes de Marzo, original del conocido pintor A. Soulié.